

LOS ESPACIOS VERDES EN LA ZARAGOZA DEL SIGLO XIX

PATRIMONIO DE AYER Y DE HOY

LAURA RUIZ CANTERA

La riqueza urbana de Zaragoza no deja de ofrecernos nuevos temas de estudio que despiertan la firme voluntad de devolver a sus ciudadanos conocimiento sobre su pasado y presente bajo diferentes prismas. Es por ello que en este libro se plantea un recorrido todavía no explorado, el estudio del patrimonio verde mediante un paseo por la Zaragoza decimonónica con el objeto de abordar la historia de los principales espacios verdes de la capital aragonesa, de todos aquellos que hoy día perviven y también de aquellos que han desaparecido. El marco cronológico se sitúa en el siglo XIX, momento en el que se consolida una cultura paisajística que había nacido en el siglo anterior a consecuencia de los efectos de la Revolución Industrial. Zaragoza asimiló estas nuevas tendencias de jardinería urbana y las adaptó a sus peculiaridades urbanas e históricas, construyendo nuevos espacios verdes y mejorando otros existentes gracias al compromiso y persistencia, tanto de los técnicos que trabajaron en la ciudad, como de su población.

Así, este relato histórico busca dar a conocer un patrimonio que normalmente pasa desapercibido ante la mirada del ciudadano y con ello, poner en valor los espacios verdes públicos en el contexto patrimonial zaragozano como un bien cultural digno de ser preservado.

Laura Ruiz Cantera (Zaragoza, 1991)

Personal Investigador y Docente en Formación. Departamento de Historia del Arte (Universidad de Zaragoza).

Graduada en Historia del Arte por la Universidad de Zaragoza, ha cursado el Máster de Estudios Avanzados en Historia del Arte en dicha Universidad, y el Máster de Profesorado de Secundaria y Bachillerato (Universidad Internacional de la Rioja). Actualmente está realizando la tesis doctoral «Los parques urbanos de Zaragoza bajo una mirada histórico-artística (1892-2008)», con un contrato predoctoral concedido por el Ministerio de Educación (Ayuda para la formación del Profesorado Universitario FPU) en el año 2016.

Es miembro del grupo de investigación de referencia «Observatorio Aragonés de Arte en la Esfera Pública» financiado por el Gobierno de Aragón, donde desarrolla su línea principal de investigación centrada en el estudio de las zonas verdes de los siglos XIX, XX y XXI y su influencia en los entornos urbanos desde los puntos de vista histórico, artístico y social.

El trabajo en el que se basa este libro se ha beneficiado del «Programa CAI-Ibercaja de Estancias de Investigación» (referencia CH 11/18) patrocinado por Universidad de Zaragoza, Fundación Bancaria Ibercaja y Fundación CAI.

LOS ESPACIOS VERDES EN LA ZARAGOZA DEL SIGLO XIX

PATRIMONIO DE AYER Y DE HOY

LOS ESPACIOS VERDES EN LA ZARAGOZA DEL SIGLO XIX

PATRIMONIO DE AYER Y DE HOY

LAURA RUIZ CANTERA

CUADERNOS DE CULTURA ARAGONESA, 65

Los espacios verdes en la Zaragoza del siglo XIX.

Patrimonio de ayer y de hoy

© Del texto, Laura Ruiz Cantera, 2019

© De las fotografías, las menciones indicadas

© De esta edición, Rolde de Estudios Aragoneses, 2019

Edita

Rolde de Estudios Aragoneses

<http://www.roldedeestudiosaragoneses.org>

Colaboran

Gobierno de Aragón

Observatorio Aragonés de Arte en la Esfera Pública

Unión Europea-Fondo Social Europeo

Concepto gráfico

Paco Rallo

Maquetación

Rafael López

Fotomecánica

Ángel Duerto

Imprenta

INO Reproducciones

ISBN: 978-84-92582-26-6

Depósito Legal: Zaragoza-627-2019

El grupo OAAEP está financiado por el Gobierno de Aragón (Referencia Grupo H-28) y cofinanciado con FEDER 2014-2020 «Construyendo Europa desde Aragón».

Cualquier forma de reproducción, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro español de Derechos reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Prólogo

Isabel Yeste Navarro 7

Un capítulo olvidado de nuestra historia 9

La tradición vegetal en el espacio urbano zaragozano 17

**La gestión de la naturaleza en Zaragoza
y sus técnicos municipales** 35

5

Los espacios verdes de Zaragoza en el siglo XIX: 67

Estética, deleite y salubridad 67

Lugares reconocibles, espacios verdes eternos 77

Caminos y paseos arbolados 88

Arboledas y sotos naturales 101

Viveros Municipales 106

Jardines, plazas ajardinadas y jardines de recreo 111

Parques urbanos 130

Patrimonio de ayer, hoy y mañana 137

Bibliografía 148

Fuentes documentales 153

El escritor y viajero alemán Christian August Fischer visitó nuestro país en 1797. Durante el tiempo que duró su viaje, Fischer escribió una serie de cartas que se recogieron en *Reise von Amsterdam ubre Madrid und Cadiz nach Genua in den Jahren 1797 und 1798* y se publicaron de forma inmediata en Berlín, París y Londres. En ellas, se traza una de las mejores descripciones que se han hecho del paseo del Prado de Madrid, una descripción que se mueve entre la precisión del espíritu ilustrado y la sensibilidad del viajero romántico.

Este libro, *Los espacios verdes en la Zaragoza del siglo XIX. Patrimonio de ayer y de hoy*, participa igualmente de esa manera de entender la narración. Paseos, plazas, arboledas, caminos, etc., aparecen ante nuestros ojos con una precisión que únicamente un estudio serio y riguroso del tema puede darle, no obstante, esa misma precisión se convierte en una experiencia sensible cuando paseamos por ellos. Su autora, Laura Ruiz, nos transforma con sus palabras en un *flâneur* amante de elementos efímeros y cambiantes, con un punto hedonista. Indolentemente nos perdemos por las sendas del verde urbano y paseamos junto a los zaragozanos del siglo XIX. 7

La ciudad crecía cerrando las cicatrices que la destrucción de la Guerra de la Independencia había dejado en ella. Lo construido iba ocupando el lugar de la naturaleza que durante siglos había rodeado la ciudad y los mismos hombres que cubrían de ladrillo las antaño alamedas, olivares o choperas, «disciplinaban» restos de naturaleza que la ciudad absorbía e introducían fragmentos verdes al servicio de la estética urbana.

Y todo ello aparece en este libro. Lo que la ciudad tuvo de manera natural, lo que a la ciudad se le dio gracias a la mano del hombre, gracias a la mano y, sobre todo, a la mentalidad de aquellos que, conocedores de las teorías higienistas que comenzaban a formar parte de las teorías urbanas, decidieron aplicar dichas teorías en nuestra ciudad.

Es un libro para todos, porque todos podemos disfrutar de un trabajo bien hecho y redactado de manera rigurosa y amena a partes iguales. Un pequeño avance de lo que Laura Ruiz está llevando a cabo, el estudio de las zonas verdes en Zaragoza. Una investigación sobre el verde urbano al servicio de la ciudad y, sobre todo, del ciudadano. Un tema casi tan apasionante como amplio y/o casi tan grande como atractivo, en cualquier caso, una cuestión sobre la que debemos volver una y otra vez para entender la actual fisonomía de nuestra ciudad, la revalorización del espacio construido o, en el extremo opuesto, la degradación por ausencia de zonas de recreo y paseo. La ciudad tan viva, creciendo y muriendo en cada una de sus partes como lo hace la naturaleza que atesora en su interior o, en ocasiones, junto a ella.

Dra. Isabel Yeste Navarro

Profesora Titular:

Departamento de Historia del Arte

Universidad de Zaragoza

Un capítulo olvidado de nuestra historia

«El sentimiento amoroso hacia la Naturaleza
es cosa del siglo XIX» (AZORÍN, 1941)

La primera imagen que nos viene a la mente cuando hablamos del pasado histórico de nuestras ciudades suele ser la de una construcción monumental cuya forma y significado ha permanecido inmutable hasta la actualidad. Por el contrario, si pensamos en las tramas urbanas del pasado, la situación difiere. El tejido urbano evoluciona, a veces, las más, se transforma totalmente, otras, se mantiene de manera excepcional a lo largo de los siglos. Como elementos integrantes de la ciudad, sucede lo mismo con las zonas verdes, aunque con una ventaja añadida y es la de la conservación de sus espacios originarios, gracias a un proceso de mantenimiento continuado que los ha convertido en lugares perennes con tan solo modificaciones en su envoltorio vegetal y arquitectónico. Esta valoración por parte de la sociedad ha hecho que, prácticamente, todos los espacios verdes que se tratan en este libro no resulten desconocidos al lector; es más, hoy en día, la mayor parte de ellos forman parte de nuestra cultura visual y del patrimonio urbano de Zaragoza. Esto no quiere decir, sin embargo, que a lo largo de la historia de la ciudad todo hayan sido buenas noticias para sus infraestructuras verdes, de hecho, en algunos ejemplos, la jardinería urbana ha sido eliminada en favor del pavimento.

9

Los espacios verdes son, a grandes rasgos, zonas libres públicas o privadas existentes en la ciudad que cuentan con extensiones verdes o plantaciones con fines ornamentales y de recreo, y que se



Paseo de la ribera del Río Huerva en el parque Bruil (fotografía realizada por la autora).

completan con todo tipo de infraestructuras arquitectónicas y/o de mobiliario urbano destinadas a mejorar o dinamizar las experiencias de los ciudadanos durante el tiempo que permanecen en estos lugares. Como señala la normativa municipal del Ayuntamiento de Zaragoza, las zonas verdes están destinadas prioritariamente a la conservación de la naturaleza y al recreo ciudadano. En estos espacios podemos distinguir diferentes tipologías como son los jardines, parques, paseos arbolados, arboledas, etc. A estas primeras categorías se han añadido muchas otras en la contemporaneidad (fachadas verdes, isletas, medianas, anillos verdes, etc.), ya que lo verde urbano es un concepto que no ha dejado de evolucionar y tampoco las funciones asociadas a él, funciones, no obstante, que, en lo esencial, han permanecido hasta hoy: mejorar la estética urbana, favorecer las relaciones sociales, regular el medio ambiente urbano y portar valores culturales de cada una de las sociedades que han intervenido y disfrutado de ellas.

Sin la cultura paisajística nacida en los albores de los siglos XVIII y XIX, habría sido imposible llegar a los modernos sistemas de espacios verdes que se han desarrollado en nuestra ciudad. En la actualidad, además de los valores estéticos y profilácticos, también constituyen piezas fundamentales para estructurar el tejido urbano.

Actualmente existe una especial sensibilización hacia la introducción paisajística en el medio urbano por sus connotaciones medio ambientales y ecológicas. El verde urbano es un tema que está en pleno auge, es el sello personal de la arquitectura y de la planificación urbanística moderna, sin embargo, su significación en un contexto determinado también viene dada por motivos artísticos, históricos y en general culturales, que hacen que esta parcela del urbanismo se convierta en un asunto patrimonial.

Hasta ahora no se ha realizado ninguna obra que aborde de manera global el tema de los espacios verdes públicos en Zaragoza desde una perspectiva histórico-artística. Un panorama que llama extraordinariamente la atención si lo comparamos con otras comunidades autónomas en las que se ha investigado para conocer y profundizar en su historia urbana a través de los espacios verdes. Algunas ciudades españolas cuentan con estudios detallados sobre sus parques y jardines, en otras, se han redactado guías que nos acercan a estos espacios desde diferentes ámbitos. En Zaragoza, el parque José Antonio Labordeta ha sido el lugar que más interés ha despertado, por lo que cuenta con estudios más o menos amplios sobre su historia. También, los espacios verdes que se han construido recientemente han sido merecedores de significativos trabajos desde el prisma de la arquitectura y el urbanismo. Sin lugar a dudas, todos estos escritos constituyen grandes aportaciones para el conocimiento de unos espacios que jugaron y juegan un papel determinante en el diseño y composición de las ciudades, así como en la vida cotidiana de sus habitantes, teniendo en cuenta que la participación ciudadana está cada vez más presente en la toma de decisiones acerca del espacio público.

La gran laguna bibliográfica la encontramos dentro del ámbito histórico artístico, y es probable que pueda deberse a la percepción puramente funcional que tenemos de los espacios verdes y que hace que pasen desapercibidos ante nuestros ojos como unas infraestructuras más, diseñadas para el disfrute y el ocio. En este contexto cobra sentido el presente libro, porque a través de las siguientes páginas se busca reconstruir nuestro pasado urbano desde la perspectiva que nos ofrecen los espacios verdes del siglo xix. Si se ha escogido esta centuria para iniciar el recorrido histórico es debido a que en este siglo se producen una serie de circunstancias y contextos que aumentaron la valoración y el interés por la jardinería urbana y, sobre todo, porque la Zaragoza decimonónica fue el escenario que vio nacer y evolucionar los espacios verdes más significativos, y que todavía podemos rastrear en el plano de la ciudad.

12

En definitiva, lo que se pretende con este pequeño libro es bucear en la historia urbana de Zaragoza mediante la singular visión que ofrecen los espacios verdes, tratando de dar respuesta al cuándo, dónde y por qué se construyeron. No es una historia urbana centrada en la enumeración de obras de jardinería, es un relato histórico de los espacios verdes bajo un punto de vista estético, técnico, funcional, social y urbano.

Los objetivos señalados con anterioridad siguen la estela de las obras escritas por miembros del Grupo de Investigación de Referencia Observatorio de Arte Aragonés en la Esfera Pública para esta colección (y también fuera de ella), en las que estudiar y mostrar el arte localizado en el espacio público se convierte en nuestra prioridad. Despertar la sensibilidad del público hacia el patrimonio que diariamente nos rodea e incentivar su protección y conservación son otros de nuestros propósitos como estudiosos de las expresiones artísticas en todas sus variantes.

Concretamente, este estudio es el resultado de años de investigación dedicados al estudio de las tipologías de la jardinería urbana de Zaragoza de los siglos xix, xx y xxi con el fin de configurar una historia

detallada de estas zonas e incrementar su puesta en valor. Es por ello por lo que esta publicación constituye el punto de arranque de un trabajo más amplio. Los interesados en la ciudad de Zaragoza, en su evolución y proceso histórico, encontrarán aquí un capítulo apenas conocido de nuestra cultura.

El texto se articula en tres bloques. El primero, dividido a su vez en dos capítulos, tiene carácter introductorio, mientras que el segundo aborda plenamente el tema del que se trata; el último, y a manera de conclusión, reivindica el valor patrimonial de estos espacios verdes desde un punto de vista histórico-artístico.

En el primer capítulo exploramos la tradición del ornato vegetal en Zaragoza con anterioridad al siglo XIX, cronológicamente rastreamos las huellas de los elementos verdes que adornaron el espacio público de la ciudad desde la antigüedad hasta el siglo XVIII. Veremos

13



Postal de la plaza de San Miguel y puerta del Duque de la Victoria
(Editor Fotopia Tomás, Barcelona, s/f) Archivo Municipal de Zaragoza [A.M.Z]. 4-I-0001 I 23.

que, durante las edades Media y Moderna, la mayor parte de las zonas ajardinadas se hallaban ocultas a la población, formando parte tanto de conventos y monasterios como de las casas nobiliarias, este arte de la naturaleza constituyó así un paraíso exclusivo para una parte selecta de la población. No obstante, será de la mano del movimiento ilustrado en el siglo XVIII, cuando el interés por las Ciencias Naturales y la creciente preocupación por mejorar el aspecto de las ciudades dará lugar a las primeras normativas relacionadas con el decoro urbano que van a contemplar la introducción de espacios verdes. La Zaragoza dieciochesca comenzará a adecuar su paisaje urbano participando activamente en la creación e implantación de nuevas tendencias urbanas.

14

El siguiente capítulo está dedicado a los protagonistas de esta historia, a los profesionales de la naturaleza encargados de idear, diseñar e incluso teorizar sobre los espacios verdes zaragozanos. Jardineros, arquitectos e ingenieros fueron los técnicos que trabajaron en nuestra ciudad y fuera de nuestras fronteras, y los que posibilitaron la circulación y aplicación de los modelos de jardinería internacionales. También, el gobierno de la naturaleza en la ciudad va a ser una pieza fundamental para la gestión del personal encargado de mantener, cuidar y proyectar los espacios verdes y, sobre todo, en la implantación decidida de zonas ajardinadas.

Ambos capítulos sirven de base para contextualizar la Zaragoza decimonónica. En el segundo bloque trazamos la historia de los espacios verdes que se construyeron en el siglo XIX o las remodelaciones que recibieron los construidos en los siglos precedentes: paseos arbolados, arboledas naturales, viveros municipales, jardines y parques urbanos. Ante los cambios sufridos en el paisaje urbano a consecuencia de la industrialización o del crecimiento población, el Ayuntamiento, los técnicos municipales y la población muestran su interés por mejorar el espacio público con elementos vegetales. Igualmente, en este apartado dirigimos nuestra mirada fuera de las fronteras aragonesas para conocer las corrientes de jardinería que triunfaban entre los países más sensibles hacia el tema del verde urbano.

Finalmente, analizamos la importancia patrimonial de dichos espacios, valorando la especificidad y relevancia de los mismos. Así, entendiendo el estudio de estos bienes culturales, el conocimiento se convierte en un eficaz instrumento de gestión, imprescindible para establecer una racionalización de las acciones de tutela (conservación-restauración, puesta en valor, difusión, etc.) de este legado.

En esta publicación se incluyen numerosas referencias bibliográficas que aluden a obras representativas sobre el tema que nos ocupa, poniéndose a disposición de todos aquellos que quieran conocer las fuentes e incluso ampliar las ideas que se desarrollan en este libro. También son abundantes las citas documentales extraídas del Archivo Municipal de Zaragoza que tienen como objetivo identificar de forma rigurosa los datos que se han analizado. Y, como no podía ser de otra forma, el texto se complementa con un amplio repertorio gráfico sobre espacios verdes: planimetrías inéditas sobre alguno de los espacios verdes zaragozanos, planos de Zaragoza, fotografías históricas y actuales, y otras imágenes que han sido cedidas amablemente por autores a los que desde aquí les agradecemos su generosidad.

15

La redacción y publicación de este trabajo no podría haber sido posible sin la inestimable confianza del Grupo de Investigación de Referencia Observatorio de Arte Aragonés en la Esfera Pública y, sobre todo, la de su investigador responsable, el catedrático Jesús Pedro Lorente. Agradecer también a los profesionales del Archivo Municipal de Zaragoza el tiempo que han invertido en la búsqueda de documentación, a la editorial Rolde de Estudios Aragoneses y en general, a los que han aportado su granito de arena en el proceso de creación de este texto. A todos ellos quiero darles las gracias por haber hecho realidad este libro.

De manera especial quiero agradecer los consejos y la ayuda de la doctora Isabel Yeste durante esta investigación, así como todos los conocimientos que me ha transmitido durante años sobre la historia urbana de Zaragoza, a la que con toda mi admiración dedico este libro.



Fotografía de la maqueta de Cesaraugusta
procedente del antiguo
Museo de Historias de Zaragoza.
Fuente: ARCE, 2005: 32.

La tradición vegetal en el espacio urbano zaragozano

La incorporación de espacios verdes en las ciudades españolas estuvo íntimamente relacionada con la recepción de las nuevas propuestas de embellecimiento urbano, el desarrollo de las Ciencias Naturales, los cambios de ocio de la sociedad y la necesidad de mejorar la salubridad y la higiene del espacio público a consecuencia de la industrialización. Fue por esto por lo que, hasta prácticamente mediados del siglo XVIII, en Zaragoza no hubo una incipiente conciencia sobre la importancia de la jardinería en el diseño urbano, e inicialmente, fue considerada como un problema de segundo orden. Además, y como veremos en los próximos capítulos, se dieron otra serie de factores de carácter económico y técnico que frenarán la construcción de zonas verdes en la ciudad hasta la segunda mitad del siglo XIX.

17

Para entender la paulatina introducción de zonas verdes en Zaragoza, merece la pena realizar un breve recorrido por su evolución urbanística hasta el siglo XIX, consignando en este sus principales espacios verdes públicos y privados, y viendo como estos darán nombre y localizarán muchos enclaves relevantes para la jardinería de la siguiente centuria.

El perímetro reconocible de la Zaragoza histórica tiene su origen en el siglo I a. C., con el asentamiento elegido por la civilización romana para colonizar el territorio en la zona central de la depresión del Ebro y en la confluencia de los ríos Huerva y Gállego. La ubicación de la colonia de Caesaraugusta en las proximidades de la ciudad íbera de Salduie no pudo ser más acertada, pues no solo debía alzarse como centro político y administrativo del valle del Ebro, sino también como

punto de encuentro de varias vías de comunicación por tierra y agua, de hecho, llegó a convertirse en un pujante centro «intermodal» de intercambio económico y cultural, una característica que, en última instancia, ha sido hasta hoy mismo la base de la supervivencia de nuestra ciudad (PINA POLO, 2005: 14). Así pues, Caesaraugusta se desarrolló en la margen derecha del Ebro, un terreno singular y propicio para el desarrollo urbano y agrícola de una nueva población y una nueva ciudad mercado que poco a poco fue consolidando una morfología urbana muy marcada por dos amplios viales en forma de cruz, el cardo y decumano máximos, que dividieron la ciudad en cuatro zonas.

18

El perímetro quedó definido por una imponente muralla de *opus caementitum* (hormigón romano formado por mortero y piedras) que, según los estudios arqueológicos más recientes, dataría del siglo I d.C y habría llegado a alcanzar los diez metros en altura. En ella se abrían cuatro puertas de acceso a la ciudad orientadas hacia los puntos cardinales (puerta de Toledo, de Valencia, Norte y Cinegia) coincidiendo así con los extremos del cardo y decumano máximos. Además, se sabe que Zaragoza contaba con importantes infraestructuras públicas como una red de saneamiento, el mercado de Augusto, el foro de Tiberio, el teatro, el puerto fluvial, termas públicas o necrópolis, todas ellas, construcciones que se fueron creando al compás de la prosperidad económica de la ciudad. También se erigió un puente sobre el Ebro que propició el establecimiento de un pequeño arrabal en la margen izquierda de la ciudad. Paralelamente, alrededor del núcleo urbano se establecieron villas suburbanas, casas de campo o de recreo, a veces vinculadas a la explotación agrícola, que completaban la arquitectura doméstica de la ciudad. Seguramente, estas viviendas cesaraugustanas contarían con sus rincónitos verdes de reposo, un pequeño *hortus* situado en la parte trasera de la casa con función utilitaria, o un jardín encerrado en el atrio o peristilo con plantaciones de carácter ornamental; y es posible que los jardines exteriores de las villas suburbanas presentasen mayores dimensiones y complejidad en cuanto a su diseño e infraestructuras (columnatas, fuentes, ninfeas, etc.), estableciendo un enlace entre la casa y el campo.

¿Por qué no imaginarnos un paisaje urbano realzado por jardines públicos en los alrededores de los templos, altares, estatuas o recintos termales de Caesaraugusta? No es una idea descabellada pensar en la existencia de pequeños espacios verdes ornamentales en la Zaragoza romana como una forma de embellecer el espacio público, si consideramos la importancia de la ciudad como capital del convento jurídico y su estatus de colonia inmune, que le otorgaba libertades y derechos como el de acuñar moneda o la exención de pago de impuestos. Ciertamente, era habitual que las urbes romanas contaran con determinados puntos ajardinados o elementos vegetales como árboles, jardines en el interior de los gimnasios e incluso amplias extensiones verdes para el disfrute de la sociedad. Efectivamente, autores romanos nos confirman la existencia de jardines públicos en Roma donados al pueblo por emperadores como Julio Cesar, los *Horti Caesaris* en la orilla derecha del Tiber, que fueron abiertos a la sociedad romana y administrados por el Senado. E incluso existía la figura del *topiarius* o paisajista, encargado de la realización material, intelectual y estética del jardín (FERNÁNDEZ ARENAS, 1988: 322-324).

19

Realmente no tenemos ninguna noticia de la existencia de estos espacios en Caesaraugusta, pero las evidencias arqueológicas de otras ciudades del Imperio y la especial sensibilidad de la cultura romana hacia la naturaleza reflejada en los pasajes mitológicos, en los relatos de los cronistas, en las artes plásticas y en la arquitectura, nos invita a ensoñar con una ciudad engalanada con elementos naturales.

De la Zaragoza tardorromana se conocen datos muy fragmentarios que dificultan su reconstrucción urbanística, sin embargo, lo que resulta evidente es que los avatares históricos la convirtieron en otra ciudad, al servicio de nuevas necesidades económicas, políticas y religiosas. Hasta finales del siglo V, Caesaraugusta permaneció bajo dominación romana ya en un contexto cristiano y se piensa que, durante esta centuria, la mayor parte de las infraestructuras públicas siguieron vigentes con transformaciones en cuanto a sus usos y apariencia para acomodarse a las nuevas costumbres. No debía ser, ni mucho menos,

una ciudad en decadencia, sino que habría mantenido su vigor a pesar de la inestabilidad provocada por los ejércitos invasores. En todo caso, la población zaragozana continuó habitando en el interior del recinto amurallado, en la trama ordenada y uniforme heredada de la etapa romana.

Es muy difícil saber de la existencia de espacios verdes durante esta época, pero lo que sí que es cierto, es que se produce un retroceso en cuanto al desarrollo de la jardinería urbana, seguramente, por motivos de índole cultural de los nuevos pueblos asentados en la Península, así como por el surgimiento de otras necesidades de fuerza mayor que exigían asegurar la estabilidad y seguridad de las ciudades. En estas condiciones, el trabajo de la tierra se convirtió en una lucha contra el hambre y el jardín gozó de escasas posibilidades de verse promovido al rango de *locus amoenus* (BARRIDON, 2005: 222). A partir de ahora, los jardines se encerrarán como paraísos privados en monasterios y casas señoriales hasta el siglo XVIII.

20

La «cristianización» del paisaje urbano zaragozano supuso la aparición de conventos y monasterios cuya economía se basaba fundamentalmente en la tenencia de la tierra para su explotación. También, en el interior de los complejos monásticos existían distintos espacios ajardinados, huertos y claustros, en donde, como una actividad más, los monjes cultivaban la tierra para obtener una producción destinada tanto para el consumo propio como con fines medicinales, ornamentales y aromáticos. Los monasterios más florecientes contaban con gran variedad de jardines, y es por ello por lo que no es de extrañar que en el Monasterio de Santa Engracia, como foco cultural más importante de la ciudad, hubieran reservado algún lugar para la creación de un jardín como evocación del Paraíso y lugar de recogimiento de la comunidad religiosa.

Durante la Edad Media, el jardín monástico pudo desarrollarse gracias a los tratados agrícolas de procedencia romana que los monjes conservaron en sus bibliotecas, estableciéndose así una continuación con el carácter bucólico de la literatura latina que siguió presente en



21

Vista del convento de Santa Engracia y su entorno. Fuente: MARTÓN, 1737: 10-11.

obras medievales como en los *Milagros de Nuestra Señora* de Gonzalo de Berceo, donde describe un maravilloso prado lleno de fuentes y verdor (PÁEZ DE LA CADENA, 1998: 99). Pero, además, el jardín cristiano estuvo marcado por un simbolismo religioso, reflejaba la pureza y la virginidad, y también las plantas que los poblaban se asociaron a atributos, como la azucena por su blancura al culto mariano o la rosa a la santidad de María y la pasión de Cristo (BARRIDON, 2005: 228).

La dominación islámica durante los siglos VIII-XI apenas introdujo modificaciones en la trama urbana zaragozana y tampoco en lo que respecta a la jardinería pública, ya que, la naturaleza era concebida como un Edén en la tierra, reservado al espacio íntimo, al hogar musulmán. Así, las expresiones más interesantes se dieron en el ámbito privado y concretamente en el palaciego como se manifestó en la

residencia taifal de la Aljafería, y en una de sus partes más emblemáticas, el patio de Santa Isabel, donde se reconstruyó una naturaleza artificial a partir de dos parterres regados por albercas como máxima expresión del jardín placentero descrito por el Corán.

22

Desde el punto de vista urbanístico, una de las manifestaciones más interesantes de este periodo es el desarrollo de los arrabales, asentamientos espontáneos situados extramuros de la ciudad y surgidos al amparo de los caminos de acceso a la misma. Estos arrabales rodearon la ciudad antigua en la práctica totalidad de su perímetro. Algunos de estos barrios se vincularon a la producción artesanal, como el arrabal de Alfareros, al oeste de la ciudad, o el de Curtidores, situado al este, en las inmediaciones de la desembocadura del río Huerva y, también, en la margen izquierda del río Ebro sobre la fértil huerta zaragozana se localizó el arrabal de Altabás. Por otro lado, en la zona del actual paseo de la Independencia se construyeron dos barrios residenciales que habrían sido levantados en el siglo XI ante la necesidad de conquistar nuevo suelo urbano, por haber quedado pequeño el antiguo recinto amurallado para una población en pleno crecimiento (BETRÁN ABADÍA, 2002: 62-63). Estas ampliaciones fueron cercadas en época bajomedieval por un muro exterior de tapial.

Con la toma de Zaragoza en 1118 por Alfonso I se produce una reorganización social de la ciudad. La población musulmana se desplazó al arrabal de Azoque, en torno a las actuales calle de Azoque y plaza de Salamero, mientras que la comunidad judía siguió habitando la zona denominada «Piedras del Coso», en torno al actual Seminario de San Carlos (YESTE NAVARRO, 1993: 908). La consecuencia más importante de la toma de Zaragoza fue la cristianización del espacio urbano con la aparición de nuevas iglesias (a la antigua de Santa María la Mayor; centro de la mozarabía, se unen la Seo de San Salvador, San Pablo, San Felipe, San Miguel de los Navarros, etc.) y conventos de las Órdenes Militares en el interior de la ciudad (Ordenes del Temple, Hospital, Santo Sepulcro, etc.), y de monasterios pertenecientes a las Órdenes Mendicantes en las zonas que habían ocupado los antiguos



Jardín del Monasterio medieval del Santo Sepulcro de Zaragoza
(fotografía realizada por la autora).

arrabales (Franciscanos, Dominicos, San Agustín, etc.) El final de este proceso llegó con la expulsión de los judíos en el siglo xv, la conversión de los mudéjares en el siglo xvi y la definitiva deportación de los moriscos a principios del siglo xvii.

Por muy escasos que sean los datos que tenemos para el conocimiento del jardín medieval, lo que está claro es que estos monasterios y conventos que poblaron el suelo zaragozano, y los que se fundarán durante la Edad Moderna, habrían contado con jardines más o menos complejos, aunque fundamentalmente presentarían diseños elementales ya que la finalidad última de éstos era utilitaria.

Hasta este momento, apenas nos hemos detenido en el espacio público de la ciudad, pues no existía una preocupación por su mejora a nivel urbanístico y estético y tampoco por dotar de espacios verdes la trama urbana. Aunque todavía no encontramos

intervenciones decididas destinadas a embellecer el paisaje urbano, sí debemos apuntar que, en la segunda mitad del siglo xv, el concejo zaragozano comenzó a preocuparse por ciertos aspectos relacionados con la higiene y el decoro de las calles. Como ha estudiado María Isabel Falcón, en el año 1411 se creó el cargo de «veedor de muros y carreras» para asumir varias labores: supervisaba los muros que rodeaban la ciudad, los empedrados de las calles y las rasantes del suelo de tierra y notificaba las posibles reparaciones; trabajaba en la limpieza de las calles; vigilaba las casas del casco urbano, informaba acerca de las que amenazaban ruina y prestaba atención a los aleros que sobresalían. En el año 1460 se fijaron una serie de ordenanzas para mejorar la salubridad del mercado, y durante el reinado de Fernando el Católico se empedraron algunas calles. Sin embargo, como revela Falcón, a finales de la Edad Media, los habitantes zaragozanos seguían sufriendo unas condiciones urbanísticas sumamente insanas, a lo que habría que sumar otros males de la época como la hambruna y las epidemias (FALCÓN PÉREZ, 1998: 132-135). No obstante, algunos de los viajeros que visitaron Zaragoza a finales del siglo xv consideraron que se trataba de una ciudad hermosa.

Es importante resaltar como, poco a poco, comienza a cristalizar una cierta inquietud por establecer unas normas que regularan el aspecto mezquino e insalubre de la ciudad, con el fin de defender el espacio público ante determinadas problemáticas relacionadas con las costumbres de la época. Problemas que irán cambiando y soluciones que se irán adaptando a ellos.

Durante la Edad Moderna, Zaragoza vivió momentos de bonanza económica y aumento demográfico. Se produjeron cambios positivos en el panorama urbano zaragozano y aunque la trama urbana no se renovó de forma significativa, se construyeron un gran número de edificios públicos y privados acordes al gusto de la época. El antiguo caserío urbano se moderniza con la edificación de palacios renacentistas impulsados por la nobleza y también se levantan múltiples edificios relevantes para la ciudad, como la Lonja de Mercaderes y la Torre Nueva a

lo largo del siglo xvi o la Torre de la Seo y la Basílica de Nuestra Señora del Pilar a finales del siglo xvii.

Los huertos y jardines urbanos se localizaban en el interior de las viviendas y los recintos eclesiásticos, que les servía a sus propietarios de solaz y les proveía de frutas, verduras y flores. La profesora Carmen Gómez enumera muchos de los jardines y huertos privados de la época, como los que poseían jesuitas o franciscanos en pleno centro urbano; los huertos de los canónigos de Santa María la Mayor; del Conde de Aranda y del Duque de Villahermosa en la ribera del Ebro; o los del Conservador Villasimpliz, el Protonotario Miguel Velázquez Climent y el Conde de Sástago (GÓMEZ URDÁÑEZ, 2005: 100-101). También el ilustre comerciante Gabriel Zaporta habría contado con un jardincillo en su desaparecido palacio, situado en la esquina que forman las actuales calles de San Jorge y San Andrés. Bien por asimilación de la cultura renacentista (especialmente interesada por el tema de jardinería) y la recepción de la jardinería italiana y francesa, o simplemente por cuestiones de moda, fueron los círculos nobiliarios, burgueses e intelectuales de la ciudad los que poseyeron jardines como un complemento natural a sus residencias palaciegas. Estos jardines estaban protegidos en ocasiones por pórticos o porches, y en ellos se combinaban los cultivos con plantas ornamentales, parras y enredaderas, o también naranjos dispuestos entre andadores y maceteros, como muy bien ha documentado Carmen Gómez. Además, la moda renacentista y el gusto por el arte clásico introdujeron elementos escultóricos y arquitectónicos como fuentes o surtidores de piedra y estatuas, como la de una «virgen vestal» antigua, que adornaba el jardín del duque de Villahermosa de Zaragoza (GÓMEZ URDÁÑEZ, 1999: 73).

25

Contrasta el interés puesto en estos jardines privados en el interior de las casas con la aparente inactividad desplegada para el adorno del espacio público, lo cual podía deberse a la cercanía y vinculación del núcleo urbano con su entorno natural, con la fértil huerta zaragozana, que permitía establecer un fuerte lazo entre naturaleza y ciudad. La vega de Zaragoza era un sello de la región, y es por ello por

lo que no pasó inadvertida para los artistas contemporáneos, como se aprecia en la vista panorámica que Anton van den Wyngaerde realizó de la ciudad desde su margen izquierda en el año 1563. Casi un siglo después, en 1647, Juan Bautista Martínez del Mazo captó también una vista de la ciudad desde el septentrión, pero en ella el paisaje urbano no es el protagonista exclusivo de la pintura, sino que los ciudadanos ocupan un lugar destacado, pues aparecen representados disfrutando del entorno natural de la ciudad a las orillas del río Ebro. Esta obra es un espejo de las costumbres sociales de la época.

26

A falta de espacios verdes en el interior de la ciudad para el esparcimiento de la población, los entornos naturales en Zaragoza actuaron como marco de las relaciones sociales en los paseos diarios y en las festividades. Ximénez de Embún afirma que, en el siglo XVII, la arboleda de Macanaz y la ribera del Ebro, eran el centro de reunión de la sociedad zaragozana (XIMÉNEZ DE EMBÚN, 1986: 162). En efecto, será a partir del siglo XVIII, cuando las nuevas formas de ocio incluyan el paseo como una práctica habitual para contemplar la naturaleza y ejercitar el cuerpo, pero también será el momento para la exposición propia y la contemplación de los otros (CAPEL SÁEZ, 2002: 250). No obstante, también debemos de tener en cuenta que, a pesar de la cercanía de la ciudad al campo, no fue siempre sencillo acceder a él, ya que muchos de los caminos que permitían su ingreso eran de carácter privado o estaban en un estado que no posibilitaba circular cómodamente por ellos, de ahí que el municipio tratase de poner remedio a esta realidad.

El gobierno de la Zaragoza dieciochesca es realmente el punto de arranque para comprender la historia de los espacios verdes de las siguientes centurias, ya que durante este siglo se va a gestar un caldo de cultivo cultural, político y urbanístico que va a propiciar cambios en la morfología urbana, reservando y creando los primeros espacios libres para el disfrute de toda la población. La legislación se hizo eco de todos estos cambios, estableciendo nuevos dictámenes para embellecer las ciudades y satisfacer las demandas sociales, tal es así que, en el año

1749, Fernando VI instruyó a los corregidores y alcaldes mayores para la conservación de las murallas de las ciudades. De igual modo, ordenó el cuidado de «las alamedas, arboledas que hubiere á las cercanías de los lugares para recreo y diversión se conserven, procurando plantarlas de nuevo adonde no las hubiere, y fuere el terreno a propósito para ello» (COLÓN DE LARREÁGUETI, 1781: 223).

En 1785, por Real Acuerdo del Reino de Aragón, se insta nuevamente a crear y mejorar los caminos de acceso a las ciudades y los paseos pertenecientes a las localidades del Reino. Los encargados de llevar a cabo estas labores debían de ser los vecinos: «todos los meses del año saldrán todos los Vecinos por Cuadrillas al reparo, y composición de Caminos, y Públicos, alternando unos, y otros sin excepción alguna». Con relación a los paseos se ordena que (*Instrucción de caminos*, 1786: 8-9):

«estén bien dispuestos, aderezados, enjutos, y llanos, con filas de Alamedas á una y á otra margen, y asientos de trecho en trecho en simetría para delicia, y recreo de sus Vecinos, y erigiendo en ellos algunas Fuentes de Caños de poco costo habiendo proporción y posibilidad para ello».

27

Así es como el buen gobierno de la ciudad debía preocuparse por el ornato público, los paseos debían tener buen aspecto y dotarse de filas de árboles y de infraestructuras para la comodidad de los visitantes. Previamente a estos acuerdos, la administración zaragozana ya había intervenido en la mejora de la imagen de la ciudad, de hecho, se conserva documentación desde el año 1756 hasta 1771 que alude detalladamente a los gastos destinados al riego, limpieza y plantación de las alamedas de Santa Engracia, Capuchinos, Puerta del Carmen y Macanaz, así como de los caminos de Torrero (también llamado «Camino Nuevo»), Puerta Sancho o Cogullada. Igualmente, estos escritos hacen referencia a otras labores como la apertura de hoyos y zanjas para las plantaciones, venta de árboles y leña o a la incorporación del empedrado en los puentecillos de la ciudad. A finales del siglo XVIII también se adecuó el camino conocido con el nombre de paseo de las Tapias

de Puerta Quemada, que partía desde el Monasterio de Santa Engracia hasta la Puerta Quemada (emplazada en la entrada de la actual calle del Heroísmo) para las «muchas personas pudientes, amantes del adorno y comodidad de los exteriores de esta ciudad» (*Cuentas de reparos en los puentecillos y arboledas*, 1770: f. 56 r). Las especies vegetales más utilizadas para el adorno de la ciudad eran la peonía para la decoración floral y el olmo para la repoblación arbórea.

Las alamedas podían hacer referencia bien, a paseos flanqueados por hileras de árboles como era el caso del de Santa Engracia o el de Capuchinos, o a grandes extensiones de árboles plantados, como era la preciada arboleda de Macanaz.

28

La **arboleda de Macanaz** era el espacio verde natural más frecuentado por los zaragozanos desde tiempos pretéritos. Su atractiva localización en la orilla izquierda del río Ebro, al oeste del Puente de Piedra, la convertía en un lugar perfecto para las comidas campestres, los paseos y la celebración de festividades. La acción del hombre sobre la arboleda se aprecia ya en el plano de Zaragoza del año 1712, que muestra el espacio verde ordenado mediante una sucesión de sendas arboladas y con una fuente que actuaría como elemento ornamental o simplemente como abrevadero colocada en su extremo occidental. Este rico vergel que rodeaba la ciudad fue admirado por viajeros como el italiano Giuseppe Barretti en 1770 (BARRETTI, 1770: p. 191):

«A eso del mediodía salí un pie de Zaragoza y disfruté de unos minutos de los bellos paseos públicos sin sus paredes, todos bordeados por hileras de árboles altos y hermosos, que aún no han arrancado sus hojas, aunque el otoño está muy avanzado. Esto puede darte una idea de su clima, uno de los mejores en España».

También el **paseo del Ebro** fue objeto de mejora y en el año 1789, con motivo de las fiestas del Pilar, se puso fin a la obra de empedrado del espacio comprendido entre el templo del Pilar y el paseo junto al Ebro, que consiguió mejorar la estética del espacio y también evitar la proximidad de las caballerías y los carros a las paredes del templo (LÓPEZ GONZÁLEZ, 1977: 299).



Arboleda de Macanaz. Fuente: QUADRADO, 1937: 161.

Otro de los lugares más concurridos por los zaragozanos durante la segunda mitad del siglo XVIII fue el **paseo de Santa Engracia**. Este paseo recibió su nombre por su proximidad a la Puerta de Santa Engracia de la que arrancaba, bordeando la orilla del río Huerva hasta el puente de Santa Engracia. La puerta se encontraba entre la Torre del Pino (actuales terrenos de la Antigua Capitanía General de Aragón) y el Monasterio de Santa Engracia. Una vez atravesada y ya intramuros, se llegaba a una plaza que se formaba delante del monasterio, de la que arrancaba una calle también denominada de Santa Engracia que conducía al Coso, la calle principal de la ciudad.

Poco a poco, como ha estudiado J. Jaime López González, el antiguo camino adquirió el estatus de paseo arbolado gracias a la plantación de árboles, a la mejora del terreno explanado y también, a la incorporación de bancos junto a la línea de las tapias de la Torre del

Pino, obteniendo la piedra necesaria para su construcción de la muralla romana. El paseo se componía de tres vías separadas por cuatro hileras de árboles y dos andenes laterales.

Parece ser que la inauguración oficial del paseo de Santa Engracia tuvo lugar en 1783, coincidiendo con la festividad de San Juan (LÓPEZ GONZÁLEZ, 1977: 299). También ese día, aunque tres años más tarde, se inauguró una fuente pública que representaba a un turco con una jeta en la boca por donde surgía el agua que caía en el pilón, en su base podía leerse la siguiente inscripción: «El recreo 1786». Su inauguración fue festejada por todo lo alto ante una gran afluencia de público, animado por tres bandas de música: los timbaleros de la ciudad, el regimiento de África y el del Infante (LÓPEZ GONZÁLEZ, 1977: 215). No obstante, tiempo después, al no haberse permitido la construcción de la fuente inicialmente, el Ayuntamiento decidió derribarla.

30 Otro de los paseos más nombrados en los escritos de la época es el de **Capuchinos**, que se encontraba en el entorno del convento capuchino dedicado a San Juan Bautista, situado a unos 300 metros de la Puerta del Carmen, en el camino hacia Madrid y en lo que hoy es la Avenida de Hernán Cortés. Este paseo también se habría dotado de arbolado.

Muchos de estos espacios son evocados en la novela de José Mor de Fuentes *La Serafina*, escrita en 1797, en la que, a través de los ojos de su protagonista, Alfonso, nos transporta a los ambientes costumbristas de la época entre los que alude numerosas veces a las caminatas que realiza por el paseo del Ebro, el paseo de Santa Engracia, la arboleda de Macanaz, el camino de las Torres o el de Torrero. El camino o **paseo de Torrero** (actual paseo de Sagasta) fue otro de los caminos arbolados en el siglo XVIII, a él se llegaba cruzando el río Huerva, se dirigía desde aquí hacia el Sur y continuaba por el trazado del actual paseo de Cuéllar hasta el Canal Imperial.

La traída de las aguas del Canal Imperial en el año 1784 fue uno de los acontecimientos más importantes de esta centuria, pues, facilitó



Puente de América y Canal Imperial. Fuente: PÉREZ SARRIÓN, 1975: 239.

la navegación salvando los meandros y azudes del tramo medio del Ebro y el abastecimiento de agua para regadíos. De igual modo, permitió la formación del barrio de Torrero e impulsó la comunicación de este con la ciudad de Zaragoza a través del referido camino, gracias en buena parte al espeso arbolado que lo cubría y proveía de sombra a los paseantes en los fatigosos días de verano. El **Canal Imperial** fue escenario de festejos y divertimento público, donde, en la mayoría de las ocasiones, los eventos tenían como protagonistas las aguas, sobre las que navegaban barcos engalanados con flores y banderolas, amenizado todo ello con orquestas y danzantes en los días festivos. Muchos visitantes se sintieron atraídos por el sublime panorama verde que ofrecía el Canal, como el Conde de Aranda que, durante sus seis días de estancia en la ciudad, paseaba frecuentemente por sus inmediaciones acompañado de Ramón Pignatelli y otros nobles. La belleza del

paisaje del Canal Imperial y el **Monte de Torrero** también fue alabada por Jovellanos en el año 1801, en cuyas descripciones sobre la naturaleza zaragozana hace un especial hincapié en los cultivos trabajados por el hombre, que a sus ojos presentaban un aspecto bello (ORTAS DURAND, 1999: 66):

«Cruzamos una hermosa vega, que se extiende por nuestra derecha y a uno y a otro lado del río está bien cultivada y plantada, y todo ella cubierta de torres, que así llaman a las casas de campo, entre las cuales hay algunas muy graciosas, y todas concurren a dar al país el aspecto más bello y animado».

Está claro que la estética de los cultivos regados por los ríos zaragozanos avivaba las emociones en el público con una mirada romántica, la fructífera huerta zaragozana como un marco de delicias, la sublimación del paisaje circundante frente a la ciudad y el suelo construido. Efectivamente, el entorno paisajístico de Zaragoza era singular y despertó la curiosidad de los viajeros, así lo transmitió el italiano Antonio Conca a finales de siglo (ORTAS DURAND, 1999: 80):

«La actual situación de Zaragoza a orillas del Ebro, en una llanura muy espaciosa que riegan las aguas del Gállego y del Huerva, y está circundada por jardines, por huertos, verdes paseos y elegantes caseríos, no puede ser ni más bella ni más ventajosa».

Aunque la huerta zaragozana provocó los elogios de propios y extraños, a finales del siglo XVIII, Zaragoza era una ciudad que, en apariencia, seguía manteniendo el núcleo original de callejuelas, apenas intervenido, envuelto por los ensanches de San Pablo al Oeste y de San Miguel al Este. No obstante, a pesar de la escasa evolución del tejido urbano, latía un deseo de progreso que se dejó sentir en la vida social zaragozana, especialmente en las últimas décadas del siglo. El afán innovador de la Ilustración abarcó aquellos sectores que influían en la manera de vivir del ser humano (cultura, economía, ciencia, etc.), y la meta que proponía lograr este movimiento era conquistar la felicidad pública, alcanzando un nivel de vida superior en el orden natural, al margen de posibles directrices político-religiosas. La razón era

el principal elemento de búsqueda para dar salida al ansiado progreso vital (FERRER BENIMELLI, 2010: 161-162).

A pesar de las particularidades que la Ilustración adquirió en cada punto geográfico, generalmente el peso del movimiento recayó en una serie de personalidades comprometidas con la mejora del bienestar social que, apoyadas por la corte, apostaron por un método de trabajo basado en el afianzamiento de las instituciones ilustradas. Las más influyentes del momento fueron las sociedades económicas de Amigos de País que tuvieron como objetivo la difusión del conocimiento, entre otros, el de Historia Natural. El deseo de conocer el mundo natural suscitó el estudio de disciplinas afines a él como la Botánica, Horticultura y Jardinería, con la aparición de los primeros jardines botánicos y de aclimatación y de las primeras muestras comerciales de especies vegetales. Gracias a la aspiración de la Real Sociedad Económica Aragonesa de Amigos del País por instaurar una enseñanza metódica de Historia Natural en Aragón, se creó un Gabinete de Historia Natural organizado por Alejandro Ortiz e Ignacio de Asso en 1781. Era una «alhaja digna de cuidado», donde estudiar y atesorar colecciones de flora, aves, insectos, minerales, etc. Esta pretensión no quedó aquí y en 1797 tuvo lugar la inauguración de un **Jardín Botánico** y también de las cátedras de Botánica y Química, todo ello gracias a la tenacidad de cuatro miembros de la Real Sociedad: Juan Antonio Hernández de Lara, deán de la Iglesia Metropolitana; Alejandro Ortiz, médico de cámara; Pedro Gregorio Echeandía, farmacéutico; y Francisco Otano, también farmacéutico. En su primer emplazamiento, junto a la Huerta de Santa Catalina, con acceso por la calle de San Miguel, se localizaba tanto el Jardín Botánico como el Laboratorio Químico, dando comienzo las clases de enseñanza de Botánica el día 19 de abril de 1797 en unas salas habilitadas contiguas al jardín (BALLARÍN CAUSADA, 1856). La labor de este jardín fue docente y recayó principalmente en médicos y farmacéuticos pero, al igual que en el de Madrid, hubo una preocupación en la aclimatación de especies vegetales y en colaborar en el conocimiento de la flora local (PUERTO SARMIENTO, 1988: 241).

El panorama social y urbano de la Zaragoza de finales de siglo XVIII estaba imbuido en un sentimiento ilustrado que apostaba por el descubrimiento del ámbito natural en todas sus aplicaciones posibles, era objeto de estudio científico y de experimentación en la esfera pública, en el urbanismo de la ciudad. Así es como la población contaba con diversos epicentros para el disfrute del tiempo libre y de la naturaleza: arboledas y espacios naturales próximos a los caudales de agua y los paseos arbolados situados a extramuros. Lamentablemente, muchos de los espacios verdes se encontraban escondidos a los ojos de la ciudadanía, tanto en los claustros de los conventos, como en las casas nobiliarias y burguesas, y otros tenían usos restringidos, como el Jardín Botánico. Pese a todo, el número de espacios verdes de acceso público con los que contaba la ciudad de Zaragoza no era nada desdeñable si tenemos en cuenta que esta no era sede de la corte, a diferencia de la capital española y, por lo tanto, no contaba ni con la financiación real para emprender proyectos de magnitud, ni tampoco con técnicos especializados en el tema de la jardinería urbana.

La senda iniciada hacia el progreso fue truncada en la siguiente centuria y el bello paisaje de Zaragoza, con todas las implicaciones sociales, políticas y estéticas que integraba fue borrado, como veremos en los próximos capítulos, a golpe de cañón durante la Guerra de la Independencia.

La gestión de la naturaleza en Zaragoza y sus técnicos municipales

La creación de los espacios verdes de Zaragoza impulsados desde la Administración se debe en buena parte a los protagonistas de esta historia, una serie de figuras profesionales que se encargaron de diseñar y conservar la jardinería urbana de la ciudad, pero también de proponer y reivindicar nuevos espacios libres para el disfrute de toda la población. En la capital aragonesa, fueron cuatro los profesionales que durante el siglo XIX trabajaron en la mejora del ornato público vegetal: ingeniero de montes y caminos, ingeniero agrónomo, arquitecto y jardinero. También en el ámbito zaragozano hay que mencionar la presencia de otros técnicos que efectuaron trabajos relacionados con el ámbito de la naturaleza como botánicos, arbolistas y horticultores, los cuales mantuvieron una estrecha relación con el arte de la jardinería desde diferentes ópticas científicas, especialmente en los campos de la educación, investigación y en el comercio de especies vegetales.

35

La historia de estos profesionales se inserta dentro de una situación laboral un tanto compleja, pues hasta mediados del siglo XIX prácticamente no existió una formación más o menos específica asociada a la realización de trabajos de diseño y cuidado de la naturaleza urbana. De tal manera que conforme la carencia de espacios verdes se fue haciendo más patente, los municipios fueron adaptándose a esta nueva realidad, antes o después, con la creación de puestos de trabajo destinados a remediar esta situación. Además, la propia evolución del concepto de espacio verde (desde el meramente ornamental de los

jardines hasta el recreativo de las arboledas u otros más ambientalistas e higienistas para los parques urbanos y la jardinería urbana en general) va a incidir tanto en el urbanismo como en las profesiones encargadas de actuar sobre él (GÓMEZ MENDOZA, 2003: 89).

Por otro lado, el desarrollo de estos oficios también estuvo relacionado con esa búsqueda iniciada en el siglo XVIII de asentar las bases de la ciencia moderna y, en relación con esto, con el auge de las ciencias de la Naturaleza, en donde la disciplina de la Agricultura se alzó como la ciencia madre y origen de otras fracciones insertas en ella como la Jardinería, Botánica o Floricultura. Así lo entendieron y expresaron sus contemporáneos, como el farmacéutico catalán Buenaventura Aragón y Rivas (ARAGÓ Y RIVAS, 1877: 5-9):

«La agricultura es la ciencia de la vida y el principal elemento de riqueza de los pueblos. Hablar de agricultura es hablar de la naturaleza, hablar del progreso, hablar de la humanidad y de la agitada vida del hombre. [...] A esta sección de la ciencia conocida con el nombre de horticultura, es la que mas partido saca el hombre con arreglo á su capricho y á las reglas del arte y de su voluntad [...] y por un refinamiento de la imaginación y del gusto sacar todo el partido posible de ella para solaz y esparcimiento del hombre en virtud de los altos y majestuosos arboles, de los graciosos y pintorescos arbustos, de los encantadores matices de las flores, del verde esmeralda del follaje y de otros miles detalles de verdadero interés y mérito...»

36

Continúa diciendo que, la sección «recreativa» de la agricultura, refiriéndose a la jardinería, «tiene como objeto únicamente la manifestación de la belleza con arreglo á las exigencias del arte». Este elogio hacia la jardinería hunde sus raíces décadas atrás con el impulso de la ciencia agraria por parte de las sociedades económicas de Amigos del País, como por ejemplo la Real Sociedad Económica Aragonesa, que ya en 1778 fundó una escuela de agricultura práctica. También en 1797 se crearon las cátedras de Botánica y Química en el Jardín Botánico que, además de tender a la formación de médicos, veterinarios y farmacéuticos, pensaron en muchos aspectos específicamente agrícolas como la producción de abonos o los estudios sobre plantas (ELOY



Phlomis composita Des. en gran abundancia; en cult. de M. composita Linn. & L.
 En cult. de la casa, en el jardín de M. composita Linn. & L.

Biblioteca Nacional de España

FERNÁNDEZ, 1990: 116). No hay que olvidar otro de los campos educativos, el llevado a cabo en los jardines botánicos y de aclimatación, en los que, si bien sus principales labores se orientaron a la investigación y a la aclimatación de especies vegetales, también habrían contribuido a la difusión de doctrinas agrícolas como hizo el Real Jardín Botánico de Madrid o también la Escuela de Botánica y Agricultura de Barcelona durante la primera mitad de siglo.

Estos antecedentes eclosionaron bajo el poder liberal a mediados del siglo XIX, momento en el que la opinión pública estuvo muy presente con la publicación de numerosos artículos dedicados a temas agrarios y propuestas en las que se planteaban diferentes modelos de enseñanza agrícola teórico-práctica. Estas reclamaciones también habrían tenido su influencia sobre la formación en el arte de la jardinería.

Probablemente, la figura más representativa asociada a las zonas verdes sea la del jardinero y, de hecho, fue una profesión en la que en España volcaron todos los esfuerzos para que se regularizarse y valorase mediante la formación, aunque, desafortunadamente, acabó siendo el oficio que menos cristalizó en el panorama nacional por diversas razones que se tratarán a continuación. La enseñanza de la Jardinería en nuestro país fue prácticamente nula, por lo que la formación de estos profesionales se asentó en una práctica carente de una base teórica que fuese impartida en algún centro especializado, de ahí que, frecuentemente, el cargo pasase de padres a hijos (ARIZA MUÑOZ, 2002: 29). Durante la segunda mitad del XVIII, diferentes especialistas en la materia llegados a Madrid desde diferentes puntos de Europa propusieron la creación de escuelas de carácter práctico en Agricultura y Jardinería con el objetivo de trabajar, sobre todo, en la jardinería real. Así fue como entre los años 1778-1780, el toscano Giuseppe Lumanchi, hijo del jardinero Agostino Lumanchi (jardinero de la Villa Borguesa de Roma), puso en marcha un centro de estas características, aunque, por diversos motivos, no llegó a cuajar y hubo que esperar al siglo XIX para que esta aspiración se llevase a la realidad.

REGLAMENTO

PARA LA ESCUELA NORMAL

DE JARDINEROS HORTICULTORES

QUE SE HA DE FORMAR

EN EL PARQUE DEL REAL PALACIO

CON DISEÑO

á las posesiones del Patrimonio de S. M., en cumplimiento de la Real orden
de 23 de diciembre de 1847.



MADRID:

POR AGUADO, IMPRESOR DE CÁMARA DE S. M. Y DE SU REAL CASA.

1848.

El centro más interesante se creó bajo el amparo de la Corona en el año 1847, la Escuela Normal de Jardineros Horticultores instalada primero en el Campo del Moro y luego en la Casa de Campo. La escuela planteaba un periodo de enseñanza de cinco años, con un máximo de ocho alumnos (con preferencia a los hijos de los empleados del Real Patrimonio), donde debían de adquirir la siguiente formación teórica y científica (REGLAMENTO PARA LA ESCUELA NORMAL DE JARDINEROS HORTICULTORES, 1848):

«El primer año asistirán al Conservatorio de artes, por la noche, á las cátedras de Aritmética, Geometría y Delineación.

El segundo año al mismo establecimiento, y su cátedra de lengua francesa, aprendiendo este idioma hasta traducirlo correctamente.

El tercer año [...] serán matriculados en la Real Academia de San Fernando, en donde aprenderán los principios de dibujo de figura, adorno y paisaje [paisaje], cursando al efecto tres años consecutivos.

El cuarto y quinto año asistirán á las cátedras de Botánica, y se les darán por el Jardinero del Parque nociones generales sobre la filología vegetal, ocupándose también de la resolución de problemas de geometría práctica en el terreno, cuya instrucción les proporcionará el Arquitecto mayor por sí ó por medio de sus ayudantes».

Por todo ello, los objetivos de la escuela eran los siguientes: formar colecciones de flores finas de toda especie, fomentar el estudio práctico de la jardinería y la horticultura y ser escuela normal para capataces horticultores (NEGRÍN FAJARDO, 1979: 143).

A pesar de la necesidad de normalizar los estudios de jardinería, la escuela cerró sus puertas en el año 1860, viéndose superada por la apertura de nuevos centros que cubrían y superaban sus aspiraciones, como fue la Escuela Central de Agricultura de estudios superiores agrónomos. En todo caso, en muchas ciudades españolas las zonas verdes estuvieron dirigidas hasta bien entrado el siglo xx por el Jardinero Mayor, un funcionario volcado en los trabajos de los parques y jardines, cuyo puesto en ocasiones siguió «perteneciendo» a sagas familiares.

Portada del libro: FAVERI;
LARBALETRIER, 1900. Fuente:
Biblioteca Digital Hispánica.



La fuerte actividad en pro de la Agricultura se transformó en 1855 en la Escuela Central de Agricultura con sede en la ciudad de Aranjuez, dependiente del Ministerio de Fomento. El objetivo de esta institución era formar a futuros profesionales bajo una metodología teórico-práctica, para lo que se constituyeron las carreras de ingeniero agrónomo y de perito agrícola. En un principio, la enseñanza se dividió en dos ramas: la tecnológica, para obtener el título de perito agrónomo de carácter práctico, con la idea de formar a labradores, capataces, mayoresales, jardineros, hortelanos y arbolistas; y, por otro lado, la enseñanza científica teórica, que tenía como finalidad crear un cuerpo de profesores agronómicos y el ensayo de nuevos métodos.

Los empleos de las primeras promociones fueron los de docentes en la Escuela, catedráticos de Agricultura y también ingenieros destinados a las provincias que trabajaron en las Juntas de Agricultura respectivas, entre otras cosas. Con posterioridad se ampliaron las funciones de los ingenieros, como por ejemplo, la dirección de las granjas modelo (CARTANÁ PIÑÉN, 2005: 151-155), aunque también hay ejemplos de ingenieros agrónomos vinculados al ramo de arbolados y paseos de las ciudades, contribuyendo no solo con sus conocimientos teóricos sino también prácticos, como veremos en la ciudad de Zaragoza. Tras diferentes reformas en los planes de estudios, la Escuela cerró sus puertas en el año 1868, aunque las enseñanzas superiores en agronomía sobrevivieron gracias a la apertura de nuevos focos académicos.

No solo los ingenieros agrónomos se vincularon al trabajo del arbolado, también el cuerpo de los ingenieros de montes y caminos estuvo muy relacionado con el desarrollo de los estudios en Botánica, Selvicultura y Arboricultura, y en general, con los estudios naturalistas. Su origen se remonta al año 1835 con la creación del Cuerpo de Ingenieros Civiles en dos facciones, una de caminos y otra de minas. La Escuela de Ingenieros de Montes se hizo realidad en el año 1848 con sede en el castillo de Villaviciosa de Odón (Madrid), aunque en 1869 se trasladó a San Lorenzo del Escorial, porque permitía dotar a la Escuela de un monte de experimentación, un jardín y terrenos para ensayar cultivos y realizar prácticas (GONZÁLEZ ESCRIG, 2002: 39). Durante los primeros años, la Escuela estableció una formación de cuatro años en la que se combinaba el estudio de asignaturas de Dibujo, Botánica, Topografía, Zoología o Derecho Forestal. Finalmente, en 1853 se formó el Cuerpo de Ingenieros de Montes para la defensa de la riqueza forestal española y se estableció que cada provincia formara un distrito forestal al frente de ingenieros de montes. En 1865 el territorio se dividió en diferentes distritos que fueron variando a lo largo del siglo, como, por ejemplo, la Cuarta Inspección de Zaragoza que comprendía los distrititos forestales de Zaragoza, Huesca, Logroño y Navarra. Si bien es cierto, que las competencias de los ingenieros de montes estuvieron directamente ligadas al cultivo, repoblación,



Castillo de Villaviciosa de Odón. Grabado publicado en la revista *Semanario Pintoresco Español*, el 5 de mayo de 1844, n.º 218, p. 137. Fuente: Hemeroteca Digital Hispánica.

conservación y aprovechamiento forestal, también fueron muchos los que combinaron su carrera profesional con una intensa actividad dedicada a la investigación de plantíos y de temas agrónomos y botánicos. Además, la presencia de los ingenieros de montes en los distritos provinciales habría motivado en muchas ocasiones su participación en los asuntos del arbolado urbano, sobre todo desde el punto de vista teórico, realizando estudios sobre el estado arbóreo de las ciudades o proponiendo intervenciones de mejora.

En la segunda mitad del siglo XIX, la figura profesional que realmente actuó y modificó el espacio urbano con proyectos de jardinería urbana fue el arquitecto. No es de extrañar esta conexión entre arquitectura y jardinería, pues ya desde la Edad Moderna el diseño de

jardines estuvo en manos de arquitectos, posteriormente, en los siglos XVIII y XIX se retomó un especial vigor; principalmente en Inglaterra, con el auge de los jardines y parques paisajistas diseñados por arquitectos como William Kent o Lancelot Brown, a los cuales se les identifica habitualmente con el concepto actual de «arquitectos paisajistas». También en España el arte de la jardinería estuvo muy relacionado con arquitectos, y prueba de ello son la cantidad de proyectos elaborados por los aspirantes a arquitectos de la Real Academia de San Fernando de Madrid durante la segunda mitad del siglo XVIII y la primera mitad de la siguiente centuria, donde idearon jardines asociados a arquitecturas públicas como escuelas, casas de beneficencia, edificios religiosos, hospitales, museos o universidades y también a viviendas privadas (ARIZA MUÑOZ, 1996).

Además, en nuestro país, ya en 1855 autores como Meliton Atienza y Sirvent, veterinario y Catedrático de la Escuela Agronómica de Nogales, se refiere al «arquitecto de jardines» como una profesión



Birkenhead Park de Londres. Fuente: DANA; RIPLEY, 1879: 13.

que debía de reunir los atributos del pintor y del poeta, siendo éstos los vehículos más eficaces para imitar la naturaleza. Junto con estos conocimientos artísticos, el arquitecto debía de tener nociones de Ciencias Naturales «para la ordenación metódica y sistemática de los jardines puramente científicos y destinados a la enseñanza de la medicina, la botánica, agricultura y aun para los de zoología y geografía». Según este autor, la arquitectura de los jardines era para los españoles una ciencia nueva cuya utilidad «se ha hecho hoy indisputable, y solo la ignorancia o el fanatismo de un rancio apego hacia las prácticas antiguas, sería el único que tratase de ahogar enérgica voz de la ciencia que tanto tiempo hace nos llama inútilmente». Nos damos cuenta de que el autor echa en falta una formación científica del «arquitecto de jardines» que, como él mismo caracteriza, debía de comprender un amplio abanico de conocimientos sobre las ciencias de la naturaleza, con el añadido de la cualidad artística (ATIENZA Y SIRVENT, M, 1855: 8).

En España, la Arquitectura fue una enseñanza reglada en el seno de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando desde el siglo XVIII, donde se podía alcanzar la titulación oficial para el desempeño de la profesión. Pero la necesidad de renovar los estudios arquitectónicos hacia un profesión científica, rigurosa y liberal llevó a la creación en 1844 de una Escuela de Arquitectura, aunque todavía dependiente de la Academia hasta 1848. A lo largo de los años se fueron introduciendo cambios en los planes y reglamentos que afectaron tanto a la duración de los estudios como a los contenidos de las enseñanzas, en las que aparecen nuevos materiales como el hierro y nuevos intereses en el ámbito de la salubridad y la higiene. La Escuela dejó de ser Especial y pasó a denominarse Superior de Arquitectura, convirtiéndose desde 1857 en una carrera universitaria (NAVASCUÉS PALACIO, 1996: 17).

En cuanto a la formación que recibía un estudiante de arquitectura pasaba por asignaturas de carácter técnico, teórico y práctico, tales como Materiales de Construcción, Dibujo Natural, de Paisaje y de Adorno o Teoría del Arte, entre muchas otras, y las fuentes bibliográficas que manejaban eran principalmente libros de teoría francesa.



Jardín de Recreo Público (Vicente Miranda, 1853).

Fuente: Museo de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando.



Teniendo en cuenta el tipo de formación que recibían y la influencia de la arquitectura y el arte francés, podemos deducir que los estudiantes y futuros arquitectos poseían los conocimientos suficientes para idear proyectos de espacios verdes desde el punto de vista técnico y formal. Y así es como, entre los proyectos de «fin de carrera» se han conservado ejemplos de jardines o plazas públicas, nuevas temáticas que contrastan con los trabajos dedicados a las tradicionales tipologías arquitectónicas y que demuestran los nuevos intereses y modalidades de ocio público y la recepción de estas tendencias por parte de la Arquitectura. Un ejemplo de ello es el trabajo presentado en marzo de 1853 por el alumno Vicente Miranda, *Un jardín de recreo público*, en cuya memoria facultativa revela un profundo conocimiento sobre el tema de la jardinería y por ello denuncia la carencia de espacios verdes públicos en nuestro país en comparación con otros. Miranda afirma que en las grandes ciudades como Madrid, «la gente sobra y el espacio falta».

Tras dar una visión global de la formación y desarrollo de estos profesionales, hemos podido comprobar como en España no existió una profesión específica del jardinero-paisajista o arquitecto-paisajista a diferencia de otros países, sino que aquí el diseño de jardines podía estar en manos de jardineros prácticos o de arquitectos que intervenían tanto en edificios como parques (RODRÍGUEZ ROMERO, 2000: 158). Los trabajos asociados al arte de la Jardinería encontraron su lugar en el campo de los arquitectos, ingenieros y jardineros que trabajaron tanto individualmente como conjuntamente, aportando los diversos prismas teóricos, técnicos y prácticos propios de cada especialidad para la domesticación de la naturaleza. Dentro de esta historia no podemos olvidarnos de la personalidad del urbanista que comenzó a perfilarse en España en la segunda mitad del siglo XIX, un ingeniero o arquitecto interesado por el análisis y diseño de las ciudades que también en sus proyectos tomó como recurso la introducción de espacios verdes. Su aparición se produjo en un momento en el que la jardinería urbana había comenzado a convertirse en un asunto del Urbanismo, desligándose de los meros criterios estéticos y complementivos asociados tradicionalmente a estos espacios.

Desde mediados del siglo XIX, la construcción de zonas verdes públicas en Zaragoza estuvo controlada por un servicio municipal, la Sección 5.ª, también conocida como Policía Rural. Era responsable, principalmente, de los espacios situados a extramuros del núcleo urbano, aunque bajo su competencia también se encontraba la gestión de los espacios verdes y su personal. Fue un servicio público determinante para la introducción de la jardinería urbana porque como veremos a continuación, motivaron la especialización del municipio en estos nuevos planteamientos urbanos. La Sección 5.ª fue la gran promotora de los espacios ajardinados en la ciudad.

Anteriormente, parece ser que fue la Dirección del Canal Imperial la encargada de impulsar y tutelar la construcción de paseos y jardines principalmente en las afueras de la población como hizo con el paseo de Torrero, los jardines de la iglesia de San Fernando o los de la glorieta de Pignatelli. Y también, algunos escritos dejan constancia de que, en el año 1842, José María Gama fue nombrado responsable de las plantaciones de los arbolados de Zaragoza, ante la necesidad de mejorarlos tanto en los montes como en los caminos de la ciudad.

49

En Zaragoza no fue hasta 1863 cuando existió una figura que se encargara profesionalmente de los espacios verdes gracias a la creación del puesto de Director de Paseos, Jardines y Arboledas. Esto no quiere decir que previamente no hubiese técnicos encargados de estos trabajos, de hecho, al frente de ellos estuvieron los guardas o peones de paseos, caminos y arboledas, cuyas competencias y obligaciones se normalizaron en un reglamento elaborado en 1859 a petición de la Sección 5.ª de Policía Rural tras décadas de irregularidades en su trabajo. En esta ordenanza se fijaron las responsabilidades tanto del Guarda Mayor como de diez y nueve guardas destinados a los diferentes distritos de la ciudad para la custodia de cada uno de ellos. Los distritos en los que se distribuyeron el cuidado de los paseos, caminos, sotos y arboledas abarcaron la ciudad y sus términos municipales (*Reglamento para la organización del servicio de Guardas de Caminos y Arboledas*, 1858):

1. De la fuente de la Princesa hasta la puerta de Santa Engracia y desde ésta hasta la calle del Juego de la Pelota.
2. Desde la puerta de Santa Engracia hasta el puente del Huerva y esquina de la torre del Pino.
3. Desde la esquina de la torre del Pino hasta el sifón de la Misericordia y desde la puerta del Carmen hasta la plaza de este nombre y frontera del hospital con la plaza de Santa Fé.
4. Desde el sifón de la Misericordia hasta la puerta de Sancho con el ramal que dirige desde la puerta exterior del cuartel de caballería hasta la unión con la carretera. Por el interior desde la puerta del Portillo a su plaza y desde la puerta de Sancho hasta la plaza de Santo Domingo.
5. Desde la puerta de Sancho a la de San Idelfonso con los trozos de sotos y arbolados frente a la puerta de Sancho.
6. Desde la puerta de San Idelfonso hasta la del Sol.
7. Desde la puerta del Sol hasta el puente de San José con los viveros de frente del molino y el trozo de soto de su confrontación junto al puente.
8. Desde el puente de San José hasta la esquina pasada de la puerta de Santa Engracia con los viveros y sotos instalados en la frontera de esta demarcación.
9. Desde el puente de Santa Engracia y desde este hasta la travesía del molino de Cuéllar.
10. Desde esta travesía a la que dirige al molino del Torrero y el camino de Ruiseñores y sus viveros.
11. Desde el puente de la acequia de San José hasta la torre propia de Pedro Samson hasta la entrada del molino harinero de Torrero.
12. Soto de la Almozara.
13. Puente de Piedra, calle del Arrabal, ramal de plaza de San Lázaro al Camino de Barcelona y la calle de Jesús.
14. Arboleda de Macanaz y Camino de Juslibol.
15. Orilla izquierda del Ebro en las plantaciones del Distrito de Ranillas.

16. Camino de Cogullada hacia San Juan de Mozarrifar.
17. Camino de Peñafior desde el puente del Gállego hasta el sifón, pasada la subida de Montañana.
18. Desde el sifón hasta el término de Peñafior junto a la torre del Sr. Castellano.
19. Trozo del camino vecinal de primer orden que conduce desde esta ciudad a Mediana (Mediana de Aragón).

La función principal de los guardas se basaba en la vigilancia y conservación permanente de los paseos, caminos y arbolados de Zaragoza, y el Guarda Mayor era el encargado de supervisar al resto de los guardas o peones, y también entre sus labores se encontraban la plantación de los sotos, las obras acometidas en paseos, así como podas o cortes de árboles, aunque siempre bajo la dirección del Arquitecto Municipal y después del Director de Arboledas, cuando las obras requieran de conocimientos técnicos más profundos. Por otro lado, las obligaciones del resto de los guardas pasaban por permanecer en sus distritos «todos los días del año las horas que se le asignaran», atender al estado de los paseos, caminos, arboledas y obras de fábrica, mantener limpios los riegos, cunetas, alcantarillas, puentes y zonas verdes, prevenir los daños que pudiesen ocasionar los transeúntes o realizar los hoyos para nuevas plantaciones. La ocupación de estos puestos dependía del Ayuntamiento, pero se ha podido comprobar que en muchos casos pasaban de padres a hijos o también ascendían dentro del cuerpo como Antonio Valero y Ponz que fue nombrado Guarda Mayor en 1858 tras haber accedido primeramente como peón en 1837 y después como peón caminero en 1847. Conforme se amplió el número de espacios verdes, se crearon nuevas plazas de guardas destinadas a salvaguardar la integridad de arboledas y jardines, como por ejemplo los de la plaza del Pilar, la Seo o los viveros de las Balsas de Ebro Viejo, e incluso, en ocasiones, estos puestos fueron asignados a residentes de la Casa Amparo. También, la construcción de espacios verdes guardó una estrecha relación con la urgente necesidad de superar el paro de la clase jornalera, y en este sentido, el cuidado de jardines y plantaciones fueron unas de

las muchas labores que proporcionaron trabajo a obreros durante periodos de tiempo concretos, en los que se dedicaban a preparar los caminos, explanar las superficies o trasladar materiales.

Durante las regencias de María Cristina y Espartero se inició una «profesionalización» en el tema del jardín y quedó vinculada a cuerpos de ingenieros civiles, el de montes, el de caminos y canales, y de agrónomos (GÓMEZ MENDOZA, 2003: 81). En Zaragoza, en 1862 la Sección 5.^a decidió crear el puesto de Director de Paseos, Jardines y Arboledas debido a la necesidad de regular las construcciones de estos espacios públicos en la ciudad, ya que hasta ese momento las labores de plantación se estaban llevando a cabo «de manera imprevista, sin dirección, filosofía ni concierto» y también consideraron de urgencia mejorar el estado lamentable en el que se encontraba arbolado. El encargado de estas cuestiones como hemos visto había sido el Guarda Mayor de la ciudad, pero ahora se precisaba una persona



Templo y plaza del Pilar (L. Escolá, anterior a 1907). Fuente: A.M.Z. 4-I-0007779.

culta y entendida, con una capacidad y un conocimiento más específico sobre este ámbito. Una de las mejoras que motivó la creación de este puesto fue la necesidad de actuar en los jardines de la puerta de Santa Engracia que, como puntualizó la Sección 5.^a, «no son otra cosa que un hacinamiento de vegetación frondosa de plantas espontáneas y producto de años anteriores», también era necesario embellecer la afueras de la población y adornar la casa Consistorial y la Lonja con jardincillos que «puestos en manos de una persona perita, inteligente de ciencia y práctica, serían unos jardincitos que atraerían las miradas del público» (*Nombramiento del Director de Arboledas*, 1862: ff. 1v-2 r).

Para cubrir esta vacante se convocó una oposición que fue publicada en la *Gaceta de Madrid*, el *Boletín de la Provincia de Zaragoza*, el *Diario de Zaragoza* y en los establecimientos de Agricultura de Tolosa, Vitoria y Aranjuez. Los requisitos que tenían que cumplir los aspirantes, además de poseer conocimientos en Arboricultura y Floricultura, eran: ser españoles, mayores de veinticuatro años, tener buena conducta y gozar de salud y robustez; y solo en caso de empate se utilizarían como méritos, el título de perito agrónomo y los servicios prestados a las dependencias del ramo de Agricultura del estado.

53

El tribunal elegido para la oposición tuvo como presidente a Florencio Ballarín, catedrático de Botánica e Historia Natural de la Universidad de Zaragoza, el resto lo compusieron: José María Paniagua, miembro de la Junta de Agricultura, Industria y Comercio la Provincia; José Valier, director de Arboledas del Canal Imperial; Marcos Mallandía y Aragonés, catedrático de Agricultura de la Escuela Central de Agricultura; y José Jordana, ingeniero de montes de la provincia.

Para hacernos una idea de los conocimientos que se exigían para desempeñar el puesto, merece la pena detenemos brevemente en el programa de contenidos seleccionados por el tribunal para cada uno de los cuatro ejercicios establecidos en la oposición. En los dos primeros se evaluaron conocimientos de Fisiología Vegetal y Arboricultura, en el tercero preguntas sobre Dibujo Lineal y Agrimensura, con aplicación al trazado de plantaciones y jardines, finalmente, el

cuarto consistió en la ejecución de cuatro operaciones de Arboricultura, Horticultura y Jardinería (*Nombramiento del Director de Arboledas*, 1862: ff. 20 r-21 v). Teniendo en cuenta el temario demandado en la oposición, vemos realmente cómo los aspirantes debían de poseer un alto grado de erudición teórico-práctica, lo que resultaba un compendio difícil de dominar sin haber cursado previamente estudios reglados de Agricultura o Jardinería.

Para cubrir el puesto únicamente se presentaron tres candidatos: Antonio Berbegal y Celestino, ingeniero agrónomo; Leoncio Gómez y Gimeno, jardinero del Jardín Botánico y alumno de 2.º año de la carrera de perito agrónomo; y Santos Aparicio y Agustín, agrimensor y aforador por la Escuela de San Fernando y docente de topografía y dibujo lineal de la Universidad de Zaragoza. Los exámenes tuvieron lugar los días 29 de noviembre y del 1 al 4 y 9 de diciembre de 1863. Por último, el día 10 del mismo mes, el tribunal propuso por unanimidad conceder el puesto a Antonio Berbegal y Celestino.

54

Podemos afirmar que **Antonio Berbegal y Celestino** fue uno de los técnicos zaragozanos más entrañables de la segunda mitad del siglo XIX, y aunque apenas se conservan datos biográficos de los profesionales de la naturaleza que trabajaron en Zaragoza, de este ingeniero agrónomo se conoce bastante información debido a su trascendental trabajo en el ámbito local, nacional e internacional.

Nacido en la localidad zaragozana de Gelsa en el año 1837, estudió en la Escuela Central de Agricultura hasta el año 1868, cuando obtuvo el título de Ingeniero Agrónomo. Sin haber finalizado completamente la carrera y dejando pendientes unos ejercicios para completar los estudios, en 1863, obtuvo la plaza de ingeniero agrónomo en el Ayuntamiento de Zaragoza como Director de Paseos, Jardines y Arboledas donde desempeñó su puesto con gran tesón y compromiso, interviniendo y mejorando la jardinería urbana de la capital con un gran número de proyectos, y muchos otros que aunque quedaron sin realizar, atestiguan los amplios conocimientos sobre lo que se estaba realizando en el contexto nacional e internacional. De hecho, en el



Antonio Berbegal. Fuente: CARTAÑA PIÑÉN, 2005: 173.

año 1872 pidió permiso al Ayuntamiento para presentarse en Madrid a una oposición de Catedrático de Ciencias Naturales, la cual habría obtenido seguramente dada su trayectoria posterior:

Entre los años 1880 y 1881 fue director de la Estación Enológica de Zaragoza, de hecho, en 1880 asistió al Congreso Filoxérico celebrado en Montpellier y durante cuatro meses residió en Málaga para dirigir los trabajos anti filoxéricos de la ciudad. En 1881 fue elegido director provisional de la Granja Agrícola de Zaragoza, momento en

el que estaba destinado en el Servicio Provincial de Agricultura, aunque en el año 1882 fue sustituido por Julio Otero y López. El 24 de febrero de 1882 presentó su dimisión como Director de Arboledas de la ciudad de Zaragoza tras haber sido destinado por el Servicio Agronómico a Sevilla (*Dimisión de Antonio Berbegal*, 1883: f. Iv-r):

«Ni mi organismo, ni mi educación ni mi modo especial de ser; me han permitido nunca en asuntos serios expresar lo contrario de mis sentimientos [...] que con el alma dolorida, el corazón oprimido y lleno de pena y contrariando todas mis aspiraciones de amantísimo hijo de esta ciudad, formula la renuncia de un cargo que constituía toda mi alegría y gloria profesional ¿Y como nó? Si en el nací hace diez y nueve años á la vida del trabajo [...] Identificado con todos los arboles que posee V.E, puesto que son creación mía, en cada uno encuentro un ser amigo que quiere detenerme. Los montes y predios rurales de V.E tan estudiados por mi en todos sus detalles, que animan para detenerme en mi resolución».

56

Poco duró su estancia en Sevilla, pues en 1883, el Ministerio de Fomento seleccionó a Berbegal para organizar e instalar una Escuela de Peritos Agrícolas en la Habana. Sabemos que partió hacia Cuba en noviembre de 1883 dejando la ciudad de Sevilla donde había instalado una granja escuela como la de Zaragoza y que regresó a España en verano de 1884 (BERBEGAL Y CELESTINO, 1884: 3):

«Con la lealtad que en sus asuntos serios acostumbro siempre, he de confesar también que solo me animó á aceptar tamaña empresa y á abandonar las orillas del Ebro, donde con aplauso de todos servía á mi patria muy contento, en primer término, por que siempre he creído que con todo mi escaso valer y diminutas fuerzas, me debía entero á la ciencia que tanto amo, á la que ya tantas pruebas tengo dadas de mis rectos deseos, y á la que he consagrado mi vida entera así como todas mis meditaciones escolares y profesionales».

Este mismo año publicó su obra *Proyecto de escuela de agricultura para la Isla de Cuba* en el que defendía el establecimiento de una escuela de peritos de enseñanza práctica frente a la creación de una escuela de estudios superiores de formación teórica y científica. Tras su

vuelta de Cuba, parece ser que el Ministerio de Fomento lo destinó a la isla de Filipinas para emprender otra Escuela de Agricultura. Aunque no se conocen datos fehacientes sobre su estancia en este lugar, sí sabemos que ingresó como docente en la Escuela General de Agricultura en el año 1886 donde impartió las siguientes materias: Prácticas de Cultivo, Ganadería e Industrias Rurales, Economía Rural y Nociones de Agronomía en la sección de peritos (CARTAÑA PIÑÉN, 2005: 173). Fue director del centro, cargo del que cesó en el año 1895, se jubiló en el año 1905 y falleció en 1907 con una destacada trayectoria profesional reconocida por la administración pública con la condecoración de la Gran Cruz de Isabel la Católica y la Sencilla de Carlos III.

Afortunadamente las iniciativas que planteó en Zaragoza han quedado recogidas en la documentación de la época, demostrando cómo sus propuestas sirvieron para traer la modernidad a la ciudad y renovar, en tanto en cuanto le permitieron, la imagen de su espacio público.

Se conocen los nombres de otros directores de paseos y arboledas de Zaragoza como el perito agrónomo **Pedro Sancho y Pastor** que desempeñó diferentes cargos para el Ayuntamiento desde 1860, principalmente como ayudante del Arquitecto y del Ingeniero Agrónomo Municipales y también fue docente de Geometría y Dibujo Lineal en el Ateneo de Zaragoza, convirtiéndose en 1890 en director hasta su jubilación en el año 1897 (*Jubilación de Pedro Sancho*, 1897). Cabe precisar que desde la dimisión de Antonio Berbegal en 1882 hasta 1890, la ciudad de Zaragoza no contó con la figura del Director de Arboledas, pues el Ayuntamiento no creyó conveniente contratar a otro Ingeniero Agrónomo porque, gracias a los trabajos y estudios realizados por Berbegal, el arbolado se encontraba en muy buen estado, se conocían las plantas adecuadas para las condiciones de Zaragoza y según la Corporación no se precisaban conocimientos científicos para intervenir en la jardinería. Además de ello, algunos concejales fueron reticentes a que Pedro Sancho ocupara tal puesto sin poseer la carrera de Ingeniería Agrónoma, a pesar de que durante este tiempo

fue dicho perito agrónomo quien estuvo al frente del arbolado urbano manteniendo el cargo de «Ayudante del Director de Arboledas».

A partir de 1897, la plaza de Director de Arboledas fue ocupada provisionalmente por el perito agrónomo **Orencio Blaque**, que falleció tempranamente en 1899, siendo remplazado brevemente por su padre **Ángel Blaque**, pues la Junta Municipal decidió suspender el sueldo de este cargo. Entre las razones que esgrimieron para cesar el puesto se encontraban la falta de presupuesto, la presencia de un Jardinero Municipal y también del técnico Tomás Aguilar, ayudante del Arquitecto Municipal, quien venía realizando desde 1890 una serie de trabajos propios del Director de Arboledas, por lo que entendieron que no se precisaba esta figura. Nunca más se volvió a ocupar la plaza de Director de Arboledas.

58

Además hay que tener en cuenta que en el año 1897 se refundió el reglamento de personal de Policía Rural y se estableció un servicio de Agronomía y Agricultura dependiente de la Comisión 5.^a (Sección 5.^a a Policía Rural) para gestionar los caminos, montes, arbolado público, viveros, deslindes, conservación paseos y construcción de jardines, al frente de un Director de Agronomía cuya plaza quedó desierta hasta el año 1902, momento en el que fue nombrado Tomás Aguilar, perito agrónomo que desempeñó su cargo hasta 1915 (*Nombramiento de Don Tomás Aguilar*, 1903).

Además de los ingenieros y peritos agrónomos que trabajaron en estos puestos, el ramo de arbolado de la ciudad también contó con el apoyo de aquellos ingenieros de montes que ostentaron puestos relevantes en la provincia. Aunque no actuaron directamente sobre la jardinería urbana, si que trataron de enriquecerla con opiniones y sugerencias encaminadas a potenciar las condiciones naturales de la ciudad. Uno de los grandes profesionales que trabajó en Zaragoza fue el ingeniero de montes **José Jordana y Morera**. Nació en Lérida en 1836 e ingresó en la Escuela de Montes de Villacioba de Odón en 1852, donde permaneció hasta la terminación de sus estudios en 1857, siendo el n.º 1 de la 6.º promoción. Como nos informa José



José Jordana y Morera. Fuente: GONZÁLEZ ESCRIG, 2002: 151.

Luís González, tuvo una dilatada vida profesional, ya que fue jefe de la Escuela de Prácticas de Ingenieros en Espinar (Segovia) en el año 1859; jefe de Distritos Forestales de Zaragoza desde 1862 y de Lérida en

1869. También fue miembro de la Comisión del Mapa Forestal de la Península en 1870 o presidente del Consejo Forestal entre 1901-1904, entre muchos otros cargos (GONZÁLEZ ESCRIG, 2002: 149). Participó en numerosas comisiones de estudio en el extranjero como Estados Unidos, Filipinas o Argelia, que le llevaron a publicar los resultados de estos viajes en diferentes obras como *Los montes y la colonización en Australia, Tasmania y Nueva Zelanda* (1878) o *La producción agrícola y forestal de la Argelia en el concurso de Argel de 1881* (1882). También escribió sobre temas agrícolas y forestales en revistas especializadas y publicó libros al respecto como *Apuntes bibliográficos-forestales, ó sea breve resumen de los libros, folletos, artículos, impresos, manuscritos, etc.* (1873) y *Algunas voces forestales y otras que guardan relación con las misma* (1900). Fue un profesional comprometido con las Ciencias Naturales en todas sus aplicaciones posibles, porque igualmente participó en las grandes exposiciones de la época, prestando sus servicios en la de Zaragoza (1868), Filadelfia (1876), Ámsterdam (1883), Barcelona (1888) o París (1889), entre muchas otras. Además, su vinculación con la ciudad de Zaragoza como jefe de Distrito Forestal, le llevó a formar parte del tribunal en la plaza de Director de Arboledas, como hemos visto y también a elaborar escritos para optimizar el arbolado de la ciudad, como el que presentó en el año 1857, en el que aconsejaba aclimatar nuevas especies vegetales para mejorar las arboledas de la ciudad.

Las tareas de todos estos profesionales estuvieron en ocasiones supervisadas por los arquitectos municipales, siendo ellos quienes en determinados proyectos dieron forma a sus ideas y propuestas sobre ornamentación urbana. Del arquitecto que se conservan un mayor número de proyectos de espacios verdes es de **Ricardo Magdalena** (1849-1910), quien ostentó el cargo de Arquitecto Municipal entre los años 1876 y 1910. Los planes que llevó a cabo estuvieron relacionados con una mejora urbanística de la ciudad como, por ejemplo, la creación de plaza de Salamero, de Tenerías o de Santa Engracia. Además, fue un técnico especialmente responsabilizado con la integración de zonas verdes en la ciudad, siendo el gran impulsor y creador del primer



Ricardo Magdalena.

Fuente: HERNÁNDEZ MARTÍNEZ, 2012: 38.



Félix Navarro.

Fuente: VV.AA, 2003: 17.

parque construido en la ciudad de Zaragoza, el parque Pignatelli (HERNÁNDEZ MARTÍNEZ, 2012).

También el arquitecto zaragozano **Félix Navarro** (1849-1911) fue un amplio conocedor del tema, como muy bien demuestra el proyecto que presentó al Municipio para la construcción de un parque urbano en la actual plaza de los Sitios en el año 1880. No nos deben extrañar sus conocimientos sobre espacios verdes, ya que viajó a Alemania y Estados Unidos donde, seguramente, conoció los modernos sistemas de parques urbanos que estaban desarrollándose en aquellos países, pero también su aprendizaje en la Real Academia de Construcción de Berlín entre 1870 y 1871 le habría posibilitado un acercamiento al mundo de la naturaleza urbana, cada vez más demandando en las principales capitales europeas.

A diferencia de estos profesionales, la documentación no hace referencia a la formación de los jardineros municipales, de hecho, la figura del Jardinero Mayor o Municipal aparece por primera vez en el

Reglamento de Personal de Policía Rural de 1887 donde se especifica que para aspirar a la plaza de Jardinero, este: «deberá comprobar que sabe leer y escribir con alguna corrección y demostrar prácticamente los conocimientos indispensables de aquel arte, acreditando llevar lo menos ocho año de practica en jardinería». Es decir, se exigían conocimientos eminentemente prácticos frente al Director de Arboledas, al que se le reclamaba el título de Ingeniero Agrónomo, Licenciado o Doctor en Ciencias o el título de Agrimensor o Perito Agrónomo. Según este Reglamento, todos los movimientos del jardinero debían de estar bajo las órdenes del Director de Arboledas, tal era así que no podía usar herramientas ni comprarlas, ni tampoco adquirir plantas, semillas o macetas, de igual modo se le prohibía poseer jardines propios y arrendados, tampoco podía dirigir ni estar al cuidado de otros particulares. Igualmente, los proyectos de jardines que fueran elaborados por el jardinero debían de someterse a la aprobación del Director de Arboledas, por lo que sus funciones quedaban reducidas al cuidado de los jardines, invernaderos, estufas y otros menesteres relacionados con el tema (*Reforma del Reglamento de Paseos y Arboledas*: 1887). Se conoce el nombre de los dos jardineros municipales que trabajaron en Zaragoza durante el último cuarto del siglo XIX, Eduardo Barrena y Francisco Valero, aunque poco se sabe de sus biografías.

Eduardo Barrena habría desempeñado el cargo de Jardinero Municipal desde 1887 y entre sus actuaciones se tiene constancia de la visita que realizó en septiembre de 1889 a la Exposición Internacional de París para estudiar detenidamente la jardinería de la muestra. Se conocen pocos proyectos elaborados por Barrena, entre los más señalados se encuentran los jardines diseñados para el Matadero Municipal en el año 1888, aunque poco después, en 1892, fue destituido por abandonar el destino. En aquel momento se decidió prescindir de un Jardinero Municipal, ya que el Ayuntamiento entendió que las figuras del auxiliar de jardinero y Guarda Mayor eran suficientes para encargarse del ornato público y de los viveros e invernaderos de la ciudad. No obstante, en 1895 se designó a **Francisco Valero** con el doble cargo de Jardinero Municipal y Guarda Mayor (*Nombramiento del*

Jardinero Municipal y Guarda Mayor, 1896). Se desconocen proyectos asociados a la figura de Valero, pero sí que debemos destacar el viaje que realizó a la Exposición Internacional de París en el año 1900, sobre todo porque a su vuelta presentó una memoria exhaustiva sobre los espacios verdes de la capital francesa en la que describe y compara con la jardinería de Zaragoza, dejando constancia de sus amplios conocimientos técnicos y también sobre las corrientes de jardinería predominantes.

Zaragoza también contó con la presencia de jardineros venidos de otras localidades españolas como el jardinero catalán **Ramón Oliva** (1842-1906), Jardinero Municipal de Barcelona, que diseñó un hermoso proyecto para los jardines de la plaza Aragón de estilo paisajista en 1885. Fue llamado desde el Ayuntamiento porque Oliva era considerado uno de los jardineros más importantes de España gracias a la intervención en proyectos tan destacables como el del parque de la Ciudadela de Barcelona, el Campo Grande de Valladolid y el Campo del Moro de Madrid.

63

A lo largo del siglo xx, el trabajo de los espacios verdes recayó en diversos servicios municipales que fueron cambiando a consecuencia de los avatares políticos. Entre los cambios más significativos hay que destacar la supresión en 1913 de la antigua Sección 5.^a de Policía Rural, que pasó a denominarse de Montes, Propios y Presupuestos y en 1928, aparece con el nombre de Propiedades. Durante un tiempo, las competencias en materia de espacios verdes recayeron en la Dirección de Montes y Parques al frente de un ingeniero de montes. El más famoso fue **Martín Agustí**, conocido especialmente por el proyecto que elaboró en 1924 junto al arquitecto municipal, **Miguel Ángel Navarro** y el Jardinero Mayor, **Fernando Gracia Gazulla** para el diseño del actual parque José Antonio Labordeta. También presentó un proyecto para la creación de un parque natural en el monte de Torrero, en la margen derecha del Canal, con la idea de transformar el monte en un tapiz de pinos, en un bosque natural, lo que se denominará Pinares de Venecia. Y desde el punto de vista teórico, publicó una



La Rosaleda del Parque José Antonio Labordeta de Zaragoza
(fotografía realizada por la autora).

memoria presentada en el IV Congreso Nacional Municipalista del año 1928, en el que exponía detalladamente la situación de los parques zaragozanos y recomendaciones sobre plantaciones.

Esta Dirección parece ser que desapareció en 1930 para crearse la Jefatura de Parques y Jardines (dependiente de la Comisión de Propiedades y del alcalde) al frente de un Jardiner Mayor; mientras que los guardas y la administración de montes trabajaron bajo las órdenes del Guarda Mayor. A partir de este momento el personal de Parques y Jardines se compuso de un Jardiner Mayor como jefe, dos segundos jardineros y diez y nueve peones fijos y eventuales. Las funciones del Jardiner Mayor consistían en dirigir a todo el personal y proponer y

supervisar todas las mejoras relacionadas con la creación, conservación y modificación de parques, jardines, viveros y arboledas (*Desaparición de la Dirección de Montes y Arboledas*, 1931) Sin duda alguna, el Jardinero Mayor más conocido fue el zaragozano **Fernando Gracia Gazulla** (1880-1942), el cual dedicó toda su vida al arte de la jardinería. Llegó al cargo entre 1922 y 1923, sucediendo a los jardineros Francisco Valero y Pedro Miranda, maestros con los que trabajó «desde chico» como el mismo Gazulla apuntaba. Aunque desgraciadamente se conocen pocos datos biográficos de Fernando Gazulla, sí que ha quedado constancia de la gran labor de embellecimiento llevada a cabo con sus trabajos en las plazas de San Felipe, de San Cayetano, de Aragón, de la Seo, de Salamero, de San Miguel, de Castelar, de la Libertad, del Portillo, en la Escuela al aire libre del Castillo, en el parque Pignatelli, en el monumento a Lanuza y en el parque de Buenavista, en este último construyó el jardín «de la Rosaleda» con rosas traídas de la casa Barbier de París.

Tras la muerte del Jardinero Mayor en 1970, el Ayuntamiento buscó un ingeniero que dirigiera el servicio municipal de parques y jardines y el 14 de julio de este año, **Rafael Barnola Usano** ganó la plaza de director del Servicio de Ayuntamiento de Zaragoza, un cargo que ocupó hasta 1991.



Parque Pignatelli de Zaragoza (fotografía realizada por la autora).

Los espacios verdes de Zaragoza en el siglo XIX



67

Plano coloreado de Zaragoza de 1880 basado en el realizado por Dionisio Casañal.

Fuente: Gran Archivo de Zaragoza Antigua [GAZA].

Estética, deleite y salubridad

Antes de explorar la ciudad de Zaragoza en el siglo XIX, en esta primera parte del capítulo vamos a tratar las novedades más importantes en cuanto al diseño de espacios verdes y también, los hechos que motivaron a los ayuntamientos a tomar las riendas y dotar de



Fábrica de fundiciones Averly. Fuente: FERNÁNDEZ CLEMENTE, 1997: 233.

zonas verdes públicas a las ciudades de una manera sistemática introduciendo nuevas tipologías. Se dieron varios factores que contribuyeron a que la morfología de la ciudad se transformase, y a consecuencia de ello, a que los municipios prestasen una mayor atención al embellecimiento urbano. Uno de los más evidentes fue el aumento demográfico que vivieron las ciudades españolas a causa del proceso industrializador, sobre todo, durante la segunda mitad del siglo XIX que, si bien tuvo una incidencia desigual en los diferentes puntos geográficos de la península, no podemos pasarla por alto pues cambió la manera de vivir de la población. El hierro fue especialmente transformador, como lo había sido y estaba siendo en toda Europa, por las diversas formas en que su presencia permitió, no solo modificar de manera radical los sistemas de transporte urbanos e interurbanos (ferrocarril y tranvía),

sino la propia fisonomía interna de la ciudad, al influir también en la evolución de la arquitectura (DE TERÁN, 1999: 22). Efectivamente, los avances tecnológicos y científicos orientados a mejorar la calidad de la vida urbana y también, el trabajo generado por la implantación de industrias, fueron los principales motivos que atrajeron a la población campesina hacia las capitales provinciales, produciendo un significativo aumento de la demografía urbana.

Aunque pronto, el confinamiento que sufrió la población en las urbes creó la necesidad inmediata de integrar espacios verdes a partir de dos actuaciones: la nacionalización de los bienes incautados a la nobleza en las revoluciones decimonónicas y las desamortizaciones religiosas, que conllevó la apertura al público de sus jardines privados y la reserva de espacios libres en las ampliaciones y ensanches de las ciudades de mediados del siglo XIX. Esta necesidad social también se tradujo en una creciente demanda de los jardines y parques que en ocasiones fueron sufragados bajo la iniciativa privada; el mayor progreso fue hacer accesibles a todo el público los beneficios del reino vegetal en la ciudad.

69

Así pues, el espacio urbano tuvo que adaptarse a los cambios introduciendo nuevas infraestructuras y servicios públicos que tenían como objetivo, entre otros, mejorar la higiene y la salubridad de las ciudades, pues la mayoría no contaban con buenos sistemas de alcantarillado ni agua potable, y en definitiva carecían de higiene básica. En los espacios verdes se encontró una píldora sanadora para frenar los síntomas de la industrialización, pues purificaban el aire, al tiempo que mejoraban la estética urbana y animaban el espíritu de los ciudadanos. Con estos alicientes, la naturaleza pasó a formar parte de las competencias del gobierno municipal y se hizo más evidente con la llegada de la burguesía al poder local, que se volcó en conformar un nuevo marco urbano, del que los espacios verdes formaban parte, en cuanto habían de servir, fundamentalmente aunque no exclusivamente, a las necesidades de lucimiento, ocio y relación de una burguesía expansiva en poder y en número, beneficiando al mismo tiempo a la colectividad (QUIRÓS

LINARES, 1991:83). Realmente, se produce una continuidad del periodo renovador propuesto por la Ilustración que dejaba atrás la ciudad del Antiguo Régimen, con una voluntad firme por mejorar y embellecer las ciudades a partir de reformas en los trazados, formación de ensanches, edificación de monumentos o proyección de zonas verdes. A todo ello hay que añadir la influencia del urbanismo francés durante el periodo en que José I ocupó España entre 1808 y 1814, a través de los numerosos proyectos que emprendió para dotar a las ciudades españolas de nuevos espacios libres con plazas y paseos arbolados.

Cierto es que se produce un cambio de mentalidad profundo en toda Europa al compás de las transformaciones producidas durante la centuria, donde el debate de los usos de los espacios públicos cobra una especial significación. Cambios que provocaron un aumento de las funciones asociadas a las zonas verdes, ya que debían de garantizar la belleza y la armonía, mejorar las condiciones higiénicas e, incluso, el estado de ánimo de la sociedad por el «reposo que ofrecen al espíritu» y además eran símbolo del «grado de civilización de los pueblos» (SOCIEDAD ECONÓMICA MATRITENSE, 1871: 1). Se trataba de conciliar la belleza con la utilidad, pero se entendía que toda ciudad importante debía de contar con estos espacios para el desahogo de la población a emulación de las grandes capitales europeas como Londres o París, que poseían una cultura muy avanzada en estos temas urbanísticos. Inglaterra, Francia o Alemania se alzaron como referentes en lo que se refiere a la introducción de nuevos espacios ajardinados abiertos al público, fueron los primeros en sufrir los estragos de la industrialización y también los primeros en buscar la cura ante los efectos ciudad industrial, no solo con la incorporación de espacios ajardinados sino también con el diseño de los primeros parques urbanos públicos. Igualmente, fueron los modelos a seguir desde el punto de vista estético. Inglaterra irradió la vertiente más sincera de la naturaleza urbana, el jardín paisajista, que apostaba por un diseño alejado de fórmulas clásicas, por una traza espontánea y variable. Esta tendencia naturalista hundía sus raíces en el pensamiento ilustrado y comprendía un movimiento que trascendía de la forma, congregando en su ser un

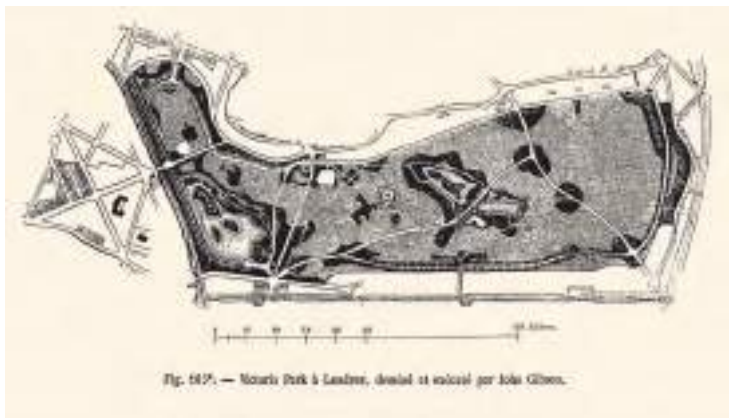


Parc des Buttes Chaumont de París. ALPHAND, A. (1867-1873),
«Les Promenades Intérieures de Paris (planches)»
en *Les Promenades de Paris*, J. Rothschild Éditeur, París, s/n.

71

pensamiento poético y filosófico de devoción hacia la naturaleza antes de humanizarse, el concepto natural en su estado más puro y sentimental. Además, recibió la influencia de otras artes como la pintura de Nicolás Poussin o Hubert Robert, de la literatura inglesa y de la jardinería china.

Este estilo se contraponía a la versión clasicista de los jardines, cuyo origen se remontaba, por un lado, al Renacimiento y a su afán por rescatar los valores del mundo grecorromano, y por otro al Barroco que introdujo novedades como la escenografía y todo tipo de enriquecimientos decorativos sobre las bases clásicas, en las que predominaba la geometría más estricta, el equilibrio y la simetría. Los cánones clasicistas se impusieron desde Italia y Francia irradiando su influencia al resto del continente, y de hecho hasta la llegada del jardín paisajista



Victoria Park de Londres. ALPHAND, A. (1867-1873), *Les Promenades de Paris*, J. Rothschild Éditeur, Paris, p. 56.

72

en el siglo XVIII, Europa no conoció más sistemas que el propuesto por el jardín clásico.

Estos dos estilos tuvieron su impacto en la jardinería ornamental española, tanto doméstica como pública, aunque realmente la tendencia más utilizada se basó en una conjunción de ambas escuelas y de otras inspiraciones provenientes del bagaje cultural del país, por ejemplo, del jardín islámico y también del foráneo, como el de inspiración oriental, el jardín japonés y chino. Lo cierto es que los modelos europeos de jardinería llegaron tardíamente a España y tuvieron que adaptarse a la cultura y a las peculiaridades geográficas y climatológicas hispánicas.

Más allá de criterios formalistas, se puede afirmar que la visión más completa y realista de los espacios verdes se logró en Norteamérica porque aunaron criterios urbanísticos, estéticos, ideológicos y sociológicos, siendo las ciudades norteamericanas las primeras en poner en marcha sistemas integrales de parques públicos enlazados entre sí mediante arterias de vegetación creadas al afecto (FARIELLO, 2008:

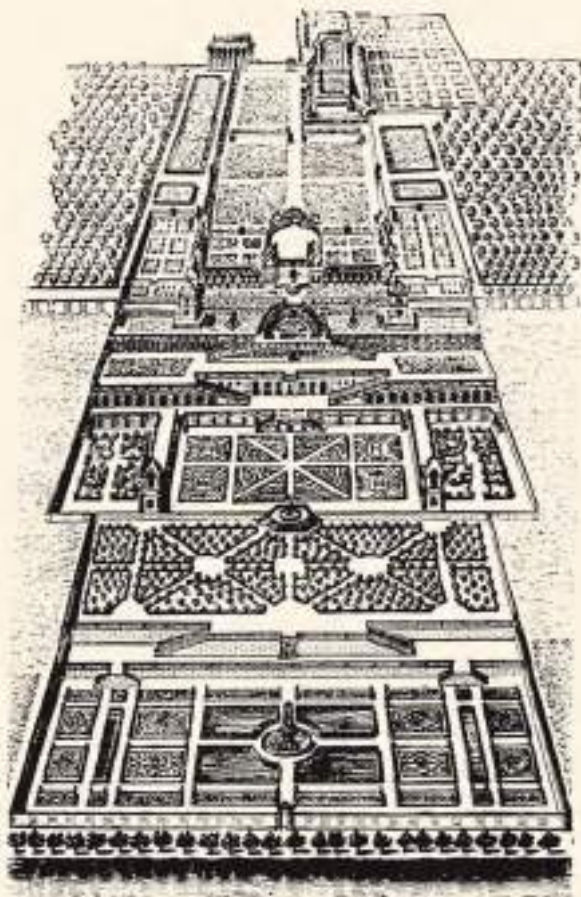


Fig. 26°. — Château et Jardins de Saint-Germain-en-Laye.

Grabado de los jardines del castillo de Saint Germain, Laye (Francia).
 Fuente: ALPHAND, A. (1867-1873), «Les Promenades Intérieures de Paris (planches)»,
 en Les Promenades de Paris, J. Rothschild Éditeur, París, p. XIX.

285). El ejemplo más logrado de parque urbano decimonónico fue la construcción de Central Park en Nueva York.

La industrialización también hizo mella en nuestro país, e influidos por el pensamiento romántico europeo, se creó un sentimiento de rechazo hacia el suelo construido y de amor hacia el mundo natural, se trataba de alejarse de la ciudad y adentrarse en el campo, nuevas miradas ante la cruda realidad que encontraron su medio de expresión en las artes, así lo entendió Azorín (AZORÍN, 1941: 36):

«El paisaje somos nosotros; el paisaje es nuestro espíritu, sus melancolías, sus placideces, sus anhelos, sus tártagos. Un estético moderno ha sostenido que el paisaje no existe hasta que el artista lo lleva a la pintura o a las letras. Solo entonces —cuando esta creado en el arte— comenzamos a ver el paisaje en la realidad».

El gusto por la naturaleza también es evidente en las palabras de Pérez Galdós, el cual muestra su percepción sobre la síntesis naturaleza-ciudad al referirse a los entornos urbanos vallisoletanos, unas palabras que recoge Azorín en su obra *El paisaje de España visto por los españoles* (AZORÍN, 1941: 57):

«Casas lejanas, escasos árboles, supervivientes en los que se plantaron a construir la carretera, no logran romper la uniformidad plana de aquel suelo que se rebela contra todo lo que pretende alterar la quietud, su horizontalidad lacustre y su tristeza reconcentrada, ensoñadora. Es el paisaje elemental, el descanso de los ojos y el suplicio de la imaginación».

Ante este panorama y recogiendo las modas imperantes provenientes de Europa, las principales ciudades supieron asimilar las influencias. Así lo hizo Madrid, capital privilegiada en cuanto a propiedades ajardinas de origen real como el Buen Retiro, abierto al público en el último tercio del siglo XIX, o el Campo del Moro, accesible a la ciudadanía en el siglo XX. Además, la capital española fue un foco intelectual y empírico de las Ciencias Naturales en sus centros para la aclimatación de especies vegetales como el Real Jardín Botánico, el cual jugó un papel muy importante en cuanto a la divulgación de plantas y jardines. Aparte del interés despertado por la flora, también se emprendieron

proyectos urbanos de referencia, tales como la reforma del salón del Prado, lugar predilecto por los madrileños, la ampliación del paseo de Recoletos o la creación de nuevas plazas ajardinadas como las de Santa Ana o la actual de Tirso de Molina. Otras ciudades como Barcelona también abordaron durante el siglo XIX la construcción de importantes espacios verdes como el parque de la Ciudadela sobre la antigua fortaleza o la apertura del paseo de Gracia. Sin duda alguna, la visión de conjunto más integradora se alcanzó con el ensanche ideado por Idelfonso Cerdá, quien previendo la congestión del casco antiguo planteó una retícula expandida a partir de manzanas cuadrangulares achaflanadas en cuyo interior disponía espacios verdes públicos. El resto de la trama se completaba con calles paralelas y perpendiculares, avenidas diagonales, parques cada 1.500 habitantes y otros servicios de primera necesidad.

Mayoritariamente, todos estos proyectos se iniciaron durante la segunda mitad del siglo XIX cuando las necesidades de renovación fueron más acusadas, teniendo en cuenta que las primeras décadas

75



Vista del Prado de Madrid tomada por la espalda de la fuente del dios Neptuno (Isidro González Velázquez, ca. 1800). Fuente: Biblioteca Digital Memoria de Madrid.



Phlox Drummondii. Alphand, A. (1867-1873), «Flore ornamentale des Promenades de Paris (planches)» en *Les Promenades de Paris*, J. Rothschild Éditeur, Paris, s/n.

estuvieron sumergidas en una gran inestabilidad a causa de la Guerra de la Independencia.

Pese a todo, se generó un panorama muy propicio resultante de los cambios urbanos y sociales volcado en la mejora de la estética y salubridad y, en definitiva, en el deseo de modernizar las ciudades con espacios verdes. Un interés generalizado que fue respaldado por las artes y también por las ciencias en el desarrollo de las ramas de la Botánica, Floricultura, Arboricultura y Horticultura. Los jardines y las plantas fueron objetos de estudio en artículos y libros y también, mostradas en exposiciones con la finalidad de introducir nuevas especies vegetales tanto de carácter hortícola como ornamental, enriqueciendo así el patrimonio vegetal de la ciudad (LASSO DE LA VEGA, 2015: 33).

Por lo tanto, existían las herramientas teóricas y técnicas suficientes para desarrollar este tipo de espacios, sin embargo, el estado de la jardinería urbana en España no debía de ser ejemplar. Para la Sociedad Económica Matritense, el problema no se encontraba en el clima, ni en el agua o la infertilidad de los terrenos, sino en la falta de aficionados y de técnicos instruidos en este tema (SOCIEDAD ECONÓMICA MATRITENSE, 1871: 11). A estas barreras había que sumar la situación de cada ciudad, siendo uno de los temas más agravantes la precariedad de las arcas municipales, pues no contaban con el financiamiento real de espacios verdes.

77

Afortunadamente, las coyunturas de cada ciudad nos permiten configurar discursos históricos múltiples sobre un mismo tema, es por ello por lo que a partir de ahora nos adentraremos en el patrimonio verde de la ciudad de Zaragoza durante en el siglo XIX, en los fracasos y en los éxitos en cuanto a la creación de pulmones verdes, y en las ansias de una comunidad por avanzar hacia la modernidad.

Lugares reconocibles, espacios verdes eternos

Los acontecimientos sufridos en la Zaragoza decimonónica van a ser cruciales para el tema que nos ocupa. En esencia, la Zaragoza de



Vista del Sitio y bombardeo de la ciudad de Zaragoza por los franceses desde que se presentaron delante de dicha ciudad el 15 de junio de 1808... (Anónimo, ca. 1808)
Fuente: Biblioteca Nacional de España.

los Sitios continuaba siendo la misma ciudad que se había configurado ya a fines de la Edad Media, encerrada en la muralla de rejola, rodeada por campos de cultivo y conectada con el pequeño núcleo de la margen izquierda gracias al único puente del que disponía la ciudad, el puente de Piedra.

El cambio de centuria, del XVIII al XIX, no fue favorable para el desarrollo de la ciudad en todos los aspectos y, entre otras complicaciones, su tradición ambiental basada en caminos y terrenos arbolados fue quebrada por las estrategias militares, dado que, para facilitar las operaciones bélicas de la Guerra de la Independencia entre junio de 1808 y febrero de 1809, prácticamente se talaron todos los árboles. Tras los Sitios, la ciudad quedó reducida a cenizas y, aunque en el tiempo en que los franceses permanecieron en suelo aragonés llevaron a cabo

trascendentes iniciativas urbanísticas, tras su marcha, en el año 1813, todos los esfuerzos se concentraron en superar los problemas más inminentes de la población, continuando con un proceso de reconstrucción que se prolongará a lo largo de todo el siglo. El gobierno francés en Zaragoza (1809-1813) supuso un intento por trasladar las teorías urbanísticas sobre el embellecimiento e higiene francesas a la ciudad, llevando a cabo obras como la integración de espacios ajardinados, el trazado urbano regular y ordenado y el empedrado o alineación de calles. También durante este breve periodo, se plantaron árboles en los paseos del Canal y desde el entorno del puente del Huerva hasta el Portillo, impulsaron la construcción de fuentes, mejoraron la iluminación y se prohibió dar sepultura en el interior de las iglesias siguiendo las pautas de científicos franceses.

Tras la marcha del gobierno foráneo, el aspecto afrancesado que habían logrado en determinados espacios de la ciudad se sumió en una profunda languidez bajo el reinado de Fernando VII, cuya política

79



Segundo Sitio de 1809 (Theodore Yung y Charles de Lalaise, mediados del siglo XIX)

Fuente: Archivo GAZA.

absolutista imposibilitó el desarrollo urbano propugnado por las teorías ilustradas. La población siguió habitando el mismo caserío decadente golpeado por la guerra, en calles arenadas y sucias, y con falta de atención a la higiene y salubridad pública. En 1814, Antonio Plana se lamentaba de la realidad física de la ciudad (PLANA, 1814: 23): «¿Dónde están aquellas arboledas encantadoras e interminables?»

La construcción de nuevos espacios urbanos y equipamientos retomó el vigor perdido con la muerte de Fernando VII en 1833 y la progresiva instauración del poder liberal. La sociedad estaba cambiando, la iglesia había perdido el poder de siglos atrás y las decisiones se encontraban en manos de la incipiente burguesía liberal. La consolidación de este grupo social emergente se aceleró con la Desamortización Eclesiástica de Mendizabal en 1836, que supuso el traspaso de suelo de la iglesia hacia los burgueses, materializando muchas de estas inversiones en industrias y en propiedades que serán objeto de especulación. Entre las iniciativas urbanísticas más destacadas ligadas al ascenso de la burguesía se encuentran la inauguración del cementerio de Torrero en 1834, la mejora del alumbrado, la construcción de la Diputación Provincial sobre las ruinas del convento de San Francisco y la proyección junto a este de la fuente de la Princesa, y con ella, la llegada del agua al centro de la ciudad. También, durante la segunda mitad del siglo XIX se llevaron a cabo actuaciones urbanas de gran envergadura en el centro urbano, como fue la apertura de la calle Alfonso y el ensanche y alineación de la calle Don Jaime.

El ferrocarril llegó a Zaragoza en 1861, a la Estación del Norte que había sido construida en el Arrabal y con él la implantación de industrias en la ciudad y la dinamización del mercado regional. A esta primera línea, que comunicó Zaragoza con Barcelona a través de Lérida, se añadió después la de la Compañía de Madrid-Zaragoza-Alicante (M.Z.A) en la estación del Campo del Sepulcro en el año 1865. A estas se unirían otras tres más para el transporte de viajeros y mercancías, las de Utrillas, Cariñena y, una vez clausurada esta, la de Caminreal. En esta década otro de los grandes acontecimientos que vivió la ciudad



Vista General de la Exposición Aragonesa de 1885. Fuente: A.M.Z.

fue la celebración de la Exposición Aragonesa de 1868 en la glorieta de Pignatelli, pues tras su clausura se parceló la glorieta y se construyó la Capitanía General y una serie de hotelitos de corte burgués que impulsaron la urbanización del sur de Zaragoza. Otra de las respuestas al proceso industrial fue la implantación de la primera línea tranviaria de tracción animal en 1885, coincidiendo con la II Exposición Aragonesa en el mismo año. La primera línea fue la de Torrero y pronto tuvo un gran éxito entre la población por la comodidad y rapidez en los desplazamientos, lo que motivó la apertura de nuevas líneas a lo largo y ancho de la ciudad y posteriormente la electrificación del trazado.

Entre tantas novedades, uno de los aspectos que preocupó al Municipio fue la introducción de espacios verdes en la trama urbana zaragozana, ya que la falta de áreas de desahogo a causa del aumento poblacional y la creciente urbanización estaba alejando al hombre de su medio natural.

Así, el urbanismo que se va a aplicar va a tratar de emular al de las principales capitales europeas y también al madrileño: abrir calles anchas, luminosas y arboladas; bulevares que se imponen como imagen de salubridad urbana del gusto de los munícipes y bienestar de la población; el jardín y el parque urbano imitarán al jardín paisajista o inglés como reflejo del buen gusto y tendrán que asumir su propia contradicción entre el deleite, imitación de la naturaleza y la aceptación de los nuevos espacios urbanos en los que tiene que integrarse (GARCÍA MARTÍN, 2002: 135).

Los contemporáneos se preocuparon por el estado del arbolado urbano y, de hecho, se han conservado numerosos documentos en los que se lamentan de la mala conservación de los paseos arbolados y de los plantíos. Ya en 1811 la Corporación se hacía eco de esta problemática, en este caso, ocasionada por las personas encargadas del cuidado y arreglo de las arboledas de los ocho paseos de la ciudad, ya que poseían escasos conocimientos técnicos sobre Arboricultura, pero también se debía a la falta de un riego adecuado para proveer de agua a los árboles (*Sobre el mal estado de las arboledas*, 1811). La limitación técnica y la falta de infraestructuras para dotar de agua a las plantaciones va a ser un problema constante durante todo el siglo, e incluso en fechas tan avanzadas como 1875 el Director de Arboledas, Antonio Berbegal, se quejaba del mal estado del arbolado de la plaza de la Constitución (actual plaza de España), tanto por el atropello de los carruajes como por el sistema de riego con cubos, un método que también se utilizaba en las plazas de la Seo y del Pilar y que contribuía a que las plantas «arrastren una vida raquítica» (*Riego de los árboles de la plaza de la Constitución*, 1875). Al problema del riego, añadir tres factores que también contribuyeron a frenar el desarrollo de los espacios verdes: la imposibilidad de reponer las especies vegetales, una dificultad que en Zaragoza aumentaba debido a una atmósfera asfixiante en verano que requería la renovación de plantas anualmente; la construcción incontrolada que colmataba el interior de la ciudad a merced de los intereses económicos; y la precariedad de las arcas municipales. Por el contrario, los visitantes que llegaban al municipio se asombraban



Vista de Zaragoza (ca. 1900) Fuente: Archivo GAZA.

de la maravillosa perspectiva que ofrecía la ciudad, Madoz la describía así (MADOZ, 1895: 365): «Hermosos y variados paseos, y en todas las direcciones circundan la c. de Augusto: casi todo el recinto ofrece la mas deliciosa y alhagüeña perspectiva por su mucho arbolado».

No van a faltar expertos que muestren sus inquietudes y aporten consejos sobre la jardinería zaragozana, como hizo el ingeniero de montes José Jordana y Morera, quien en el año 1857 presentó un escrito al Ayuntamiento en el que recogía una serie de indicaciones para mejorar los arbolados de la capital aragonesa. Para este técnico, el arbolado «asegura la pureza del aire, es una de sus mas bellas y sencillas galas» y, en relación con ello, el hombre moderno había descuidado el adorno de las poblaciones a favor de calles laberínticas y tortuosas, aunque el arbolado en los paseos y los alrededores de la ciudad gozaban de atención y belleza. Sin embargo, era necesario dar un paso

más e integrar arbolado lineal en paseos y jardines a intramuros, pero desde otra perspectiva, no aumentando el número sino la variedad de especies arbóreas, siempre que lo permitiese el clima y el terreno. Buscaba con ello enterrar la monotonía visual que aportaba la uniformidad de las plantaciones e innovar con distintos matices, texturas y follajes (*Indicaciones sobre una mejora en los arbolados lineales de esta capital*, 1857: f. 7v-r):

«Los verdes olmos reaniman á los mas hipocondriacos: las plateadas y olorosas flores de la acacia y las violadas del cinamomo, avivan la imaginación mas cansada y todas las especies en fin, producen sobre nuestros sentidos impresiones agradables y lisonjeras».

Para lograr esta diversidad, más allá de los olmos, acacias y álamos, propone introducir especies tropicales y, en cuanto a las flores, reorganizar los viveros existentes, aumentándolos y distribuyéndolos en distintos puntos de la ciudad. Otra de sus peticiones fue la de construir un gran vergel, un parque urbano o un jardín, para seguir la estela de otras grandes ciudades como París que poseía los jardines de las Tullerías, Luxemburgo y el de Plantas o Madrid con el Retiro. Todavía pasarán décadas hasta que estas propuestas se lleven a cabo.

84

Otro de los técnicos que mostró un afán especial por mejorar la naturaleza urbana fue Antonio Berbegal y Celestino, director de Arboladas del Ayuntamiento de Zaragoza. Sus pensamientos los recogió en una memoria dedicada al ramo de arbolados y jardines de Zaragoza, presentada en el año 1865, en la que expone la conveniencia de practicar trabajos de alineaciones en los paseos y plazoletas de la ciudad, concretamente alude al **soto de la Almozara**, ya que, según el técnico, era un punto de la ciudad muy animado por las numerosas personas que buscaban en él solaz, frescura y amenidad. También deja constancia de las mejoras realizadas bajo su iniciativa: adecuación de los jardincillos a extramuros de la puerta de Santa Engracia, adquisición de especies vegetales, operaciones de cultivo, preparación del soto de la puerta de Sancho para la repoblación de los arbolados de ornato e

higiene pública, etc. (*Memoria sobre el ramo de arbolados y jardines de Zaragoza*, 1865).

Tenemos la suerte de que se conserve otra memoria del año 1901, de esta manera podemos obtener una visión del estado de los espacios verdes zaragozanos y su evolución a lo largo de la segunda mitad del siglo XIX. En este caso, la firma el Guarda Mayor de Arboledas y Jardinero Municipal, Francisco Valero, como resultado de su viaje a la Exposición Internacional de París, donde permaneció veintiún días para recopilar información sobre los jardines parisinos con el fin de trasladar los modelos e integrarlos en Zaragoza. Dividió el contenido en dos partes, primeramente, explica el ornato arbóreo zaragozano y en segundo lugar los jardines y parques públicos, y a partir de ello realiza un sucinto estudio comparativo entre los espacios verdes parisinos y zaragozanos. Hay que anticipar que el escrito es un continuo ataque a la desatención sobre los espacios verdes y la falta de recursos materiales y económicos que impedían desempeñar correctamente las labores de jardinería en la ciudad de Zaragoza. La situación de los paseos zaragozanos, bajo el juicio de Valero, era deplorable, ya que únicamente el **paseo de la Independencia** contaba con riego a partir de un sistema de alcantarillado, mientras que el resto, a causa de la urbanización y el excesivo movimiento de vehículos, no podían recibir el agua necesaria por el estrechamiento de las cunetas. Otro de los problemas que señala es la introducción de tuberías de gas en lugares como el **paseo de la Ronda de la Ciudad**, pero sin duda el mayor causante de la desaparición del arbolado era la urbanización, «no pasara muchos años sin que podamos decir que, el magnífico arbolado de Zaragoza, vive muriendo». En relación con los jardines de Zaragoza afirma que «son pocos y pequeños» y todos ellos imitan al «estilo inglés». Francisco Valero sentencia su escrito diciendo que «poco o casi nada, he podido aprender de mi viaje a París» porque sin presupuesto y solo con su esfuerzo, había podido llevar a cabo correctamente su profesión. En la memoria pone de manifiesto una realidad de la que no había vuelta atrás y era el crecimiento masivo de Zaragoza que estaba ocasionando la desnaturalización de la ciudad.

Para terminar esta primera parte, no podemos dejar de mencionar otros acontecimientos que contribuyeron a garantizar el ornato de la capital, como fueron la celebración de las exposiciones aragonesas que reservaron un espacio para la muestra de jardines que, si bien fueron efímeros, planos como el de la Exposición Aragonesa de 1868 dejan constancia de su existencia como una parte esencial, no solo para el decorado del certamen, sino también para la organización espacial del conjunto. También, el plano de la Exposición de 1885 confirma la plantación de jardines en el recinto, parterres geométricos que delimitan las cuatro esquinas del espacio y un paseo arbolado que rodea el espacio cuadrangular del Matadero Municipal, lugar donde se celebró.

El gusto por los adornos vegetales no quedó reducido a la esfera pública y para satisfacer el interés de los particulares existieron



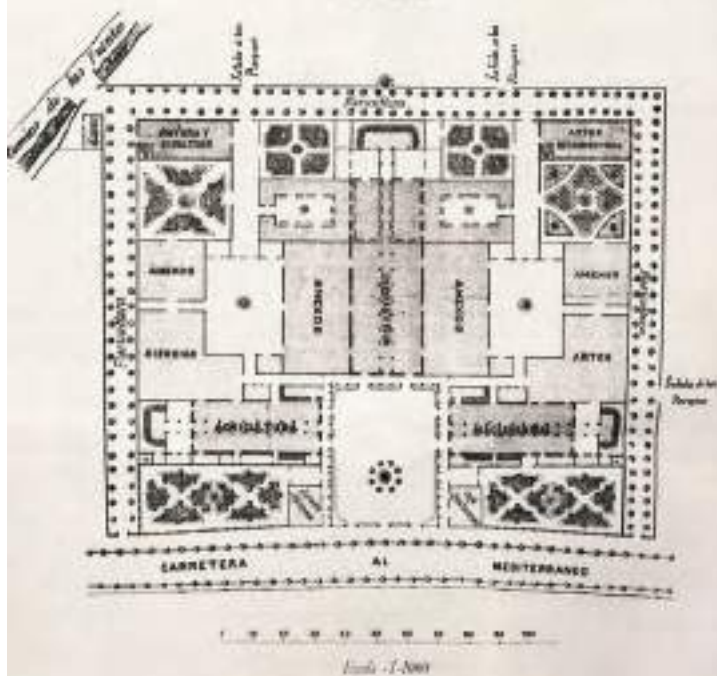
Exposición Aragonesa. Proyecto del edificio principal y de disposición de las demás dependencias (Mariano Utrilla, 1868) Fuente: A.M.Z.

EXPOSICIÓN ARAGONESA DE 1885

ALZADO



PLANTA



Exposición Aragonesa de 1885, alzado y planta (1885)

Fuente: GARCÍA GUATAS, 2004: 180.



Portada del libro:
*Gran Establecimiento
de Horticultura...*, 1882.

célebres establecimientos de Horticultura, Floricultura y Arboricultura como el de Mariano Cambra en la Quinta de San José o el de Benjamín Leclair en el jardín de la torre de Bruil. Estos negocios publicaban catálogos de plantas ornamentales, árboles frutales, forestales y de adorno, y semillas de todas clases y también se anunciaban en la prensa local, lo que manifiesta la afición de la sociedad por ornamentar sus viviendas con arreglos florales.

A pesar de las vicisitudes, los zaragozanos pudieron disfrutar de la naturaleza en todas sus manifestaciones, representada y domesticada en caminos y paseos arbolados, arboledas naturales, viveros, jardines y parques urbanos.

Caminos y paseos arbolados

Los paseos arbolados fueron las primeras manifestaciones urbanas que introdujeron elementos verdes en Zaragoza y, al igual que en

otras ciudades de España, se fueron mejorando estéticamente y poblando de árboles mientras preparaban el camino para los bulevares y avenidas que se crearían en el siglo XIX. Los paseos adquirieron denominaciones y formas diferentes, de hecho, como explica Francisco Quirós, no tenían por qué ser un espacio construido o acondicionado para tal fin, sino que podía servir cualquiera en el que fuese posible pasear. Podían ser espacios a las orillas de los ríos, caminos entre huertas o cualquier otro lugar que permitiese el ejercicio físico, ofreciese perspectivas u horizontes amenos, grandiosos o variados. Igualmente, como añade Quirós, podían ser aquellas alamedas que jalonaban las carreteras u caminos plantados, no solo para dar sombra al paseo sino también al entorno (QUIRÓS LINARES, 1991: 81).

Los términos más empleados para hacer referencia a estas vías en las fuentes documentales zaragozanas son la de camino (en donde se diferencian los caminos vecinales de los intraurbanos), paseo o paseo arbolado, arboleda (término que se utiliza indiferentemente para aludir a un paseo o una extensión verde natural) y, en menor medida, el de alameda. Los paseos proyectados en el siglo XIX van a conformar las principales arterias de la ciudad, algunos de ellos, como veremos, desembocarán en salones o glorietas y, al igual que otros espacios verdes, incorporarán a lo largo del tiempo nuevas infraestructuras o elementos de mobiliario urbano, tales como bancos, fuentes o monumentos. De igual modo, conforme avance el siglo, en los de mayor anchura se incluirá en la parte central la zona de paseo, mientras que los laterales se destinarán a los carruajes y con posteridad a las vías del tranvía.

Uno de los espacios característicos de este siglo es el «salón», pues aportaba una singularidad con respecto al resto de los paseos, ya que no solo incluían las líneas de árboles pareadas, sino también sendas filas de bancos, igualmente, uno de los extremos terminaba en un semicírculo adornado, habitualmente, por fuentes ornamentales. Zaragoza contaba con el **salón de Santa Engracia**, posteriormente reformado y transformado en **paseo de la Independencia**. A veces también, los paseos desembocaban en glorietas, lo que ocurrió con el

mencionado paseo de la Independencia que concluía en la **glorieta de Pignatelli**, que en realidad era una plazoleta con un jardín interior.

Se dieron tres tipos de paseos definidos por su origen, función y ubicación, a los cuales volveremos con posteridad:

- Los establecidos en los caminos y carreteras que salían de las ciudades, cuyo origen se remontaba con anterioridad al siglo XVIII, conservaban su carácter natural y no habían sido plantados, aunque con el tiempo y a mediados del siglo XIX muchos de ellos se remodelarán.
- Caminos intraurbanos, fruto del tejido urbano preexistente, los cuales se arreglarán para cumplir los requisitos de paseos arbolados en cuanto a su ornato y comodidad. A los ya existentes, se incorporarán los nuevos paseos proyectados que modificarán el tejido urbano preexistente.
- Paseos integrados en otros espacios verdes, como el **paseo de la Arboleda de Macanaz**.

90

El siglo XIX comienza con el establecimiento de las tropas francesas tras los Sitios. Con la ciudad en ruinas, el nuevo gobierno decidió actuar sobre uno de los puntos más transitados de la ciudad, el **camino de Santa Engracia**, cuyo entorno había sufrido graves daños sobre todo durante el primer asedio, cuando los franceses, antes de retirarse, estallaron una mina en el Monasterio de Santa Engracia e incendiaron el convento de San Francisco. Hay que recordar que este camino serpenteaba hacia el Sur, entre la llamada Cruz del Coso y la puerta de Santa Engracia, prácticamente destruida en 1808. Una vez traspuesta esta puerta, se accedía al paseo también denominado de Santa Engracia que hundía sus raíces en el siglo XVIII, cuando había sido dotado de un espeso arbolado e infraestructuras.

Tomando como punto de partida el damnificado camino, el gobierno francés decidió reflejar su supremacía con una obra que representara los valores de la civilización gala. El maestro de obras,

Joaquín Asensio, se encargó de elaborar un proyecto de boulevard, el paseo Imperial, en honor a Napoleón. Este paseo debía de iniciarse con una nueva plaza, formada junto a la antigua puerta Cinegia (destruida en 1810) sobre las ruinas de la mencionada Cruz del Coso, y continuar, en línea recta, hasta la puerta de Santa Engracia, en donde se proyectaba una puerta monumental en sustitución de la anterior; también destruida en los Sitios (YESTE NAVARRO, 2013: 92-93). Este paseo Imperial seguía la estética de los bulevares parisinos, avenidas anchas, monumentales y arboladas que configuraban el marco de la vida pública de los ciudadanos, el escenario de todo tipo de actividades lúdicas y que, a su vez, optimizaban la circulación y las conexiones. Se inauguró el 30 de septiembre de 1812 tras la plantación de cuatro filas de árboles y la colocación de iluminación y bancos. En su conclusión, aunque no se construyó una nueva puerta, se reforzó la existente con un añadido de madera.

Durante el reinado de Fernando VII, esta iniciativa fue retomada en 1815 por Martín de Garay, protector de Canal Imperial, quién gestó la idea de concebir el paseo arbolado con un salón central que finalizaba con una nueva puerta y tras ella, una glorieta ajardinada, la cual no se hizo realidad hasta décadas después. El paseo, a partir de ahora, se conocerá como Salón de Santa Engracia.

91

En décadas sucesivas se acondicionó la plaza de San Francisco (nombre que se le dio a la nueva plaza formada en el punto de arranque del paseo por su proximidad al destruido convento de San Francisco, después llamada de San Fernando y posteriormente de la Constitución) y se inició la construcción de la fuente de la Princesa en su centro. En 1833 se planteó la terminación del paseo tomando como modelo la parisina *Rue Rivoli* de Percier y Fontaine bajo las directrices de los arquitectos Yarza y Gironza. El proyecto proponía la construcción de edificios porticados con fachadas uniformes que flanqueaban el paseo, y la regulación de la glorieta oval en la que concluía. Esta fue finalmente ajardinada en 1840 por Nicasio López a iniciativa de la Junta del Canal Imperial (YESTE NAVARRO, 2007 y 2016).



Rue Rivoli de París (Lévy y Neurdein, años 20 del siglo xx) Fuente: Colección privada.

En cuanto a la puerta de Santa Engracia, los proyectos para su reconstrucción se sucedieron a lo largo de los años, aunque las obras se paralizaron una y otra vez, siempre por falta de fondos municipales. Finalmente, en el año 1865, fue demolida y en su lugar se dispuso una sencilla puerta de cinco accesos diseñada por Mariano López. Se construyó con verjas de hierro fundido sobre una base y pilares de sillería.

Además, como informa Madoz, a mediados de siglo el salón de Santa Engracia se había dotado de servicios propios de su tiempo: dos casas de baños y un espacioso café Suizo, además de cómodos y bonitos canapés de mármol con respaldos de hierro.

En 1860, la Guía de Zaragoza describía así el Salón de Santa Engracia (GUÍA DE ZARAGOZA, 1860: 20):

«Desde la fuente de Isabel II, sita en la plaza de la Constitución, principia ya un hermoso paseo interior; con un gran salón en el centro, llamado de Sta. Engracia ó de Pignatelli, y dos calles de árboles colaterales, en las que se encuentran magníficos edificios de nueva construcción, en dirección á la puerta de Santa Engracia. De aquí parten diferentes calles de arboles, y pequeños y bellos jardines, que conducen al esbelto puente de fábrica, llamado de Sta. Engracia, recientemente construido sobre el Huerva, y en el centro de este arbolado y jardines se destaca la ovala y frondosa Glorietta».

En el plano de Zaragoza de 1863, el salón de Santa Engracia ya aparece mencionado con su nueva denominación, paseo de la Independencia, el cual verá cambiar su aspecto con los planes urbanísticos que acontecerán en la glorieta de Pignatelli y que retomaremos más adelante cuando hablemos de las plazas ajardinadas.

En las últimas décadas de siglo, el paseo recibió mejoras en su trazado y también en el arbolado a causa del mal estado de las plantaciones. De hecho, en 1871, Antonio Berbegal denunció el estado lamentable del paseo, afirmó que los setos habían desaparecido prácticamente por completo y que las plantas apenas podían desarrollarse por haberse destruido las aristas que formaban las cunetas, rebajándose hasta tal punto que hacía imposible su reposición. A ello se añade el estado defectuoso del arbolado, estado que se debía, por un lado, a las obras que había recibido el paseo y, por otro, a las exigencias de los vecinos del entorno que habían obligado a una excesiva poda que les daba un aspecto «raquíutico». Para reparar los daños causados, propone regular las cunetas, plantar un seto de hoja perenne y renovar el arbolado para alcanzar la frondosidad deseada en verano sin que su altura superase el primer piso de las edificaciones del paseo, la arquitectura se imponía así sobre la naturaleza. Es muy elocuente la opinión del conde de la Rosa sobre este tema, pues decía:

«En el boulevard de París son los árboles grandísimos sin que les ocurra el sacrificar la hermosura y conveniencia que prestan á las mezquinas y dudosas ventajas de lucir unos edificios que son bastante mejores que los nuestros».



94 Zaragoza y el paseo de la Independencia (1892) Fuente: Biblioteca Nacional de España.

Para financiar el proyecto se exigió la participación de los propietarios de las casas colindantes y cada uno de ellos debía de aportar 170 reales por cada vano que existiese en el primer piso de las fachadas de sus viviendas. La negativa de los vecinos requirió la búsqueda de alternativas para la financiación, no obstante, las obras se acometieron a lo largo del 1871 (*Renovación del arbolado del Salón de Santa Engracia*, 1871). En el año 1885 se integró en el paseo la línea tranviaria del ramal que conectaba con Torrero, cambiando de nuevo su aspecto. Hasta finales de siglo se sucedieron arreglos en el pavimento del paseo y se incorporaron cañerías, aceras y bancos.

Como no podía ser de otra manera, la Guía de 1860 presumía de los paseos de la ciudad: «pocas poblaciones de España pueden justamente rivalizar en paseos, tan bellos, tan amenos y tan frondosos, como los que posee la S.H. ciudad» (GUÍA DE ZARAGOZA, 1860: 487);

y así, éstos gozaban de gran aceptación por parte de los ciudadanos. Tras el paseo de la Independencia, el siguiente más transitado por su amenidad y belleza era el de Torrero.

El camino o **paseo de Torrero** se iniciaba en el puente de Santa Engracia, construido en 1840, y partía hacia la playa del Canal Imperial, concluía en su confluencia con el paseo de Ruiseñores, de donde arrancaba, como prolongación natural del citado camino de Torrero, la llamada subida de Cuéllar; posteriormente, paseo de Cuéllar. Como vimos, el camino de Torrero tenía su origen en el siglo XVIII, fue arreglado y arbolado con motivo de la inauguración del Canal Imperial a instancias de esta empresa, aunque en 1852 fue cedido al Ayuntamiento junto con el camino de San José y de Ruiseñores, quedando bajo su competencia la conservación de los tres paseos. El paseo de Torrero se convirtió en foco de debate durante las últimas décadas del siglo XIX, momento en el que se decidió emprender su mejora y urbanizar el entorno. En el año 1883, los concejales Pascual Vicente y Simón Sainz de Varanda propusieron intervenir en él diferenciando dos partes: desde el puente de Santa Engracia hasta la subida de Cuéllar y desde este último punto, siguiendo por el paseo de las Acerolas (actual paseador situado junto a las tapias de los depósitos de agua del parque Pignatelli), hasta el puente de América. El tramo que más precisaba de reforma era el correspondiente a la subida de Cuéllar por su escarpada y empinada pendiente, una petición que también fue suscrita por los propietarios del entorno. Además de ello, se creyó conveniente desmontar el terreno triangular que existía en la subida de Cuéllar por ser una superficie rica en grava, materia prima necesaria para la construcción de caminos y otras obras particulares, un espacio que, pocos años después se convertirá en el parque Pignatelli. Una vez estudiado el caso, Ricardo Magdalena presentó en 1885 el proyecto de «Arreglo del camino de Torrero directamente por los depósitos de agua». Pretendía prolongar y enlazar el camino de Torrero hasta el puente de América por el paseo de las Acerolas mediante una línea recta, y para suavizar la pendiente planteó la posibilidad de construir una plazoleta circular de 100 metros, desde donde se conti-

nuaba el trazado hasta las aguas del Canal. Para la superficie triangular planteaba la composición jardines (*Arreglo del camino de Torrero*, 1885). No era el único proyecto previsto para este espacio urbano, ya que posteriormente se introdujo la ya mencionada línea del tranvía número 4 de Torrero, que conectaba la ciudad antigua con el sur de Zaragoza. Dicha línea estaba constituida por dos tramos: el primero de ellos atravesaba el casco histórico de la ciudad y seguía por el paseo de la Independencia, la glorieta de Pignatelli hasta el puente de Santa Engracia. Mientras, el segundo trazado se extendía hacia el Sur por el centro y por el lado de los pares del paseo de Torrero siguiendo en línea recta desde la subida de Cuéllar por el paseo de las Acerolas, es decir, por el interior del actual parque Pignatelli, y después, discurrirá también por el paseo de Cuéllar (PEÑA, J.; VALERO, J. M., 1986).

96

En 1886 comenzaron los trabajos para reformar el primer tramo del camino de Torrero hasta la subida de Cuéllar y aprovechando este contexto, el concejal Gimeno F. Vizarra presentó una moción en la que instaba a crear un verdadero paseo para la población zaragozana porque, bajo su juicio, el paseo de la Independencia no podía acoger al gran número de paseantes ni satisfacer las condiciones favorables de higiene que exigían estos lugares de esparcimiento. Debía entonces reformarse el paseo de Torrero y sustituir con verjas las tapias de las casas de campo que lo flanqueaban. Esta voluntad es recuperada en 1887 por el alcalde Simón Sainz de Varanda, quien nos informa de que la primera parte del paseo estaba terminada, y por ello exigía iniciar el segundo tramo (*Sobre el rebaje y arreglo del camino de Torrero*, 1895):

«La glorieta de Pignatelli que servía como punto de solaz y esparcimiento, ha quedado reducida en la actualidad a una pequeña elipse formada entre una serie de mayores y menores edificios y sin espacio capaz para el numeroso público que a diario concurre á dicho punto



[...] De aquí la necesidad inmediata del pensamiento para preparar y disponer un punto a donde pueda ir el público a esparcir los ánimos sin la aglomeración que se observa en los sitios hoy reducidos por las edificaciones y ninguno para tal objeto como los que afluyen a Torrero, únicos que quedan en buenas condiciones y el más frecuentado por todas las clases sociales de la ciudad».

El proyecto para prolongar el paseo de Torrero por el andén de los depósitos de agua no se llevó a cabo porque en el seno del debate surgió otra propuesta más novedosa que enlazaba con las nuevas prácticas urbanísticas, la creación de un parque urbano sobre las graveras de la subida de Cuéllar y junto a los depósitos de agua. Así pues, las mejoras se centraron en el paseo de Torrero, al mismo tiempo que se iba conformando como una zona residencial, propia de las clases más elevadas de la población, y con un trazado que seguía en parte los dictados de la moda al uso, basada en el establecimiento de la residencia en el límite de la zona urbana (GARCÍA LASAOSA, 1979: 135).

98 A finales del siglo XIX el paseo de Torrero estaba constituido por un



Paseo de Sagasta desde el puente de Santa Engracia (ca. 1908). Fuente: Archivo GAZA.

espacio central por donde circulaban carruajes y tranvías y andenes laterales para los peatones, todo ello separado por una doble fila de arbolado (HERNÁNDEZ MARTÍNEZ, 1991-1992).

Otros paseos que ganaron en popularidad fueron el **de Ruiseñores** y también el **de Cuéllar**, ambos localizados en esta nueva zona burguesa de Zaragoza como prolongaciones del paseo de Torrero hacia el Sur y el Oeste. Aunque el mayor desarrollo lo recibieron a principios del siglo xx, fueron reformados puntualmente para ordenar los trazados y establecer líneas de demarcación para la construcción de viviendas, aunque la urbanización de los paseos pudo llevarse a cabo, principalmente, gracias a la iniciativa privada. Ambos contaban con líneas de frondoso arbolado que comunicaban con el Canal.

Otro de los paseos situado a las afueras y que recibió reformas fue el **camino de las Torres**. Se extendía desde el puente de San José hasta el camino de Torrero: «infinitas torres, como llaman en el país, o casas de recreo y aun de industria, constituyen en este vasto espacio en el mas pintoresco panorama» (MADOZ, 1985: 366).

99

Más próximos al casco urbano se encontraban los paseos que formaban la **Ronda de la Ciudad**, junto a la muralla, que recorrían un trazado ultrasemicircular que definía el contorno del núcleo urbano desde la puerta de Sancho al oeste hasta la zona este de las Tenerías. Para que nos hagamos una idea, la Ronda habría seguido el trazado de los actuales paseos de María Agustín, Pamplona, Constitución, Mina y Asalto. En aquellos momentos, el **paseo de María Agustín** arrancaba de la glorieta hasta la puerta del Carmen y estaba formado por tres calles y dos filas de árboles, y a partir de aquí continuaba el llamado **paseo de las Tapias del Carmen** hasta la puerta del Portillo. También desde la puerta del Carmen surgía el **paseo de Casablanca**, una calle arbolada que finalizaba en las esclusas de San Carlos del Canal Imperial. Hacia el lado Este de la glorieta, discurría el **paseo de las Tapias de Puerta Quemada** con tres calles de arbolado que conectaba con el de **Mina y Asalto**. También, otro paseo



Postal panorámica coloreada del arbolado del curso del río Huerva (ca. 1904).

Fuente: Archivo GAZA.

100

iniciaba su trayecto por el puente de San José a la altura de la puerta del Duque, que le dio nombre, el **paseo de San José** hasta el Monte de Torrero en el que se encontraban «deliciosas quintas de recreo y fábricas» (GUÍA DE ZARAGOZA, 1860: 22). Igualmente, en la margen izquierda del Ebro, bellos paseos arbolados conquistaban el Arrabal como el del **punto de Gállego** que, según Madoz, constaba de dos filas de árboles y aceras embaldosadas, salía desde el puente de Piedra dirigiéndose por la carretera de Barcelona al puente colgante de Santa Isabel (MADOZ, 1985: 366). El **camino de la Ribera del Ebro** también fue reformado en los años cuarenta y durante las últimas décadas del siglo XIX se intervino en la mejora de los caminos vecinales, como los de **Peñaflor, Juslibol, Castelar, Cartuja Baja** o **Alfocea**.

El esplendor de estos paseos y caminos estuvo en manos del Ayuntamiento y su capacidad para mantener y conservar el arbolado. El tema del agua fue el problema más difícil de lidiar, tanto por la escasez de este bien como por la carencia técnica, y es por eso por lo que, aunque en un primer momento los árboles se regaron con cubos, conforme la tecnología avanzó y se pudo disponer de agua, gracias a la construcción de los depósitos de agua de Torrero en 1877, se incorporaron nuevos sistemas como fueron las bocas de riego a partir de cañerías. De esta forma, desde los años ochenta pudieron recibir agua sistemáticamente los arbolados del paseo de la Independencia o el de la Ronda de la Ciudad.

Arboledas y sotos naturales

Cuando hablamos de arboledas naturales nos referimos a aquellas extensiones verdes pobladas por árboles nacidas de manera más o menos espontánea, en muchas ocasiones, por su cercanía a los cauces de agua. Un paisaje natural cuidado y puntualmente intervenido por el municipio para adecuarlo al tránsito de la ciudadanía y su disfrute. El soto ribereño en su estado más puro fue uno de los primeros escenarios de divertimentos y andanzas de la población incluso antes de que se creasen los primeros paseos. De entre estos, la arboleda más emblemática de Zaragoza era la de **Macanaz**, en el Arrabal, convertida desde el siglo **xvi** en objeto de representación en pinturas que mostraban desde el septentrión el mejor rostro de la capital. Su fachada verde se fue mejorando en el siglo **xviii** cuando se repobló de árboles y trazaron andadores, sin embargo, durante la Guerra de la Independencia sufrió las consecuencias de la invasión napoleónica. Además, el cronista Faustino Casamayor nos informa de que la salitrería de la arboleda de Macanaz fue elegida por los franceses como lugar de enterramiento para los caídos en el segundo Sitio y las víctimas del tifus (CASAMAYOR, 2008: 253):

«Siendo muy grande la mortandad de tanto número de enfermos, no encontrándose otra que cadáveres por las calles, por causa se mandó bajo graves penas que se llevasen a la Puerta del abrasado edificio de la Real Audiencia, y de allí se trasladen a la salitrería de la arboleda de Macanaz, donde se hizo una zanja muy honda».

La arboleda se tuvo en cuenta en el proceso de reconstrucción de la ciudad, sabemos que en el año 1820 se acuerda el restablecimiento y reposición de sus plantaciones, concretamente de 400 chopos, e igualmente se asignó un guarda para que se encargase de los arreglos y el mantenimiento del espacio (*Plantación de la arboleda de Macanaz*, 1821).

Durante la segunda mitad de siglo se reservó una porción de terreno para la cría de especies vegetales, al mismo tiempo, la zona



Viveros de la Arboleda de Macanaz (Antonio Berbegal, 1865).

Fuente: A.M.Z., caja 1.420, exp. 454/1865.

102

destinada al esparcimiento de la población se dotó de infraestructuras para amenizar los paseos, tales como puestos de comida o espacios para la música, donde las bandas municipales se sumaban a los festejos de la ciudad. Otra de las novedades que afectó a la imagen de la arboleda de Macanaz estuvo relacionada con la necesidad de superar el obstáculo que suponía el Ebro, lo que supuso la proyección de los enlaces ferroviarios entre ambas orillas del río y de un puente, el de la Almozara, aprobados en 1866. Así, en 1870, se inauguró el ramal en el entorno de la antigua puerta de Sancho, que recorría el puente de la Almozara y continuaba por los límites de la Arboleda de Macanaz hasta la Estación del Norte.

En las proximidades de la arboleda de Macanaz se encontraban las **Balsas de Ebro Viejo**, un amplísimo terreno cuyo origen estuvo muy ligado a la naturaleza indomable del río Ebro. Este enclave es la excepción con respecto al resto de los sotos y arboledas, pues en este ejemplo, el Ayuntamiento tuvo que intervenir intensamente para dominar el medio natural y adecuar los terrenos para su plantación.

Parece ser que fue en torno al año 1461 cuando se fijó el cauce actual y la variación del curso se produjo en la llamada Parida de las Balsas de Ebro Viejo del Arrabal, que formó un meandro abandonado amenazado constantemente por las crecidas del Ebro. Este hecho hizo de la margen izquierda un lugar condicionado por los problemas de

inundación, sumando a ello el foco de insalubridad que formaba el encharcamiento de las Balsas de Ebro Viejo. Este problema que venía acaeciendo desde la Edad Media, motivó la repulsa de los vecinos a establecerse en el barrio del Arrabal y la desproporción de poblamiento entre ambas orillas. No obstante, a pesar de estos inconvenientes, el agua favoreció el cultivo de las huertas y gracias a ello, las vegas regadas por el Ebro y el Gállego conformaron una bella panorámica natural, tal y como relata el viajero veneciano, Andrés Navagero en el año 1525: «... la tierra junto al río [Ebro] es fértil, hermosa y llena de árboles; pero lo demás es estéril, inculto y desierto» (GARCÍA MERCADAL, 1959: 16).

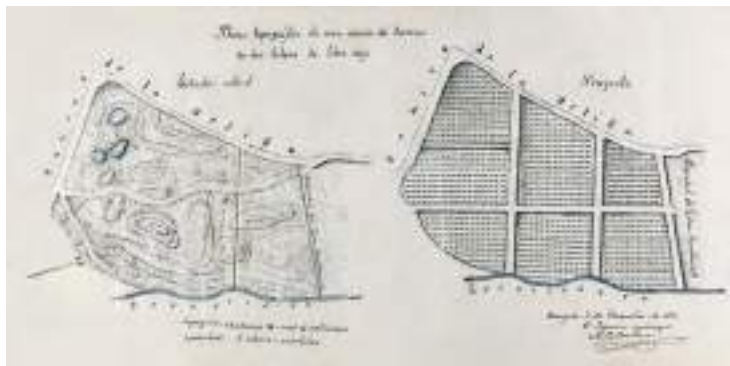
En la segunda mitad del siglo XIX, las Balsas contaban con una superficie aproximada de catorce hectáreas y una profundidad de más



Plan de Saragosse et des ses environs indiquant la position des 3e. et 5e. Corps et les travaux du Siege depuis l'investissement du 21 Decembre 1808 au 21 fevrier 1809 jour de la reddition. (Guillaume Dode de la Brunerie, 1809) Fuente: Biblioteca Nacional de España.

de tres metros, que se debía a que no solo estaban regadas por las crecidas del Ebro, sino también por siete escurideros donde los vecinos derramaban sus aguas, así como por los vertidos y filtraciones de la industria de tejas situada en la zona. Esta problemática trató de solucionarse con la desecación del agua estancada tras una advertencia de la Junta de Sanidad ante la creciente insalubridad, sin embargo, la complejidad del asunto hizo que no pudiese llevarse a cabo totalmente hasta el siglo xx, aunque sí que se acometieron trabajos como la cubrición y explanación de determinadas partes de la extensión. La idea que rondó siempre en el seno del Ayuntamiento, una vez que el espacio estuviese desecado, fue destinar las Balsas a la creación de un punto verde ocio, de hecho, Antonio Berbegal en el año 1872 propuso la construcción de unos jardines en este lugar con el fin de contribuir a la higiene y ornato del entorno. El proyecto que proponía se basaba en la construcción de una gran zona ajardinada que combinara la función lúdica, educativa y la producción agrícola. Planteaba que estos ideales tuviesen su reflejo en el terreno de la siguiente forma: en primer lugar, en un gran espacio de solaz ordenado y proyectado que atendiese a las tendencias de jardinería de la época y al ornato floral y, en segundo lugar, en un espacio de carácter popular valioso para la instrucción ciudadana en materia agrónoma mediante la aclimatación de especies vegetales. Aunque no se llevó a cabo, la idea de constituir unas frondosas alamedas inició su camino con la plantación de una parte de las Balsas hacia el año 1877 a modo de vivero. Las plantaciones se sucedieron a lo largo de los años, y a finales de siglo, la administración culminó su objetivo de convertir las Balsas de Ebro Viejo en un sitio ameno, una arboleda destinada al solaz y entretenimiento de los vecinos, al mismo tiempo que proveía de plantas a los jardines de la ciudad (RUIZ CANTERA, 2019).

En la orilla derecha del Gállego, rodeando la iglesia de Nuestra Señora de Cogullada, se encontraba el **soto de Cogullada**. La Guía de Zaragoza de 1860 lo describe como un entorno idílico, un terreno frondosísimo, con sombras y frescas arboledas que «ofrece en la primavera todos los encantos y entretenimientos inocentes y deliciosos



Proyecto de plantación en parte de los terrenos de las Balsas de Ebro Viejo (Antonio Berbegal, 1879) Fuente: A.M.Z., Caja 1439, exp. 1273/1879.

de la campiña y un recreo continuo á los habitantes de Zaragoza». Las visitas hasta este lugar aumentaban en la pascua de Pentecostés, aunque debía de ser un soto frecuentemente visitado por los zaragozanos «que pasaban en este sitio días de campo», era un marco idóneo para «solitarios paseos y bulliciosas romerías» (GUÍA DE ZARAGOZA, 1860: 211). Es curioso porque este soto aparece mencionado en el libro *Historia de las plantas de España* del año 1784, en el que se alude a la presencia abundante de una especie floral en esta campiña, concretamente la viola, por lo que podemos imaginarnos la perspectiva que ofrecería este lugar, hermosa y coloreada de tonalidades violetas (ORTEGA, C; IBARRA, J; QUER, J, 1784: 466-467).

Otro de los paisajes naturales más conocidos fue el **soto de la Almozara**. Se localizaba al noroeste de la margen derecha, partiendo de la puerta de Sancho y transcurriendo entre el río Ebro y el paseo de Monzalbarba. Posteriormente será conocido con el nombre de camino de la Almozara. En él se intervino trazando sencillos andadores para facilitar el paseo de los vecinos e, incluso, fue señalado por Antonio Berbegal como uno de los mejores lugares de la capital para



Zaragoza. N.ª S.ª de Cogullada (Monasterio de Benedictinos).
Vista desde Noroeste. Fuente: Archivo GAZA.

106

crear un espacio de recreo. Como se verá a continuación, fue utilizado como vivero municipal y, si tomamos como referencia los planos de la época, parece ser que con el tiempo la extensión se amplió por las antiguas huertas del convento de Santo Domingo, acogiendo viveros públicos y privados. En 1870, el soto quedó fragmentado por el paso del ferrocarril que discurría por el puente de la Almozara para comunicar las Estaciones del Norte y del Campo Sepulcro.

Viveros municipales

Uno de los capítulos más importantes del urbanismo del siglo XIX lo constituye la aparición de zonas de verdes públicas y, sobre todo, la construcción sistemática de estos espacios por parte del poder municipal. Para llevar a cabo tal empresa, como hemos visto, tuvieron que sortear distintos problemas como el del agua, y también se necesitó proveer de especies vegetales, tanto arbóreas como florales, a las distintas zonas ajardinadas de la ciudad. El desarrollo de los viveros enlaza con el interés cultivado por las ciencias de la naturaleza en el siglo XIX,

en el que la flora fue producto de estudios teóricos y experimentales, de hecho, predominaron los libros y artículos de carácter práctico en el que se explicaban los métodos y técnicas de cultivo o se analizaban especies autóctonas y foráneas; principalmente desde la óptica de la botánica y la agricultura aplicada a la jardinería ornamental.

Pocos datos tenemos sobre los viveros que suministraron flores y árboles a la ciudad durante la primera mitad del siglo XIX, habrá que esperar al año 1863 cuando se nombra al Director de Arboledas, Antonio Berbegal y Celestino, para que se intensifique el trabajo en estos criaderos. La memoria presentada por este técnico en el año 1865 es una gran fuente de información para conocer cuáles eran los viveros municipales y dónde se localizaban las fincas que se utilizaban como semilleros, viveros y arboretos. Pero si realmente la memoria guarda algo interesante son los planos topográficos de los viveros descritos.

Según Berbegal uno de los más importantes era el **soto de la Almozara**, tanto por su extensión como por la lozanía de sus plantas debido al suelo permeable al situarse cerca del río. Su superficie se dividía en dos partes, por un lado, una zona destinada al cultivo de los árboles organizado en albitanas cuadrangulares y, por otro lado, el espacio de recreo donde la vegetación nacía de forma espontánea. Las especies que poblaban el soto eran el chopo, la mimbrera y el taray.

Otro de los viveros era el que se encontraba en la **arboleda de Macanaz**, en la orilla izquierda del Ebro. Al igual que el anterior, las especies arbóreas se dividían por tablas cuadradas, siendo el álamo la especie más abundante y otras especies florales para el ornato de la población que no especifica. También en la arboleda existía una parte donde la vegetación crecía de forma natural y otra que, según él, habría servido en el pasado de arboreto al no estar del todo irregularizada.

Al oeste de la capital se encontraba el vivero **del puente de San José**, en las inmediaciones de la plaza San Miguel, flanqueado por la Ronda, el puente de San José y el río Huerva. Berbegal apunta que, a causa de su pequeña extensión, este lugar podía considerarse



Vivero del Soto de San José (Antonio Berbegal, 1865)

Fuente: A.M.Z., caja 1.420, exp. 454/1865.

más bien una defensa contra el Huerva que un vivero, aunque sí que existían semilleros en tablares regularizados. Estaba poblado de álamos y olmos.

El vivero de **puerta de Quemada** ocupaba una amplia superficie triangular entre la puerta y el Huerva, no obstante, la existencia de una casajera y las condiciones del terreno dificultaban el cultivo de algunas especies, por lo que era preciso intervenir en él para llevar a cabo mejoras.

Para Antonio Berbal, «la madre del arbolado de la capital» era la **huerta de la Torre del Pino**, junto al salón de Santa Engracia, ya que, a pesar de su pequeña extensión, la calidad del terreno y de las especies, la convertían en «indispensable para el sostenimiento del ornato arbóreo». Todo el espacio del vivero estaba dividido en pequeños tablares con semilleros que producían una gran cantidad de ejemplares, lo cual

PLANO DE LA TORRE DEL PINO

Estado actual

Área 5

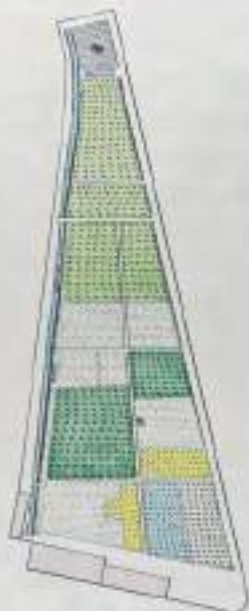


Figura numerada

Área	Área	Área	Área	Área	Área	Área
1	2	3	4	5	6	7

Superficie

Superficie	Superficie
Área 1	Área 2
Área 3	Área 4
Área 5	Área 6
Área 7	Área 8



Viveros de la Torre del Pino (Antonio Berbegal, 1865).

Fuente: A.M.Z., caja 1.420, exp. 454/1865.

permitía anualmente reservar los sobrantes para la venta pública. Además de los semilleros, existía un invernadero para prevenir los efectos de las bajas de temperaturas sobre determinadas especies.

También alude a otro de los viveros recién incorporados al Ayuntamiento, el soto que pertenecía a la empresa de gas en las inmediaciones de la puerta de Sancho, el «**sotillo de la puerta de Sancho**», situado entre dicha puerta, la plaza del Portillo y la de Santo Domingo. A todos ellos, habría que sumar pequeñas parcelas instaladas en los lindes de los caminos cultivadas como viveros, ejemplo de ello era el que se encontraba en el **paseo de Ruiseñores**.

A modo de valoración, el técnico zaragozano afirma que el terreno que el Municipio disponía para el sostenimiento de ornato vegetal era suficiente, tanto para su presente como para el futuro, por mucho que aumentasen los parterres, jardines y paseos (*Memoria sobre el ramo de arbolados y jardines de Zaragoza*, 1865).

110

En cuanto a los ejemplares arbóreos de los viveros zaragozanos, los más abundantes eran los olmos, acacias, plátanos, chopos, cipreses y evónimos, mientras que las especies florales no se detallan en la memoria, sin embargo, sabemos que en proyectos determinados la jardinería urbana de Zaragoza se ornamentó con especies procedentes de viveros de otras ciudades como Bilbao o Barcelona.

En el año 1877 se incorporó el **vivero de las Balsas de Ebro de Viejo**, situado en la terraza izquierda. Por encargo del Ayuntamiento, Antonio Berbegal redactó un proyecto para la plantación de una parte de las Balsas de cuatro hectáreas ante la posible dificultad de obtener en pocos años la vegetación necesaria para cubrir la demanda causada por el gran desarrollo del arbolado zaragozano. El terreno se dividió en particiones cuadradas y se destinó al cultivo y cría del chopo piramidal. Durante las últimas décadas la extensión de los viveros se fue ampliando y a pesar de la inactividad en determinados momentos a causa de las crecidas del Ebro a finales del siglo era el vivero en el que vegetaban las mejores plantas del municipio.

Aunque estas fincas estaban reservadas al cultivo de plantas, eran admiradas por los paseantes al encontrarse en las proximidades de los principales paseos arbolados y en las riberas de los ríos e, incluso, algunas de estas fincas servían de solaz para los habitantes como era la extensión de los viveros de las Balsas de Ebro Viejo.

Jardines, plazas ajardinadas y jardines de recreo

Los espacios verdes zaragozanos estuvieron representados con anterioridad al siglo XIX por las arboledas naturales y los paseos, pero la gran novedad de esta centuria la vamos a encontrar en la incorporación de dos tipologías: los jardines y parques urbanos.

Los jardines que se proyectaron se asociaron, por un lado, a edificios públicos e institucionales, y por otro, a plazas y paseos significativos de la ciudad, sin bien, encontraremos excepciones, con los jardines de recreo contruidos por la iniciativa privada. No obstante, no fue hasta las últimas décadas del siglo cuando se inició la construcción de jardines, siempre como actuaciones puntuales sin responder a un plan común. Se eligió el centro de la ciudad como la zona más adecuada para la construcción estas zonas verdes, donde la carencia de espacios libres era más evidente. Para el diseño de estos se escogió como primera opción la corriente paisajista que siguió un esquema irregular en la disposición de los parterres pues, entre otras cosas, era la más apropiada para su mantenimiento.

Las plazas ajardinadas se van a construir en los puntos más céntricos y emblemáticos de la ciudad, en algunos casos se abrirán espacios libres entre la densidad urbana, en otros, se completarán espacios residuales como una adición para engalanar y dignificar el paisaje urbano histórico y contemporáneo. Este tipo de jardines se van a vincular a la proyección de la ciudad, ya que algunos de los planes abordarán la remodelación del espacio urbano con el fin de articular la plaza y su zona ajardinada mediante la rectificación de alineaciones para la mejora de accesos y circulaciones. Supone la participación de la plaza

ajardinada en la reforma de la ciudad más allá de los beneficios puramente decorativos.

112 La primera plaza ajardinada que se construyó en Zaragoza fue la **glorieta de Pignatelli**, actual plaza de Aragón. Los jardines originarios fueron diseñados en 1840 por el arquitecto municipal Nicasio López a expensas de la Dirección del Canal, se levantaron tras la puerta de Santa Engracia a extramuros del paseo. La remodelación de la plaza se llevó a cabo a mediados de siglo bajo el proyecto de los arquitectos Yarza y Gironda, quienes definieron la formal oval de la glorieta. En el 1859 la plaza se dignificó con la inauguración en su centro de un monumento dedicado a Ramón Pignatelli, que fue encargado por la Diputación de Zaragoza al escultor Antonio Palao, en este momento pasó a denominarse Glorieta de Pignatelli. Con una visión de conjunto, Antonio Berbegal elaboró en 1865 un proyecto en el que proponía la creación de un gran paseo-jardín con su glorieta a semejanza de los que poseían en otras ciudades. Tomaba los terrenos de la torre del Pino y las calles del paseo continuo lindantes con el Salón y dividía la superficie en rectángulos para disponer cuadros de flores intercalados con asientos rústicos que delimitarían una gran avenida de doce metros de anchura. El conjunto se completaría con un pequeño estanque y un invernadero. (*Memoria sobre el ramo de arbolados y jardines de Zaragoza*, 1865). No llegó a realizarse porque poco tiempo después, a la glorieta se le asignó un destino excepcional: servir de recinto a la Exposición Aragonesa de 1868. Allí se instalaron el edificio central y los pabellones de la muestra. La glorieta de Pignatelli nunca más retomó su aspecto originario, de hecho, la necesidad de urbanizar la zona e iniciar un ensanche desde este punto hacia el sur de la ciudad, motivó que en 1874 Segundo Díaz planteara la parcelación de los terrenos adyacentes con el fin de crear un nuevo barrio señorial. A partir de 1879 se inició la construcción de viviendas unifamiliares rodeadas por un jardín (YESTE NAVARRO, 2016).

Pese a que la construcción de hotelitos renovó el entorno de la glorieta, el espacio ajardinado de la plaza no debía de presentar un



113

Plano de los solares en venta procedentes de la Exposición Aragonesa y terrenos adyacentes, en Zaragoza (Segundo Díaz, 1875) Fuente: A.M.Z, signatura 0067.

aspecto afín, por lo que en el año 1883 Ricardo Magdalena proyectó un jardín alrededor de la estatua de Pignatelli, aunque la falta de presupuesto impidió la terminación de la obra. Dos años después, el jardinero municipal de Barcelona, Ramón Oliva, entregó al Ayuntamiento un plano para la construcción de jardines en la ya denominada plaza de Aragón y recomendó que la reforma de la glorieta se extendiese al paseo de la Independencia, un proyecto global que afectase a todo el trazado. La Corporación recibió con gran entusiasmo la propuesta porque consideraban que el técnico catalán era «el mejor jardinero de España», y no estaban equivocados porque trabajó en proyectos de relevancia.



Zaragoza. Plano del jardín de la plaza de Aragón (Ramón Oliva, 1889).

Fuente: AMZ, Caja. 290, exp. 652/1889.

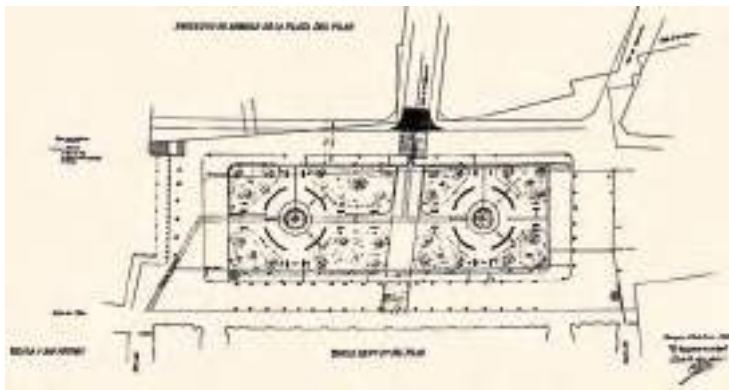
Ramón Oliva dio al espacio un aire apaisado, diseñó un jardín de línea paisajista, de forma elíptica, con desniveles dados por pequeños montículos que aumentaban los efectos plásticos de la plaza, fue muy aplaudido por el Ayuntamiento y los ciudadanos. Estos jardines fueron valorados tiempo después por el jardinero municipal de Zaragoza, Francisco Valero, quien en 1900 apuntaba que el estilo elegido no pertenecía ni a la tendencia clásica, ni paisajística, sino que unía ambas corrientes. Según Valero, el jardinero catalán no tuvo en cuenta las condiciones locales del lugar de plantación, utilizó un estilo inapropiado para el clima zaragozano porque la atmósfera de verano era candente y cuanto más elevados fuesen los jardines los perjuicios serían mayores, lo que suponía replantar la vegetación todos los años (*Memoria de la Exposición Universal de París*, 1900). Seguramente fue este problema lo que hizo que la frondosidad de la plaza se rebajase en el siglo XX para imponer el estilo clásico.



Postal «Plaza de Aragón» (ca. 1908).

Fuente: A.M.Z. 4-I-0000134.

También se ajardinaron las plazas más emblemáticas de la ciudad, la **del Pilar y de la Seo**. Parece ser que la **plaza del Pilar** se dotó de arbolado en los años sesenta del siglo XIX y en el año 1883, bajo un proyecto de Ricardo Magdalena, se quiso otorgar un nuevo aspecto a la plaza con la creación de dos jardines en cuyo centro se prolongaba la calle Alfonso, aunque esta nueva disposición formal no se habría llevado a cabo. En 1889 se retomó la intervención ante el mal aspecto de la zona ajardinada, ya que como documentan las fuentes de la época la mayoría de las plantas habían desaparecido y apenas se conservaban ejemplares arbóreos. Se decidió renovar el arbolado de la plaza y para ello Ricardo Magdalena, presentó un proyecto muy sencillo donde reorganizó los macizos con árboles y plantas procedentes de viveros bilbaínos e incluyó bancos de hierro y madera. Las fotografías de la época nos muestran un espacio ajardinado en el que se combinaban setos, parterres de césped y un espeso arbolado que incrementaba



Proyecto de arreglo de la plaza del Pilar (Ricardo Magdalena, 1883).

Fuente: HERNÁNDEZ MARTÍNEZ, 2012 p. 138.

116 los valores estéticos del inigualable entorno arquitectónico, aunque, al igual que muchos otros, en el siglo xx se eliminó el arbolado a cambio de parterres regulares.

Junto con la anterior, la **plaza de la Seo** era otro de los espacios libres que existían dentro del casco urbano. De nuevo, la mente pensante de este proyecto fue Antonio Berbegal, quien en el año 1865 presentó un programa para embellecer la zona con un jardín y ofrecer así, el mejor aspecto posible a uno de los lugares más visitados por el público. Creyó que era necesario continuar la reforma de esta zona, tras haber derribado primeramente las casas existentes para abrir el espacio libre de la plaza, creando las mejores vistas y comodidades ante el suntuoso templo de la Seo. La distribución sigue un esquema muy similar al de la plaza del Pilar con la combinación de arbolado y parterres irregulares, y también plantea la colocación de bancos de piedra y una fuente en su centro. Sin embargo, este proyecto no fue bien visto por muchos de los concejales. Las razones que esgrimieron fue que los jardincillos obstruirían el paso sobre todo en días de festejos públicos cuando la afluencia de público era mayor; ante ello,



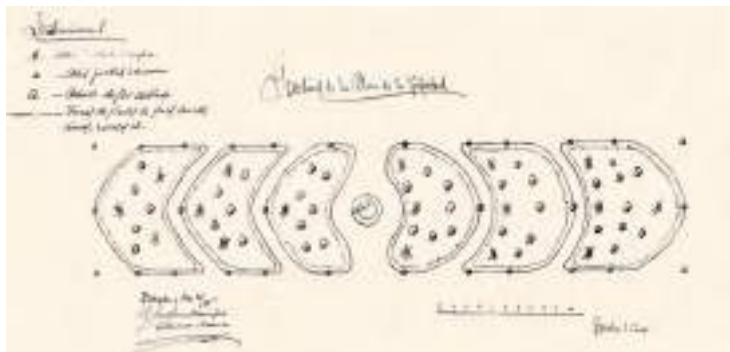
117

Postal «Templo de la Seo» (Editor Cecilio Gasca, 1904).
Fuente: A.M.Z. 4-I-0000085.

los defensores del proyecto volvieron la vista a la capital española en donde se habían construido jardines en espacios similares y sin lugar a dudas, contribuían a la mejora del ornato público. Así pues, como atestiguan las fuentes gráficas, el proyecto se habría llevado a cabo, de hecho, en 1886, Ricardo Magdalena remodeló su interior dejando ocho metros entre la línea de fachada y los jardines para mejorar las circulaciones y evitar las molestias de las ramas de los árboles a las casas situadas en las proximidades (HERNÁNDEZ MARTÍNEZ, 2012: 138-139). La plaza se completaría hacia 1886 con la colocación de la fuente de la Samaritana, la cual desaparecería de allí en 1962, con motivo de la reforma de la plaza (*Jardines de la plaza de la Seo*, 1866). Tras un inicial proyecto de pavimentación y renovación de servicios de la plaza firmado por Julio Díaz Palacios en 1987, proyecto en el que se recuperaba la fuente de la Samaritana y se reforzaba su carácter de espacio arbolado y ajardinado con nuevas plantaciones, la aparición en el subsuelo de la plaza de las ruinas del antiguo foro romano de la ciudad eliminó cualquier atisbo de naturaleza en la superficie.

También en los años ochenta se ajardinó la **plaza de la Libertad**, después conocida como plaza de Santo Domingo por su proximidad con el antiguo convento dominico situado en el corazón del barrio de San Pablo. Aunque en un principio se pensó que la colocación de jardines se realizase en otro sitio que fuese más transitado, la parroquia de San Pablo insistió en la construcción de la plaza ajardinada, no solo para mejorar la estética de la zona sino también para dar trabajo a la clase jornalera. Las peticiones fueron escuchadas y en el año 1888 el jardinero municipal, Eduardo Barrena, presentó un proyecto de jardines que se adaptaban a la forma longitudinal de la plaza, en ella se sucedían sinuosos parterres que envolvían una fuente central.

El espacio de la **plaza Salamero** tiene un origen diferente porque se construyó sobre el solar donde se encontraba el convento de Santa Fe, derribado en el año 1896 debido al estado de ruina en el que se encontraba tras décadas de abandono. Este espacio de casi tres mil metros cuadrados se destinó a la formación de una plaza ajardinada



Plaza de la Libertad (Eduardo Barrena, 1888).

Fuente: A.M.Z., Caja 1454 exp. 1383/1888.

con la que se pretendía sanear y descongestionar el barrio. Ricardo Magdalena presentó dos proyectos, uno en 1896 y otro 1899 en los que planteaba regularizar la plaza e incluso ampliar el espacio de esta, derribando casas, alineando las calles del entorno y mejorando los accesos frente a la trama preexistente, tortuosa y degradada. Aunque la remodelación no alcanzó toda la zona sí que se plantaron jardines, seguramente siguiendo el mismo estilo planteado en los proyectos, es decir, una ocupación del espacio a partir de macizos curvos y circulares que definirían el esquema de los paseos interiores (HERNÁNDEZ MARTÍNEZ, 2012: 139-140).

119

Además de las plazas ajardinadas, a lo largo del siglo XIX se diseñaron jardines en los accesos a edificios públicos o institucionales como en la **Real Casa de la Misericordia**, el **Hospital de Santa Engracia** o la **antigua Facultad de Medicina**. También los edificios de carácter industrial se dotaron de jardines de adorno como los del **Matadero Municipal**, un edificio inaugurado en el año 1884 con motivo de la celebración de la II Exposición Aragonesa de 1885. Para este edificio, Eduardo Barrena, jardinero municipal, ideó en 1888 dos proyectos que respondían a las corrientes estéticas usadas tradicionalmente,



Proyecto de jardines en la plaza de Salamero (Ricardo Magdalena, 1896).

Fuente: HERNÁNDEZ MARTÍNEZ, 2012: 139.

120

primeramente, planteó una distribución de parterres geométricos, aunque seguramente por la dificultad de mantener este estilo se optó finalmente por un diseño a la «inglesa», paisajista y con un estanque en su centro.

Aunque no se realizaron, cabe mencionar el intento de introducir el jardín en el **cementerio de Torrero**. Fue construido en el año 1834 en el monte de Torrero, según el proyecto de Fernando de Yarza y Joaquín Gironza, y se edificó alejado de la población para cumplir las recomendaciones higiénico-sanitarias. En 1875, Segundo Díaz, sobre el plano, diseñó unos jardines geométricos en la zona de acceso y después, Ricardo Magdalena continuó con esta idea en las sucesivas ampliaciones que ideó en los años ochenta y noventa del siglo XIX, donde también incorpora jardines regulares y arbolado para enfatizar el acceso y la perspectiva del eje del cementerio, acercándose en su concepción a los tipos de cementerios-parque proyectados en

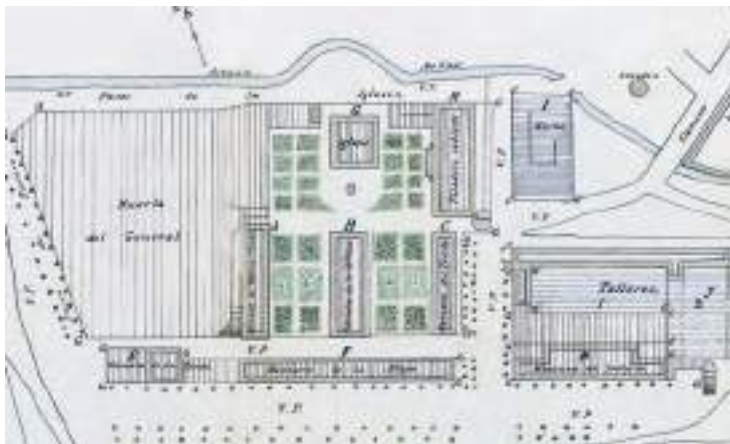


Postal «Facultad de Medicina y Ciencias» (Roisin, L. Fot. Barcelona, s/f).
Fuente: A.M.Z. 4- I-0000035.

121

Inglaterra y Francia. Este tipo de jardines se percibían como elementos que complementaban a la arquitectura del cementerio, espacios pintorescos y melancólicos para que los visitantes pudiesen distraer sus pensamientos. Como nos informa Elvira Adiego, los jardines no se llevaron a cabo, no obstante, pone de manifiesto una vez más el conocimiento de los técnicos sobre el urbanismo internacional y su intento por trasladar estas novedades a Zaragoza. Los primeros signos de naturaleza se darán a comienzos del siglo xx con la plantación de pinares en las parcelas municipales próximas al cementerio (ADIEGO, 1991: 170-175).

En esta zona sur de la ciudad, los **jardines públicos de la iglesia de San Fernando de Torrero** formaban parte de un magnífico panorama que integraba la playa de Torrero y el Canal Imperial, un conjunto natural predilecto por los habitantes en las festividades por su carácter pintoresco. La iglesia de San Fernando fue construida en el año 1799



Proyecto de deslinde de los terrenos de la zona de Torreón.

(Detalle, Antonio Lasiera y Benito Sánchez, 1917)

Fuente: A.M.Z., Caja 196, exp. 32/1918.

por Tiburcio del Caso a petición de Ramón Pignatelli para que sirviese de lugar de culto a las familias que habían trabajado en la construcción del Canal, aunque tempranamente fue dañada por las bombas durante los Sitios, volvió a abrirse al público en 1813. La administración del Canal Imperial en su empeño por enriquecer el patrimonio verde la ciudad se encargó de adornar la entrada de la iglesia con unos jardines regulares y en el año 1853 se reformaron por iniciativa del director de Caminos y Canales del Canal Imperial, Pedro Severo. El cronista José Blasco recuerda los jardines (BLASCO IJAZO, 1988: 10):

«Los alrededores del airoso templo de San Fernando ofrecieron un precioso vergel, cuyas flores y hiervas aromáticas, a la vez que purificaban y templaban el ambiente, presentaban un pintoresco paseo, a la constante concurrencia, que con predilección singular visitaba las alamedas y playa del simétrico Torreón [...] Estos jardines se veían cuajados de público en las célebres verbenas que solían celebrarse en las noches precursoras a las festividades de San Juan y de San Pedro. En la explanada



Tarjeta Postal «Playa de Torrero» (Hauser y Menet, ca. 1900)

Fuente: Biblioteca Digital Memoria de Madrid.

123

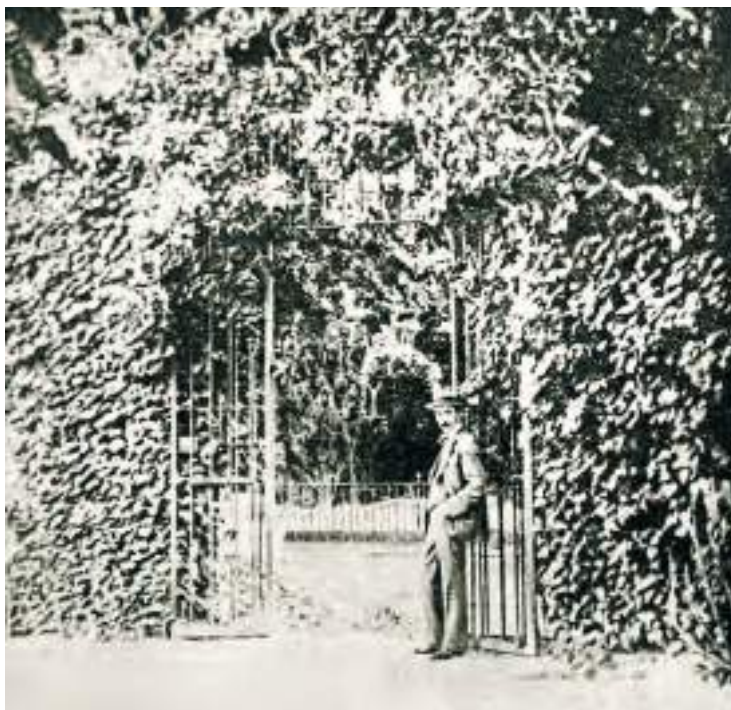
o plazoleta, que formaba el frente y fachada de la iglesia, había colocados varios bancos y en el centro un pequeño surtidor de aguas, cercado de inscripción, graciosamente formada en el suelo con hiervas, que decía “A la memoria de don Ramón Pignatelli”».

Todos estos jardines eran ornamentales, de recreo, a excepción de algunos de los viveros que hemos visto que estaban destinados a la producción de especies vegetales. Existía una amplia variedad de jardines en función del uso como eran los farmacéuticos y botánicos, dedicados exclusivamente al estudio y experimentación de la naturaleza, al cultivo de las especies vegetales según criterios científicos. La importancia de este tipo de jardines durante todo el siglo xix y la presencia de un jardín botánico de gran prestancia en nuestra ciudad hace que no podamos terminar este apartado sin dar unas pinceladas sobre el **Jardín Botánico de Zaragoza**. Al igual que el resto del patrimonio de la ciudad, el conflicto bélico de la Guerra de la Independencia dejó mermada su actividad durante años, hasta que en 1843 fue adquirido

por la Universidad al frente de la dirección de Florencio Ballarín. Su ubicación se mantuvo en las huertas del antiguo convento de Santa Catalina con acceso por la calle San Miguel, n.º 30 y la reforma más sustancial se produjo en los años cincuenta, cuando se construyó el edificio central y se rehabilitó el jardín. La Guía de Zaragoza nos dice que el terreno medía unos 152 m², el edificio en su piso bajo poseía un invernadero «con trece gradas para mil macetas y un pozo abundante» y el piso principal, un aula con capacidad para cien alumnos y un gabinete para el profesor. Las mejoras más significativas se realizaron en el jardín, en donde se incorporaron las siguientes novedades: una nueva entrada, parterres con un estanque cercado, espaciosos andenes, nuevos pedestales, bancos, un gran número de plantas y macetas y una estructura de ocho columnas de hierro cuyo centro se adornaba con un busto del primer fundador del jardín, Pedro Gregorio de Echaendía, donde todavía se conservaba un boj y un laurel plantados por este ilustre botánico. El jardín era regado por las aguas del Canal Imperial y desde él se podía admirar «una vasta campiña hasta el monte de Torrero». Lo interesante es que el acceso no era exclusivo para los profesores y alumnos, sino que podía visitarse con autorización del rector, de un profesor o del conserje de la escuela (GUÍA DE ZARAGOZA, 1860: 416-417). Los planos muestran la fisionomía del jardín botánico dividida en dos espacios protagonizados en su centro por sendas plazoletas, en uno, paseos radiales surcan los jardines, y el otro se organiza a partir de los andadores en forma de cruz. El Jardín Botánico se mantuvo en este lugar hasta que se urbanizó la plaza de los Sitios a principios del siglo xx, quedando el terreno del jardín incluido en este ambicioso proyecto.

La vista del sector Este de la ciudad debió de ser de lo más atractiva gracias a la secuencia de espacios verdes que se situaban en la zona: el jardín Botánico, la huerta de Santa de Engracia, la plaza ajardinada de San Miguel, los viveros y el **jardín de recreo Torre de Bruil**. Los jardines de recreo son una creación característica de la jardinería decimonónica, son zonas verdes ajardinadas y arboladas cuyo funcionamiento, normalmente, se limitaba a épocas estivales, previo abono

a él se sumaban las huertas rústicas que los monjes poseían fuera del recinto amurallado. Los agustinos abandonaron el convento en el año 1835 a causa de las operaciones desamortizadoras y fue dividido en cinco porciones y subastado en 1856, un año después se revendieron los solares y restos del antiguo monasterio. Cuatro de las cinco porciones fueron adquiridas por Juan Bruil entre 1857 y 1858, que se sumaron a la huerta rústica que había adquirido en 1842 y otro campo que fue propiedad de Hospitalico de Niños Huérfanos, en total poseía un terreno de unos 28.667,16 m² (PANIAGUA MIGUEL, 2009).



Torre de Bruil. Fuente: BLASCO IJAZO, 1988: 109.

Juan Faustino Bruil (1810-1878) es considerado uno de los máximos representantes de la burguesía zaragozana del siglo XIX. Nació en 1810 en el seno de una familia procedente de Bearn asentada en Zaragoza, y aunque comenzó su andadura en el mundo mercantil con el negocio que sus padres poseían en la calle de Espoz Mina, llegó a convertirse en el director y presidente de la Caja de Descuentos Zaragozana, fue Ministro de Hacienda desde 1855 hasta 1856 y artífice de la legislación durante el bienio progresista. Aunque él y su esposa, Ángela Mur y Mendoza, adquirieron un gran número de propiedades durante las desamortizaciones, la más célebre fue la torre de la calle Asalto que actuaba como lugar de descanso y recreo donde residían largas temporadas.

La torre es una acepción aragonesa que alude a las casas de campo dedicadas al cultivo de la huerta y que se localizaban en el interior, pero más frecuentemente en el extrarradio de la ciudad, a veces junto a las orillas de los ríos. Este tipo de viviendas solían ser domicilios permanentes de los trabajadores, aunque en algunas ocasiones sirvieron de segunda residencia generalmente en verano, por lo que además de la zona agrícola en algunas existieron jardines y áreas de esparcimiento, como ocurrió en la Torre de Bruil (GARCÍA TERREL, 2017). Entre todas las torres más famosas de la época como la de la Perfumista o Rocatalada, la de Juan Bruil era la más importante y reconocida gracias sobre todo a sus magníficos jardines. Desafortunadamente, queda muy poco de lo que fue esta propiedad, aunque podemos reconstruirla gracias a las descripciones de la época, que nos dicen que el recinto de la torre estaba integrado por edificios, invernaderos, jardines, tierras de labor, árboles frutales, infructíferos y de adorno, un bosque con estanque lindante con el río Huerva, plantado de olmos y chopos en el barrio de las Tenerías con acceso por la calle Asalto, n.º 5. En cuanto a las propiedades contaba con distintos edificios destinados a vivienda de los dueños y trabajadores de la finca, un oratorio y dos invernaderos.

Los factores que habrían llevado a la pareja Bruil Mur a construir un gran jardín de recreo serían la afición por el coleccionismo de las plantas, ya que el jardín era una señal de identidad de la burguesía



Plano de Zaragoza
(Detalle, Dionisio Casañal
y Zapatero, 1880).

Fuente: Instituto Geográfico
Nacional de España.

donde dar rienda a sus caprichos, como indicador a su vez de distinción social. Ciertamente es que la devoción de la familia por la torre no quedó reducida a su entorno personal, al contrario, el propio Bruil repartía tarjetas para acceder a la finca en las festividades y los domingos donde podían disfrutar de todos los divertimentos que ofrecía la finca y admirar cada rincón a excepción de la vivienda familiar. Era un gran jardín de recreo con todo tipo de excentricidades para el deleite de los propietarios y el público, ya que incluso poseía un laberinto, una pequeña montaña rusa y un pequeño zoológico con faisanes, pavos reales, cisnes, gallinas, perros Terranova de Mont Cenis, monjes y variedad de peces, e incluso, según José Blasco, en la parte del bosque había ciervos y corzos (BLASCO IJAZO, 1988: 112).

En lo que respecta a la jardinería, como relata el mismo cronista, los artífices habrían sido jardineros franceses como Alfred Carrière, botánico y editor de la revista de jardinería francesa, *Revue Horticole*, Enrique Bonnamy, Coustan Jourdin, Lorenzo Re naud y también el belga Neumman.

A pesar de que es difícil conocer el diseño y composición exacta de los jardines, el plano geométrico de Joaquín Yarza de 1861 nos aproxima a su forma. Recrea una superficie compartimentada por jardines adaptados al perímetro de la finca que adquieren en su

interior diversas formas, líneas rectas, onduladas y circulares. El eje central del primer tramo estaba ocupado por los jardines geométricos donde se situaba el laberinto y estaban flanqueados por otras parcelas de trazas paisajistas. En el segundo tramo dominaba el diseño naturalista que terminaba perdiéndose en el soto de olmos y chopos presidido por un estanque. Era un telón de fondo natural, aunque ordenado por paseadores y plazoletas.

Durante dos décadas se convirtió en uno de los espacios más deliciosos de Zaragoza por cumplir con los criterios de desahogo y diversión de la población, pero también por introducir tempranamente las dos corrientes de jardinería, la clásica y naturalista, desconocidas en la ciudad hasta ese momento. El problema fue que el esplendor de la torre decayó a medida que la situación económica de la pareja empeoró, en 1868 fue vendida al notario Francisco de Cavia y Fernández y en 1878 al ilustre Sebastián Monserrat y Bondía. Sobre el terreno de la antigua torre se construirá en el año 1965 el actual parque Bruil.

129

El cierre de este jardín no supuso el fin de este tipo de recintos, ya que en el año 1868 se inauguraron los **Campos Elíseos** en la entrada del paseo de Torrero sobre un terreno que confrontaba con el río Huerva. Al igual que el anterior, seguía la moda del momento de crear espacios ajardinados que ofreciesen todo tipo de espectáculos financiados gracias a la iniciativa privada, en este caso, los jardines fueron sufragados por empresarios catalanes, algo que no llama la atención puesto que Barcelona había contado con sus propios Campos Elíseos desde el año 1853 hasta 1873. Los planos generales de la ciudad nos muestran un terreno de amplias dimensiones con una planta hexagonal irregular en donde se habrían construido de manera efímera un teatro, circo, salón de baile, casas de baños, café y un *restaurant*, tal y como ha documentado Mónica Vázquez. Parece ser que los Campos Elíseos cerraron sus puertas definitivamente en el año 1892, aunque años después sus terrenos se destinaron a la construcción de un velódromo, continuando su labor de centro de ocio en la vida pública zaragozana (VÁZQUEZ ASTORGA, 2018).

Parques urbanos

La creación de parques urbanos constituyó la mayor innovación en cuanto a la introducción de espacios verdes públicos. En la segunda mitad del siglo XIX las principales capitales europeas ya poseían amplios parques en el interior del recinto urbano como resultado de dos actuaciones: la construcción de parques de nueva planta o bien de la apertura de antiguos terrenos pertenecientes a la realeza para el disfrute público.

130

Inglaterra fue uno de los primeros países que llevó a cabo la apertura y construcción sistemática de parques urbanos financiados con fondos estatales, como fueron los londinenses *Regent's Park*, *Hyde Park*, *Green Park* y *St. James Park*. En Francia, el Barón Haussmann proyectó en París una serie de parques públicos como el *Bois de Boulogne*, centro de la vida elegante, o el *Bois de Vincennes* para las clases populares. En Viena el emperador José II edificó el *Stadtpark*, *Rathauspark* y *Volksgarten*, mientras que, en España, el Jardín del Buen Retiro de Madrid era abierto parcialmente al pueblo por Carlos III y Fernando VII, y completamente tras la Revolución de 1868, entre muchos otros. El mayor desarrollo se alcanzó en Norteamérica con el llamado *park movement*, escuela que promovió la creación de parques urbanos de carácter naturalista en las ciudades norteamericanas, impulsado por Frederick Law Olmsted (1822-1903).

Los parques urbanos son una de las manifestaciones más complejas y fascinantes de esta centuria por tratarse de espacios polivalentes perfectamente definidos en la ciudad que debían de satisfacer, a través de su diseño y equipamientos, una gran cantidad funciones que han ido aumentando a lo largo del tiempo. Si un en un principio se concebían como pulmones higiénicos y lugares para la distracción y el tiempo libre, poco a poco y al compás de los propios cambios vitales del ser humano, se añadieron otros usos culturales, educativos o deportivos. Todas estas funciones tienen su espacio en los parques urbanos. De ahí que los primeros parques urbanos que se construyeron

en Zaragoza pervivan en la actualidad y en su trasfondo guarden una historia fascinante derivada de las sucesivas reformas y la adaptación a los nuevos tiempos, que no solamente nos habla del diseño y de la composición urbanística y arquitectónica sino también de los grupos sociales que los disfrutaron.

Al igual que ocurrió con otras tipologías verdes, el motor para que se diese la introducción de parques urbanos en Zaragoza residió en el gran empeño de los profesionales de la naturaleza locales y de las mentes más progresistas de la ciudad, ya que vieron en estas infraestructuras un símbolo de modernidad y progreso urbano. Este tesón se debía a que la realidad de la Zaragoza decimonónica estaba definida por la concepción tradicional de los espacios verdes basada en la existencia de paseos arbolados y plazas ajardinadas, lo que suponía un cierto atraso con respecto a lo que se estaba realizando fuera de nuestras fronteras.

La primera vez que surgió la idea de construir un parque urbano estuvo relacionada con el imparable crecimiento demográfico de Zaragoza. Aunque el ensanche iniciado hacia el Sur desde la glorieta de Pignatelli era una realidad, todavía quedaban terrenos vacíos en el interior a causa de las desamortizaciones, como la huerta del convento de Santa Engracia, un espacioso y céntrico lugar adecuado para el establecimiento de una nueva zona residencial distinguida. Félix Navarro, conocedor de las tendencias europeas sobre espacios verdes, redactó el «Ensanche Parcial de la ciudad hacia el mediodía» y el «Anteproyecto de parque de Zaragoza» en el año 1880, que consistía en el trazado de un parque urbano sobre la Huerta de Santa Engracia y la urbanización del entorno. El objetivo del futuro parque pasaba por cubrir las necesidades de esparcimiento dentro de la ciudad, ser eje del ensanche y revalorizar las futuras construcción de la Huerta y sus alrededores. No era la primera vez que la Huerta de Santa Engracia se concebía como un lugar propicio para la construcción de un espacio verde, ya entre los años 1809-1813 Gironza planteó la posible construcción de un esplendoroso jardín botánico y de recreo sobre

la huerta, adornado con caprichosos jardines geométricos, fuentes y amplias avenidas.

El diseño del parque proyectado por Félix Navarro se configuraba sobre una superficie geométrica irregular con un terreno a distintos niveles. El centro estaba presidido por una plaza circular en la que confluían una serie de calles radiales para conectar el centro con el perímetro del recinto. Este entramado generaba una serie de zonas ajardinadas de formas variadas, surcadas a su vez por caminos sinuosos interiores. Para el acceso se proyectaban unas escalinatas que enlazaban con la monumental «Avenida del Parque», y en línea recta, al otro lado del espacio central se situaría un estanque. El espacio se decoraba con numerosas esculturas sobre «aragoneses ilustres» y fuentes (YESTE NAVARRO, 1999-2000). Es el proyecto sobre la construcción de un parque urbano en la ciudad de Zaragoza más temprano, aunque finalmente no se llevó a la práctica, evidencia la modernidad de los planteamientos del joven Félix Navarro, ya que por entonces tenía 31 años. A partir de este momento, la construcción de un parque urbano en Zaragoza se convirtió en una de las prioridades del Ayuntamiento.

132

Por eso, durante la última década del siglo XIX se va a gestar e iniciar el proyecto del primer parque urbano que se construyó en la ciudad, el **parque Pignatelli**. El lugar elegido para su construcción se encontraba en el sur de la ciudad, entre la subida de Cuéllar y los depósitos de agua, era un espacio triangular ocupado por dos torres pertenecientes a los propietarios Joaquín Martón y Pablo Buil y también una porción de terreno formaba parte de la fábrica de ladrillos de la Sociedad Hernández, Lagrava y García. No es baladí que se eligiera este punto como el lugar más apropiado para la construcción de un parque urbano, pues como ya vimos en anteriores apartados esta zona se estaba convirtiendo en la preferida por la burguesía para asentar sus residencias, tanto en el eje del ensanche, el paseo de Torrero, como en sus aledaños, en el paseo de Ruiseñores o en la subida de Cuéllar. En 1889 el Ayuntamiento llegó a un acuerdo con la Sociedad de la fábrica de ladrillos y el propietario Joaquín Martón, quienes



Primera idea de Parque de Zaragoza en la Huerta de Santa Engracia
(Detalle, Félix Navarro, 1880) Retocado por Isabel Yeste.
Fuente: A.M.Z. Signatura 0461.

133

vendieron sus terrenos conscientes de los beneficios que reportarían a la población el arreglo de este lugar, un enclave conocido en la época con el nombre de graveras de Cuéllar. Las tareas de desmonte de las graveras comenzaron inmediatamente, no obstante, la torre de Pablo Buil permanencia sola en el árido panorama que la rodeaba. Ante la imposibilidad de llegar a un acuerdo con el propietario, Ricardo Magdalena volcó sus ideales sobre este terreno y presentó un proyecto para la construcción de un parque en 1892. Este plan siempre estuvo en la mente del arquitecto municipal, de hecho, pocos años atrás ya había manifestado sus intencionalidades cuando elaboró el proyecto para prolongar el paseo de Torrero por el andén de los depósitos de agua, y también se encontraba en consonancia con las propuestas del alcalde Simón Sainz de Varanda y de Joaquín Gimeno Vizarra.

Propone rebajar la superficie triangular y arreglar el suelo para recibir plantaciones, en cuanto al diseño opta por la vertiente más naturalista de la jardinería, la corriente paisajista, con una libre ordenación de los parterres surcados por paseos ondulantes de tres metros que confluyen en dos plazas, una en forma de herradura de 55 metros y otra casi elíptica de 60 metros donde situaba una fuente de adorno (*Proyecto del parque Pignatelli*, 1905).

Este proyecto de parque fue declarado de utilidad pública para poder aplicar la expropiación forzosa sobre la única torre que quedaba en pie, y a pesar de que Buil alegó que se trataba de un proyecto caprichoso e inútil, finalmente en el año 1898 firmó la escritura de venta a favor del Ayuntamiento tras una década de litigios. La terminación del parque se prolongó durante la primera década del siglo xx con el desmonte de la gravera.

El incondicional apoyo de los vecinos, pertenecientes en su mayoría a la burguesía local, tuvo su reflejo en la aportación económica que reunieron para cubrir los gastos de la mejora. Los intereses económicos que despertaba el parque quedaron de manifiesto, porque su construcción contribuiría a revalorizar las viviendas del entorno. En 1903 se trazaron los andenes y se comenzó con la apertura de los



Proyecto de jardines a la terminación de Torrero (Ricardo Magdalena, 1892)

Fuente: A.M.Z., caja 955, exp. 50/1905.

Estatua de Ramón
Pignatelli en el parque
Pignatelli de Zaragoza.
Fuente: HERMANOS ALBAREDA,
1932: p. 74.



hoyos para las plantaciones y en 1904, el parque acogió el monumento de Ramón Pignatelli, trasladado desde la plaza de Aragón. En los años siguientes se rebajaron los macizos ajardinados, se aumentaron las plantaciones y se dotó de iluminación. Finalmente, en los años sesenta y ochenta adquirió su diseño actual (RUIZ CANTERA, 2016).

De forma paralela al proceso de constitución del parque de Pignatelli comenzó a gestarse la idea de construir un parque mesocrático, para lo que se bajaron dos emplazamientos, el Cabezo de Buenavista en Torrero y las Balsas de Ebro de Viejo en el Arrabal. Aunque a finales del siglo XIX este primer pensamiento no despegó, no se olvidó y de hecho en 1903 se presentó un anteproyecto para construir un gran parque urbano, que años más tarde culminó en la inauguración del parque Miguel Primo de Rivera en 1929, actual **parque José Antonio Labordeta**. De la misma manera, en los años veinte del siglo XX se elaboró un ambicioso proyecto para realizar un parque en las Balsas de Ebro con todo tipo de infraestructuras, aunque no se llevó a cabo, su espacio se fue dotando de arbolado y jardines hasta que se decidió adecuar el espacio con la edificación del **parque Tío Jorge** en 1868.



Plaza de la Seo (fotografía realizada por la autora).

Patrimonio de ayer, hoy y mañana

Adentrarnos en la historia de los espacios verdes de la Zaragoza del siglo xix ha supuesto reencontrarnos con un pasado que es reconocible en la trama urbana contemporánea gracias a la presencia que estos lugares tienen en nuestras vidas, bien como escenarios de múltiples actividades cotidianas o simplemente como instantáneas verdes entre el paisaje edificado.

Volver la vista atrás nos ha permitido sacar a la luz un capítulo olvidado de la historia local, pero también su recuperación pretende aleccionar la reflexión sobre el presente y el inminente futuro de las zonas verdes supervivientes. En efecto, muchos de estos espacios fueron remodelados o incluso desaparecieron a lo largo del siglo xx y, de hecho, actualmente, algunos de ellos se han incorporado a ambiciosos proyectos urbanísticos mientras que otros esperan recibir mejoras ante su lamentable estado de abandono. Es por lo tanto una historia inconclusa de la que queda mucho por contar.

137

Sin embargo, no podemos entender nuestro presente sin rastrear nuestro pasado. La semilla de este movimiento orientado a mejorar el trazado urbano y el bienestar de la población a partir de la construcción de infraestructuras verdes es un fenómeno característico del siglo xix. En esta centuria se instauró el punto de partida para la introducción sistemática de la jardinería urbana, primeramente, en las afueras de la población y luego en el interior de las ciudades con el objetivo de tejer fracturas urbanas y ocupar espacios residuales. La naturaleza urbana adquirió, por lo tanto, diversos cometidos con una base de fondo urbanística y social.

El caldo de cultivo se gestó en el seno del desarrollo científico impulsado por la Ilustración en el siglo XVIII y en el creciente interés por los estudios teóricos y experimentales que tuvieron como protagonista la naturaleza desde múltiples perspectivas y aplicaciones. Pero la presencia de elementos naturales en el medio urbano alcanzó una importancia sin parangón cuando las ciudades, caracterizadas hasta el momento por un aspecto rural, comenzaron a cambiar su aspecto ante la incipiente aparición de industrias y el aumento demográfico, motivado por la atracción de la población campesina ante las nuevas oportunidades laborales que ofrecieron los nuevos sistemas de producción. La implantación de estos espacios estuvo también respaldada por la profesionalización de una serie de técnicos que se especializaron en el trabajo y estudio de la naturaleza, los cuales, gracias a su formación, pudieron aproximarse a las nuevas tendencias urbanísticas que se estaban implantando en las principales capitales europeas, en las que la industrialización fue más temprana y profunda y también la respuesta para combatir sus efectos. Zaragoza tuvo la suerte de contar con el trabajo de excepcionales profesionales a los que se les debe una gran parte de la colección de espacios verdes decimonónicos que han persistido hasta nuestros días.

En el siglo XIX se asumía que las zonas verdes eran elementos de primer orden para embellecer y sanear el ecosistema urbano, inicialmente lo fueron mediante la incorporación de paseos arbolados y plazas ajardinadas y luego con la amplitud, la polivalencia y los espacios funcionales que ofrecían los parques urbanos.

Zaragoza, que había convivido espontáneamente con su entorno rural durante siglos, pasó de una evolución lenta, sin apenas ampliaciones urbanas, a convertirse en un gran foco de atracción para la población rural que generó un crecimiento incontrolado y exponencial. Rápidamente el urbanismo zaragozano tuvo que ponerse a disposición de esta nueva realidad para dar respuestas eficaces a las problemáticas que afloraban en la ciudad y que repercutían directamente en la convivencia y en las condiciones vitales de la comunidad.

El concejo zaragozano actuó en consecuencia a partir de la segunda mitad del siglo XIX, momento en el que la falta de espacios libres se hizo más notable. En este contexto, las voces más progresistas y los técnicos de la ciudad fueron los primeros en manifestar la necesidad de introducir nuevos criterios paisajísticos en la ciudad, no solo para mejorar el confort de los ciudadanos, sino también para modernizar el escenario urbano a caballo de los nuevos modelos de ocio y tiempo libre.

La preocupación del Municipio por dotar de valores estéticos se centró en primer lugar en la reforma de los antiguos caminos para perfeccionar el aspecto de Zaragoza y dinamizar e incrementar los escenarios de relaciones sociales. La gran mayoría de los paseos se localizaron extramuros, aprovechando la existencia de los trazados anteriores como una prolongación del medio físico natural que abrigaba el perímetro urbano. Únicamente el paseo de la Independencia fue la brecha en sentido Norte-Sur que se abrió en el interior de la ciudad. Las necesidades sociales reclamaron la multiplicación de vías amenas y agradables, una demanda que supuso para el Ayuntamiento un desafío en cuanto a la conservación y mantenimiento del arbolado, teniendo que hacer frente a la insuficiencia de agua. Si en un principio se utilizaron sistemas rudimentarios para el riego del arbolado, en las últimas décadas del siglo XIX el procedimiento se sofisticó con la incorporación de bocas de riego a partir de cañerías de hierro, haciéndose extensivo al resto de los espacios verdes. Este problema, junto a la dificultad de llevar a cabo grandes proyectos debido a la precariedad de las arcas municipales y también la escasa cultura sobre estos temas en nuestro país, frenaron la irrupción en Zaragoza de sistemas integrales de infraestructuras verdes.

Paulatinamente, algunos de los espacios libres preexistentes se dotaron de vegetación y otras plazas ajardinadas se crearon de ex-profeso en el interior del perímetro urbano como pulmones verdes y sencillos instrumentos de planificación urbanística. El diseño de estos pequeños conjuntos se basó en una estratificación del espacio a partir



Parque del Tío Jorge (fotografía realizada por la autora).

de macizos ajardinados irregulares y la colocación de árboles para conferir una vista naturalista próxima a los planteamientos anglosajones. Este programa formal, con el tiempo, se adaptó hacia un modelo más cercano al de la jardinería clasicista.

La vocación de construir un parque urbano en los años ochenta del siglo ^{xix} fue una de las innovaciones más significativas, aunque hasta finales del siglo no se eligió la zona más apropiada para su creación. No es de extrañar que el Municipio centrara su atención en el terreno triangular de la subida de Cuéllar, al sur de la ciudad, ya que estaba rodeado por un entorno privilegiado con abundante vegetación que guarnecía los paseos de Sagasta y Ruiseñores y la playa y monte de Torrero. Una excepcional panorámica que podría haber sido un pretexto lógico para que el futuro parque se construyese en otra zona carente de arbolado. Esto se entiende si tenemos en cuenta que este entorno comenzaba a cotizarse al alza con el asentamiento de la burguesía zaragozana en ambos lados de los magníficos paseos arbolados, por lo

que evidenció una maniobra para revalorizar las fincas colindantes. La valoración y el encuentro entre paisaje y ciudad contribuyó a cambiar sustancialmente el valor referencial del suelo. No obstante, tanto este parque como el resto de las tipologías de espacios verdes que se construyeron, tuvieron su razón de ser en premisas utilitarias y formales orientadas a lograr una calidad ambiental y humana en la ciudad consolidada y en los nuevos barrios que se estaban gestando en el Sur con una visión de futuro.

La revolución del verde urbano en Zaragoza tendrá lugar a lo largo del siglo xx con la integración de numerosas plazas ajardinadas y parques urbanos en el interior de los barrios tradicionales, y los nuevos distritos nacerán rodeados y organizados sobre tramas verdes estableciendo una dialéctica entre arquitectura, naturaleza y ciudad. Crear un nexo y continuidad entre los espacios verdes urbanos y periurbanos y edificar espaciosos parques en los límites de la ciudad aprovechando los recursos naturales están siendo las premisas más interesantes acontecidas en los últimos años en la ciudad, en las que los factores ecológico y medioambiental están siendo detonantes para el redescubrimiento de las posibilidades que ofrece la naturaleza urbana. Este es otro capítulo de nuestra historia en el que se está trabajando con el deseo de completar el estudio histórico artístico de los espacios verdes de Zaragoza.

141

Este texto busca ser el altavoz social que ponga en valor la trascendencia de los espacios verdes públicos en nuestro contexto patrimonial, de todos ellos, independientemente de la tipología y el emplazamiento. Parques, jardines o paseos son herencia cultural de nuestro pasado histórico, de ahí que sea fundamental devolver a los ciudadanos esta parte de su historia.

La complejidad de mantener diariamente un bien orgánico y su función esencialmente práctica en el organigrama de la ciudad son motivos que aíslan los espacios verdes de los tradicionales circuitos culturales. En cualquier caso, el mensaje que se quiere transmitir es esperanzador porque hoy día existen diferentes plataformas y estudios

comprometidos con la defensa y divulgación del patrimonio verde y concretamente, el Ayuntamiento de Zaragoza se ha sumado a estas iniciativas con la «Ruta de los cuatro parques», un recorrido de 9 kilómetros que cohesiona cuatro parques de la ciudad mediante los paseos existentes: parque José Antonio Labordeta, parque Pignatelli, parque Bruil y parque Tío Jorge.

Este es un grandísimo paso para alimentar a la sociedad de verdades históricas sobre nuestra ciudad mediante un enfoque novedoso y necesario.



La ruta de los parques de Zaragoza. Fuente: www.zaragoza.es.



Parque Tío Jorge de Zaragoza (fotografía realizada por la autora).



Jardín de Invierno del parque José Antonio Labordeta de Zaragoza
(fotografía realizada por la autora).





Parque Bruil de Zaragoza (fotografía realizada por la autora).



Bibliografía

- ADIEGO ADIEGO, E. (1991), «Siglo XIX» y «El cementerio de Torrero en el siglo xx», en VV.AA, *Las Necrópolis de Zaragoza*, Zaragoza, Servicio de Acción Cultural (pp. 161-200).
- ALPHAND, A. (1867-1873), *Les Promenades de Paris*, París, J. Rothschild Éditeur.
- ARAGÓ Y RIVAS, B. (1877), *Tratado de jardinería y floricultura*, Madrid, Librería de Anllo y Rodríguez.
- ARCE, J. (2005), «Las ciudades de *Hispania* en un periodo de transición: del v al vii. Transformaciones y pervivencias», en VV.AA, *Zaragoza, espacio histórico*, Zaragoza, Centro de Historia de Zaragoza (pp. 17-35).
- ARIZA MUÑOZ, C. (1986), «La creación de escuelas de jardinería durante los siglos XVIII y XIX», *Revista Reales Sitios*, n.º 89 (pp. 29-36).
- (1988), *Los jardines de Madrid en el siglo XIX*, Madrid, El Avipíes.
- ATIENZA Y SIRVENT, M. (1855), *Memoria acerca del plan de una obra de arquitectura de jardines: utilidad de esta ciencia y consideraciones sobre la historia y las diferentes escuelas de jardinería*, Madrid, Imprenta Joaquín René.
- 148 AZORÍN. (1941), *El paisaje de España visto por los españoles*, Madrid, Espasa Calpe.
- BALLARÍN CAUSADA, F. (1856), *Memoria sobre el Jardín Botánico y su primer profesor D. Pedro Gregorio de Echeandía*, Zaragoza, Imprenta de José Bedera.
- BARRIDON, M. (2005), *Los jardines: islam, edad media, renacimiento, barroco*, Madrid, Abada Editores.
- BARRETTI, G. (1770), *A journey from London to Genova though England, Portugal, Spain and France*, London, T. Davies and L. Davis.
- BETRÁN ABADÍA, R. (2005), «Continuidad, proyecto y evolución urbana en Saragusta (714-1118)», en VV.AA, *Zaragoza, espacio histórico*, Zaragoza, Centro de Historia de Zaragoza (pp. 35-75).
- BLASCO IJAZO, J. (1988), «El encanto de los jardines», en *¡Aquí Zaragoza!*, Tomo 6, Zaragoza, Caja de Ahorros de Zaragoza, Aragón y Rioja (edición facsímil), (pp. 7-15).
- (1988), «La famosa «Torre de Bruil», en *¡Aquí Zaragoza!*, Tomo 6, Zaragoza, Caja de Ahorros de Zaragoza, Aragón y Rioja (edición facsímil), (pp. 106-121).

- BLASCO IJAZO, J. (1988), «La calle de San Miguel data de la más remota antigüedad», Tomo 4, Zaragoza, Caja de Ahorros de Zaragoza, Aragón y Rioja (edición facsímil), (pp. 245-255).
- BERBEGAL Y CELESTINO, A. (1884). *Proyecto de escuela de agricultura para Cuba, Habana, Imprenta del Gobierno y Capitanía General por S.M.*
- CASAMAYOR, F. (2008), *Zaragoza 1808-1809*, Zaragoza, Editorial Comuniter; Institución «Fernando el Católico» (Edición Facsímil).
- CAPEL SÁEZ, H. (2002), *La morfología de las ciudades: sociedad, cultura y paisaje urbano*, Barcelona, Ediciones del Serbal.
- CARTANA PINÉN, J. (2005), *Agronomía e Ingenieros Agrónomos en la España del siglo XIX*, Barcelona, Ediciones el Serbal.
- COLÓN DE LARREÁGUETI, F. (1781), *Apéndice a los quatro tomos de los juzgados militares de España y sus Indias*, Madrid, Imprenta de la Viuda de D. Joaquín Ibarra.
- DANA, CH. A; RIPLET, G. (1879), *The American Cyclopaedia*, vol. 13, New York, Appleton and Company.
- DE TERÁN, F. (1999), *Historia del urbanismo en España, siglos XIX y XX*, vol. 3, Madrid, Cátedra.
- FALCÓN PÉREZ, M.^a I. (1981), *Zaragoza en el siglo XV: morfología urbana, huertas y término municipal*, Zaragoza, Ayuntamiento de Zaragoza, Institución «Fernando el Católico».
- FARIELLO, F. (2008), *La arquitectura de los jardines: de la Antigüedad al siglo XX*, Barcelona, Editorial Reverté.
- FAVERI, E.R; LARBALETIER, A. (1900), *Manual del Jardinero: Las Flores*, Madrid, Librería Editorial De Bailly-Bailliere é Hijos.
- FERNÁNDEZ CLEMENTE, E. (1990), «La enseñanza de la agricultura en la España del siglo XIX», *Revista Agricultura y Sociedad*, n.º 56 (pp. 113-142).
- (1997) *Gente de orden: Aragón durante la Dictadura de Primo Rivera 1923-1930. Tomo 3. La economía*, Zaragoza, Caja de Ahorros y Monte de Piedad de Zaragoza, Aragón y Rioja.
- FERRER BENIMELI, J. A. (2010), «La Ilustración en Aragón», en EGIDO, A; LAPLANA J. E (coords.), *La luz de la razón, literatura y cultura clásica del siglo XVIII: a la memoria de Ernest Lluch*, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico» (pp. 161-179).

- GARCÍA GUATAS, M. (2004), «Zaragoza, vista a través de las exposiciones» en VV.AA., *Zaragoza. Visiones de una ciudad*, Zaragoza, Ayuntamiento de Zaragoza (pp. 175-189).
- GARCÍA LASAOSA, J. (1979), *Desarrollo urbanístico de Zaragoza (1885-1908)*, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico».
- GARCÍA MARTÍN, F. (2002), *Jardines y parques históricos de la Provincia de Toledo*, Toledo, Ediciones Ledoria.
- GARCÍA MERCADAL, J. (1959), *Viajes de extranjeros por España y Portugal. Tomo II, siglo XVII*, Madrid, Editorial Aguilar.
- GARCÍA TERREL, A. M. (2017), «Las torres rurales de Zaragoza», *Aragón Turístico y Monumental*, Zaragoza, SIPA Centro de Iniciativas Turísticas, n.º 92.
- GÓMEZ MENDOZA, J. (2010), *El gobierno de la naturaleza en la ciudad. Ornato y ambientalismo en el Madrid decimonónico*, Madrid, Real Academia de la Historia.
- GÓMEZ URDÁÑEZ, C. (1999), *Los palacios aragoneses*, Zaragoza, Caja de Ahorros de la Inmaculada.
- (2005), «Zaragoza en la Edad Moderna: el uso de la ciudad», en VV.AA., *Zaragoza, espacio histórico*, Zaragoza, Centro de Historia de Zaragoza (pp. 85-112).
- GONZÁLEZ ESCRIG, J. L. (2002), *Ingeniería y naturaleza: aportaciones de los Ingenieros de Montes Españoles a las Ciencias Naturales durante el siglo XIX*, Madrid, Asociación de Ingenieros de Montes.
- (1882), *Gran Establecimiento de Horticultura, Floricultura y Arboricultura de Mariano Cambra, jardinero que ha sido diez años en la quinta denominada Torre de Bruil*, Zaragoza, Tipografía del Hospicio Provincial.
- GUÍA DE ZARAGOZA DE 1860 (1985), Zaragoza, Librería General (edición fac-símil).
- HERMANOS ALBAREDA (1932), «Lo que podría ser el parque Pignatelli», *Zaragoza, Revista Gráfica de Cultura Aragonesa*, n.º 79, abril (p. 74).
- HERNÁNDEZ MARTÍNEZ, A. (1991-1992), «La planificación urbana a comienzos del siglo XX: la apertura del paseo Sagasta» *Artigrama*, n.º 8-9, Zaragoza (pp. 435-454).
- (2012), *Ricardo Magdalena: arquitecto municipal de Zaragoza (1876-1910)*, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico».

- LASO DE LA VEGA WESTENDORP, B. (2015), *Plantas y jardines en la Málaga del siglo XIX: el caso singular de la Hacienda La Concepción*, Málaga, Publicaciones y Divulgación Científica Universidad de Málaga.
- LÓPEZ GONZÁLEZ, J. J. (1977), *La ciudad de Zaragoza a finales del siglo XVIII (1782-1792)*, Zaragoza, Diputación Provincial.
- MADOZ, P. (1985), *Diccionario geográfico-estadístico de Aragón: tomo III, Zaragoza*, Zaragoza, Diputación General de Aragón, Departamento de Cultura y Educación (edición facsímil).
- MARTÓN, L. B. (1737), *Origen y antigüedades del el subterráneos y celeberrimo santuario de Santa Maria de las Masas, oy Real Monasterio de Santa Engracia de Zaragoza*, Zaragoza, Juan Malo.
- MOR DE FUENTES, J. (1959), *La Serafina*, Zaragoza, Publicaciones de la Cátedra de Zaragoza, Universidad de Zaragoza.
- NAVASCUÉS PALACIO, P. (1996), «La creación de la Escuela de Arquitectura de Madrid», en VV.AA, *Madrid y sus arquitectos. 150 años de la escuela de arquitectura* (pp. 23-34).
- NEGRÍN FAJARDO, O. (1979), «La enseñanza agraria en el siglo XIX. La Escuela Normal de Jardineros Horticultores de Madrid (1847-1860)», *Revista Española de Pedagogía*, vol. 37 (pp. 139-150).
- ORTAS DURAND, E. (1999), *Viajeros ante el paisaje aragonés (1759-1850)*, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico».
- ORTEGA, C; IBARRA, J; QUER, J. (1784), *Continuación de la flora española o Historia de las Plantas de España*, tomo VI, Madrid, Joaquín Ibarra, Impresor de Cámara.
- PANIAGUA MIGUEL, R. (2009), *El convento de San Agustín de Zaragoza en la Edad Moderna*, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico» (pp. 177-226).
- PAU, C. (1922), *Nueva contribución al estudio de la flora en Granada*, Museu de Ciències Naturals de Barcelona.
- PEÑA GONZALVO, F. J.; VALERO SUÁREZ, J. M. (1985), *Los tranvías de Zaragoza*, Zaragoza, Diputación Provincial de Zaragoza.
- PÉREZ SARRIÓN, G. (1975), *El Canal Imperial y la navegación hasta 1812*, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», Junta del Canal Imperial de Aragón, Departamento de Historia Contemporánea de la Facultad de Filosofía y Letras.

- PINA POLO, F. (2005), «De Salduie a Cesaraugusta: la creación de una ciudad hispanorromana», en VV.AA, *Zaragoza, espacio histórico*, Zaragoza, Centro de Historia de Zaragoza (pp. 5-16).
- PLANA, A. (1814), *Manifiesto del vecindario, producciones y cargas de Aragón antes del año 1808 y en el 1813*, Zaragoza, 1814.
- PUERTO SARMIENTO, F. J. (1988), *La ilusión quebrada: botánica, sanidad y política científica en la España Ilustrada*, Barcelona Serbal, CSIC.
- QUIRÓS LINARES, F. (1991), *Las ciudades españolas a mediados del siglo XIX*, Valladolid, Ámbito Ediciones.
- (1847), *Reglamento para la escuela normal de jardineros horticultores que se ha de formar en el Parque del Real Palacio con destino á las posesiones del Patrimonio de S.M en cumplimiento de la Real Orden de 13 de septiembre de 1847*, Madrid, Impresor de Cámara de S.M y de su Real Casa.
- QUADRADO, J. M. (1937), *Recuerdos y Bellezas de España: Aragón por D. José María Quadado y láminas dibujadas del natural y litografiadas por F.S. Parcerisa*, Zaragoza, Sindicato de Iniciativa y Propaganda de Aragón en la tipografía de E. Berejo Casañal (edición facsímil).
- RODRÍGUEZ ROMERO, EVA. J. (2000), *El jardín paisajista y las quintas de recreo de los Carabancheles. La posesión de Vista Alegre*, Madrid, Fundación Universitaria.
- RUIZ CANTERA, L. (2015), «Historia de los antiguos depósitos de agua de Pignatelli: el depósito soterrado y su rehabilitación en centro de exposiciones», *Revista ACCA*, n.º 33.
- (2016), «El primer parque urbano de Zaragoza: el parque Pignatelli, historia y diseño», *Revista Arte y Ciudad*, nº 10, 2016.
- (2019), «De las Balsas de Ebro Viejo al parque del Tío Jorge: visiones a través del tiempo». En Castán, A.; Lomba, C.; Poblador, M.ª, *El tiempo y el arte. Reflexiones sobre el gusto IV*, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico» (pp. 637-648).
- SOCIEDAD ECONÓMICA MATRITENSE. (1872), *Dictamen sobre los Paseos, Parques y Jardines públicos de Madrid*, Madrid, Editor M. Rivadeneyra.
- XIMÉNEZ DE EMBUN Y VAL, T. (1986), *Descripción histórica de la antigua Zaragoza y sus términos municipales*, Zaragoza, El Día de Aragón.

- VÁZQUEZ ASTORGA, M. (2018), «Los Campos Elíseos de Zaragoza: un sitio de recreo urbano para la sociedad decimonónica», *Revista Boletín de Arte*, n.º 39, (pp. 255-270).
- VV.AA. (2003), *Félix Navarro, la dualidad audaz: 1849-1911*, Zaragoza, Colegio de Arquitectos de Aragón, exposición celebrada el 9 de mayo de 2003.
- YESTE NAVARRO, I. (1993), «Pervivencias y modificaciones del trazado medieval del Casco Urbano de Zaragoza en época contemporánea», *Revista Aragón en la Edad Media*, n.º 10-11 (pp. 907-924).
- (1999-2000), «Una aproximación al urbanismo de Félix Navarro. El ensanche de Zaragoza de 1880», *Revista Turiaso*, núm. xv (pp. 175-190).
- (2007) «Ideología y urbanismo en la Zaragoza decimonónica», *Artigrama*, núm. 22, (pp. 649-669).
- (2013), «La Zaragoza francesa», en RÚJULA, P (coord.), *Aragón y la ocupación francesa 1809-1814*, Zaragoza, Diputación Provincia de Zaragoza, Ibercaja, (pp. 83-110).
- (2016), «La imagen perdida: los hotelitos de la Plaza de Aragón», *Artigrama*, n.º 31 (pp. 391-419).

Fuentes documentales (Archivo Municipal de Zaragoza, A.M.Z.)

Espacios verdes del siglo XVIII

Cuentas de reparos en los puentecillos y arboledas. A.M.Z. Caja. 177, signatura, 7-7-29/1756-1771.

Instrucción de caminos (Instrucción aprobada por Real Acuerdo de la Audiencia sobre composición de caminos). A.M.Z. Caja 172, signatura 7-5-8/1786.

La gestión de la Naturaleza en Zaragoza y sus técnicos

Reglamento para la organización del servicio de Guardas de Caminos y Arboledas. A.M.Z. Caja. 1411, exp. 990/1858.

Nombramiento del Director de Arboledas. A.M.Z. Caja. 1.417, exp. 902/1862.

Dimisión de Antonio Berbegal. A.M.Z. Caja. 1.442, exp. 543/1883.

Reforma del Reglamento de Paseos y Arboledas. A.M.Z. Caja. 1.453, exp. 80/1887.

Nombramiento del Jardinero Municipal y Guarda Mayor (Nombramiento del Jardinero Municipal y Guarda Mayor a favor de Francisco Valero y Velázquez. A.M.Z. Caja. 981, exp. 1.055/1896.

Exposición de Pedro Sancho. A.M.Z. Caja 1.621, exp. 855/1897.

Nombramiento de Don Tomás Aguilar (Nombramiento de Don Tomás Aguilar para Director de Agronomía Municipal). A.M.Z. Caja 949, exp. 1096/1903.

Desaparición de la Dirección de Montes y Arboledas (Desaparición de la Dirección de Montes y Arboledas y nombramiento del Jardinero Mayor. A.M.Z. Caja. 2.553, exp. 1529/1931.

Los espacios verdes zaragozanos en el siglo XIX

Sobre el mal estado de las arboledas en los paseos. A.M.Z. Caja. 176, signatura 7-7-1/1811.

Plantación de la arboleda de Macanaz. A.M.Z. Caja 176, signatura 7-7-2/1821.

Indicaciones sobre una mejora en los arbolados lineales de esta capital. A.M.Z. Caja. 276, signatura 10-14-51/1857.

154

Memoria sobre el ramo de arbolado y jardines de Zaragoza. A.M.Z. Caja 1.420, exp. 454/1865.

Jardines de la plaza de la Seo (Para convertir en jardín de pasaje la plaza la Seo). A.M.Z. Caja. 1.759, exp. 83/1866.

Renovación del arbolado del Salón de Santa Engracia. A.M.Z. Caja. 1.427, exp. 46/1871.

Riego de los árboles de la plaza de la Constitución (Relativo a la construcción de una alcantarilla para regar los árboles de la plaza Constitución, colocar acacias alrededor de la fuente y proponiendo otras plantaciones en las aristas de la acera que pasa por delante). A.M.Z. Caja. 1.433, exp. 226/1875.

Sobre el rebaje y arreglo del camino de Torrero directamente por los depósitos de agua. A.M.Z. Caja. 978, exp. 100/1885.

Memoria de la Exposición Universal de París (Francisco Valero se traslada a París para visitar la exposición). A.M.Z. Caja. 935, exp. 1062/1900.

Proyecto del parque Pignatelli (Proyecto de jardines a la terminación de Torrero). A.M.Z. Caja 955, exp. 50/1905.

Este libro se terminó de imprimir
en abril de 2019, noventa años
después de la inauguración oficial
del actual Parque José Antonio Labordeta.

PUBLICACIONES
DE ROLDE DE ESTUDIOS ARAGONESES
TÍTULOS EDITADOS 2014-2019

Cuadernos de Cultura Aragonesa

58. *Democracia y pintura mural en Zaragoza, 1984-1995.*
María Luisa Grau Tello.
- 59-60. *Tesón y melancolía. Memorias, 1987-2012.* Eloy Fernández Clemente.
61. *Arte público en Aragón. Nuestro patrimonio colectivo al aire libre.*
Jesús Pedro Lorente.
62. *Papeles de cine. Los carteles del festival de cine de Huesca. 1973-2016.*
Roberto Sánchez López.
63. *Las huellas de la vivienda protegida en Zaragoza. 1939-1959.*
Noelia Cervero Sánchez.
64. *La Vall de Balat. Memorias de l'Aragó (1948-2017).* Artur Quintana i Font.
65. *Los espacios verdes en la Zaragoza del siglo XIX. Patrimonio de ayer y de hoy.*
Laura Ruiz Cantera.

Val de Bernera

15. *El confín del Matarraña. Fayón mágico y legendario.*
Alberto Serrano.
16. *La pequeñez de los días. Treinta entrevistas a treinta docentes aragoneses.*
Víctor Juan.

Salvachinas

17. *¿En qué país vives? Historia de Aragón para chavalas y chavales curiosos.*
Carlos Serrano, Paco Paricio, Blanca Bk.
18. *El Justicia de Aragón (en Ejea se hizo ley).*
Carlos Serrano, Daniel Viñuales.
19. *Las iglesias de Serrablo.*
Carlos Serrano, Daniel Viñuales.
20. *Viella Zaragoza. La ciudad y su memoria.*
Miguel Martínez Tomey.
21. *Una ciudad en la crisálida. Espacios de cultura, espacios de acción (Zaragoza, 1969-1979).* Carlos Serrano.
22. *Magos aragoneses del siglo XX.*
Pepín Banzo, Pepe Fernández.
23. *Cadenzias (Ánchel Conte).* Varios autores.

Petarruego

7. *Diccionario de voces aragonesas de María Josefa Massanés Dalmau. Una curiosidad lexicográfica del siglo XIX.*
Edición y estudio de María Pilar Benítez y Óscar Latas.

Los sueños

6. *PoeMorias (1935-1985).*
Emilio Gastón.
7. *Viajes a Ultima Thule. José Antonio Labordeta en Suecia.*
Mats Lundahl.
8. *Mujeres soñadas.*
Rafael Navarro, Antón Castro.

Aragón Contemporáneo

4. *Pagar las culpas. La represión económica en Aragón (1936-1945).*
Julián Casanova, Ángela Cenarro (eds.), Estefanía Langarita,
Nacho Moreno e Irene Murillo.
5. *Protesta y ciudadanía. Conflictos ambientales durante el franquismo en Zaragoza (1939-1979).*
Pablo Corral Broto.

Otros

- *Santiago Román Ledo. Guía de lectura.* Chulia Ara.
- *Roberto Cortés Alonso. Guía de lectura.* Chusé Antón Santamaría.
- *Ánchel Ramírez. Guía de lectura.* Chulia Ara.
- *Chuana Coscujuela. Guía de lectura.* Chulia Ara.
- *Chesus Aranda. Guía de lectura.* Chusé Antón Santamaría.

Publicaciones periódicas

Rolde. Revista de Cultura Aragonesa. <http://www.rolde.org>
Ager, Revista de Estudios sobre Despoblación y Desarrollo Rural.
<http://www.ceddar.org>
Catálogo completo en:
<http://www.roldedeestudiosaragoneses.org>



CUADERNOS DE CULTURA ARAGONESA, 65



Colaboran

